

María Leubro  
Andrea Mejía

libro al  
viento

# BOGOTÁ

Juliana Muñoz Toro  
Andrea Salgado

# CONTADA

Carolina Sanín  
Lina Tono  
Adriana Villegas





**Libro al Viento**

---

**COLECCIÓN CAPITAL**

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.  
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

## SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

## INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica

Molina, María Camila Jaramillo Laverde,

María Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

## CÁMARA COLOMBIANA DEL LIBRO

Emiro Aristizábal Álvarez

Presidente Ejecutivo

Andrés Sarmiento Villamizar

Gerente de Ferias

## PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, mayo de 2021

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© María Leubro, Andrea Mejía, Juliana

Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín,

Lina Tono, Adriana Villegas, Autoría

© Fredy Ordóñez, por la presentación

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

**Bastarda Type** y **Camila Cardeñosa**, diseño

de la tipografía Obispo

**Paula Andrea Gutiérrez Roldán**, diseño

y diagramación

**Fredy Ordóñez**, edición

**Freepick**, imágenes de cubierta, páginas

14 y 184.

**María Leubro**, imagen de la página 4

Fotografías de los autores:

María Leubro (archivo personal), Andrea Mejía

(archivo personal), Juliana Muñoz (Marcela

Joya), Andrea Salgado (Lina Alba), Carolina

Sanín (Simón Ganitsky), Lina Tono (Victoria

Holguín), Adriana Villegas (Álex Salazar).

ISBN: 978-958-5595-96-5

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Febrero de 2022

## GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.º 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

[contactenos@idartes.gov.co](mailto:contactenos@idartes.gov.co)

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

BOGOTÁ

CONTADA

Ó

Calle en el barrio La Estrada. - Bogotá



7

OTRA BOGOTÁ, LA MISMA DE SIEMPRE

Presentación

17

COMO DIGO UNA COJA, DIGO LA OTRA

María Leubro

44

EL CIELO Y EL CORAZÓN

Andrea Mejía

61

AFUERA SOLO QUEDAN LOS GIGANTES

Juliana Muñoz Toro

80

BOLERO DEL CUERPO Y LA RAZÓN

Andrea Salgado

105

EL MUSEO DE LA POLICÍA

Carolina Sanín

127

NO HABÍA PAN ÁRABE

Lina Tono

146

STB: PROYECTO TELETRANSPORTACIÓN

Adriana Villegas Botero

173

LAS AUTORAS

---

Libro al Viento es una campaña de fomento a la lectura de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte y el Instituto Distrital de las Artes - Idartes

# OTRA BOGOTÁ, LA MISMA DE SIEMPRE

Presentación

BASTA HOJEAR UN POCO ESTA OCTAVA VERSIÓN DE *Bogotá contada*, para darse cuenta de que es un libro distinto a todos los demás de esta serie capital. Más allá de lo obvio —cada libro es único, cada lector es distinto y cada una de sus experiencias modela su lectura y cambia su mirada—, es la primera compilación hecha por autores que no están de paso, y, al contrario, tienen un vínculo estrecho con Bogotá, sea porque nacieron acá o porque esta ciudad los acogió, es decir la han amado con el único amor que podemos profesarles a las ciudades, uno no siempre correspondido —porque ella se entrega a todos—, contradictorio y sin remedio; a su manera han sido devotos de esa ciudad que, como nos confiesa Carolina Sanín, “está echada a perder y en la que parece ser siempre demasiado tarde, y de la que no quiero irme por más irritación que me cueste, pues me

enternece en su malandanza, y el enternecimiento engendra la responsabilidad”.

También es un libro especial porque se refiere a una Bogotá distinta por causas de fuerza mayor, pues, como no pasaba desde hace un siglo, esta ciudad —y las demás aglomeraciones humanas del mundo— ha debido sostenerse pese a la recomendación, o la orden, de mantenerse dentro de casa y reducir los contactos con el mundo exterior al mínimo; por lo tanto, los relatos y crónicas a continuación se escribieron sobre una urbe contrahecha y por inventar, vista sobre todo desde la ventana, recorrida en paseos fugaces y eficaces; hablan de una ciudad debilitada por la absurda amenaza que significan los encuentros más queridos.

Sin embargo, la vida sigue, se abre paso incontenible, y es necesario ejercitarse, ir al banco, combatir la melancolía dominical y, entre una cosa y otra, dar forma a los recuerdos que conservamos de los lugares que nos vieron crecer, aprender a leer y, de paso y felizmente, perdernos. Una prueba de esto es “Como digo una cosa, digo la otra”, el poliédrico texto de María Leubro, gracias al cual nos paseamos —acompañados por Lupe y Chiqui, sus dos perras salchicha— por las peluquerías, panaderías y papelerías de Boyacá Real, San Marcos, Santa Helenita, Villa Luz, El Luján y La Estrada. Sin darnos cuenta, completamos una colorida y sinestésica Vuelta

a Engativá, cuya meta no sabemos si fue trazar una frontera nítida entre lo fugaz (todo) y lo permanente (los gnomos que patrullan los antejardines) o tomarse los medios de producción (comprando, para comenzar, una máquina de impresión litográfica Multilith 1250, alias “Rosita”).

Sin embargo, a Bogotá también puede contemplársela en silencio, nos asegura Andrea Mejía en “El cielo y el corazón”. Si ha habido algún momento para verla en aparente calma y preguntarse por los ciclos de sus esplendorosas floraciones, era este; esta quizás ha sido la época más propicia para hacer un sereno recuento de lo que vemos (“los frailejones impasibles bajo el cielo en el páramo”, “un perro asomado a una ventana, blanco y como un oso menguado”, “las nubes de flores amarillas”, “los eternos paseadores de perros, como esquimales avanzando sobre la nieve gris y dura de la ciudad”...), pese a que en medio de ese silencio inusual ondee un trapo rojo que parece dirigirse solo a nosotros clamando auxilio. Pero en eso se nos va la vida: yendo y viniendo entre el deslumbramiento de estar vivos y la compasión por nuestros semejantes, sea que podamos honrarla o se nos presente como un surtidor de preguntas sin respuesta.

A lo largo de casi todo el libro se puede leer lo siguiente: estamos replegados en nuestras casas, salimos poco o nada, pero es en el cuento de Juliana Muñoz Toro —“Afuera solo

quedan los gigantes”— donde lo oímos más clamorosamente. Parece decirnos: estamos confinados; parece decirnos también: nuestra casa, pese a todo, es nuestra tierra firme, el espacio incólume donde se expande nuestra imaginación y se libera nuestro deseo. Ahí diminutos esperamos la venida de gigantes que nos traigan noticias de afuera y sacudan nuestra soledad. Y hasta ahí, nos relata Muñoz Toro, llega la giganta (“rubia como el color de una canasta o el del trigo”) y nos trae las montañas y la ciudad. Más tarde, otro día, lo que estaba a punto de ocurrir ocurre, se esfuma nuestro deseo en la realidad, y todas las posibilidades se hacen una: estamos a punto de dar un paso y lanzarnos a la ciudad, como nunca lo habíamos hecho.

Luego, nos hace preguntarnos Andrea Salgado, ¿hay modo de estar en la ciudad, una como Bogotá, si no es multiplicándose, disociándose, siendo “fantasmas sucios y harapientos”? En su relato, “Bolero del cuerpo y la razón”, poco se nombra a la ciudad, pero se transfigura en todo lo que se narra: un cuerpo que persigue una razón, con el anhelo de completarse; un cuerpo que, como cualquier ciudad, tiene en una de sus fronteras un cementerio; un cuerpo en el que se dan cita todos los deseos y que se yergue como “un árbol que, nacido al borde del camino, florece y da frutos para pájaros e insectos con la esperanza de llegar a través del polen y las semillas a la naturaleza que no lo espera”.

Ahora los invito a recorrer el Museo de la Policía; nuestra guía, Carolina Sanín. Exploremos, por qué no, incluso este rincón de esta ciudad, porque nos puede aguardar un rescoldo de inesperada nobleza o algún rústico entendimiento de la realidad —o de nosotros, que en su centro estamos—. Obedientes y en orden, visitemos cada una las salas de este museo, y escudriñemos atentamente sus formas y fetiches, quién quita que, en un instante de comicidad fulgurante, se nos revelen los firmes pilotes en los que a veces parece sostenerse esta ciudad carente y frenética. No desaprovechemos esta oportunidad para hacer un repaso único de la historia de la humanidad, pues cada tópico puede entrañar un momento de fugaz iluminación y en lo ajeno a nosotros se despliega nuestra vida. Dejemos que Sanín nos acompañe por ese museo, al que llegamos luego de que desmadejara su memoria, y diera señas sobre el primer apartamento que arrendó en Bogotá, el primer cuento que publicó, las remotas ventanas a través de las cuales fisgoneó a la familia de Pablo Escobar. Puede ocurrir que al final de la lectura, y gracias a la autora, nos encontremos los lectores, como ella cualquier día, sin las llaves a mano, afuera de nuestra casa —en la ciudad—, arrojados a la intemperie, pero juntos en el refugio común de la memoria.

“No había pan árabe”, nos cuenta con apuro Lina Tono, porque ser madre supone ir y venir por la ciudad todo el tiempo,

sin pausa y sin descanso, con el fin de resolver algo urgente, o conseguir algo no tan urgente pero necesario, o satisfacer un capricho. Esta vez se trataba de conseguir ingredientes para hacer una pizza, porque lo había prometido. Así de simple y así de complicado. Entonces con una amiga suya se lanza a las calles despobladas, irreconocibles, de El Nogal y El Retiro, en pos de lo que no hay, porque ser madre es protagonizar una odisea siempre, es decir sortear obstáculos insalvables y, si es necesario, “caminar juntas hasta donde se termina la autopista y comienza el arco iris”, para al final descubrir que lo que nos era familiar ya no lo es en esta Bogotá de repente clausurada, interrumpida, incómoda.

Finalmente, hay que decirlo: no importa que sea una nueva época, que uno o varios virus estén extremando nuestros trabajos, poniendo a prueba nuestros vínculos, reconfigurando todos los ámbitos de nuestras vidas, el tráfico en Bogotá es un asunto por resolver —aún—. Urge una solución radical que haga expeditos los viajes del punto A al punto B, y esa no es otra que “STB: Proyecto Teletransportación”, asegura Adriana Villegas, para colmarnos de esperanza. No importa que su risueña propuesta sea solo un boceto y delegue la ejecución e implementación a quien corresponda. Tampoco importa que a lo largo de su exposición no haga ninguna referencia a la Bogotá de ahora (restrictiva y convaleciente), apenas distinta

de la de siempre, “la del eterno viento frío”. Lo destacable es el desenfado y prolijidad con los que relata la viabilidad y pertinencia de su proyecto; además, en vez de exasperarnos listando los innumerables detalles estructurales, o sugiriendo infalibles métodos de financiación, aprovecha para caracterizar la idiosincrasia bogotana y señalar de paso nuestros más terribles defectos: “Así como los gringos dicen América para hablar de Estados Unidos, los rolos suelen calificar como nacional lo que ocurre en Bogotá”. Paradójicamente, basta con leer sobre esta iniciativa, para que viajemos en tiempo récord a la Bogotá de siempre y asimismo nos preguntemos cómo es que nadie antes había considerado esta solución genial.

Quedan entonces estos textos como una guía de viaje mínima por esta nueva Bogotá, o como registro de la misma alborotada —no importa que esté en cuarentena— urbe de siempre.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento



# BOGOTÁ CONTADA 8

María Leubro

Andrea Mejía

Juliana Muñoz Toro

Andrea Salgado

Carolina Sanín

Lina Tono

Adriana Villegas



# COMO DIGO UNA COSA, DIGO LA OTRA

María Leubro

CAMINO DE FORMA NERVIOSA POR LA SALA MIENTRAS abrazo con fuerza una olla repleta de palomitas de maíz. Mastico crispetas, mientras mastico pensamientos, ideas, preguntas, como, por ejemplo, ¿cuándo van a responder los del banco a la solicitud de auxilio para la nómina que radicamos la semana pasada? ¿Seguirá agotado el alcohol en el supermercado? ¿Cómo acepté escribir un relato sobre Bogotá? Porque de escribir, yo escribo, pero escribo corto, porque me canso; incluso he escrito libros, libros cortos y por pedazos, pero esos son subidones, momentos de excesiva confianza, sobredosis de autoestima, excesos de seguridad; hay un término que utilizan los españoles: “Me he venido arriba”, y sin indagar sobre su origen, y puedo decir que he tenido momentos en los que me “he venido arriba”, he tomado aire y valentía por la nariz para llenar mis pulmones de optimismo y he dicho

mentalmente: “Esto hay que publicarlo”. Hasta ahí, todo está bien, pero escribir, escribir cuando alguien está esperando que escriba, me produce algo de ansiedad, ansiedad que trato de calmar devorando palomitas y si sigo así, en unas semanas voy a estar como Lupe y Chiqui que en esta cuarentena no han parado de engordar. Y digo que no han parado de engordar como si fuera un capricho de la vida, un hecho inexplicable, un capítulo de *La dimensión desconocida*, pero no es así: es nuestra culpa, y digo “nuestra” refiriéndome a mi papá y a mí, que hemos sobrealimentado a mis perras salchicha Lupe y a Chiqui, y hemos reducido sus salidas para ejercitarse.

Así que aquí estamos las tres: Lupe, Chiqui y yo dispuestas a ganar la batalla contra el tedio de la cuarentena y la obesidad canina. Salimos a dar paseos casi diarios, ni tan lejos ni tan cerca, paseos que oscilan entre los cuarenta minutos y la hora, paseos que me llevan a Boyacá Real, Villa Luz, San Marcos, Santa Helenita, Villa Luz, El Luján y La Estrada, los barrios donde crecí.

## PELUQUERÍAS DE BARRIO, A MEDIO CAMINO ENTRE EL CONFESIONARIO Y EL DIVÁN

Los expertos en teorías de la personalidad aseguran que el psicoanálisis fue superado por las terapias cognitivas, pero desde mi amplia experiencia en la práctica terapéutica me atrevo

a contradecirlos; fueron las peluquerías las que ocuparon el lugar del psicoanálisis desde siempre; el diván nunca llegó a los barrios de la localidad de Engativá, pero a Carmencita, POISON, Antony's Stylo's, Donde María Luisa, Alex, Franky y muchas otras peluquerías que surgieron durante los ochenta y los noventa sí lo hicieron, se convirtieron no solo en sitios de embellecimiento sino en lugares para tratar problemas emocionales, espacios de encuentro, de diálogo entre los terapeutas entrenados —armados con cepillos, secadores, limas, cortacutículas y esmaltes— y sus pacientes, un equipo dispuesto a indagar en todo tipo de problemas y congojas.

Conservo numerosos recuerdos de las visitas a las peluquerías del barrio cuando acompañaba a mi mamá; era una niña y no entendía las proporciones del espectáculo maravilloso que presenciaba, la celebración de la camaradería y la intimidad. Con el paso del tiempo no he logrado encontrar en otras peluquerías una experiencia igual, sí algo parecido, pero no igual: la peluquería de Don Leo; me queda a la vuelta y Don Leo está muy bien, él es el propietario con su socia-esposa y encargada de la sección de uñas. Siempre cuenta esa historia de cuando trabajó maquillando para el *Minicromos* de la revista *Cromos*, esa edición especial que hacían con las reinas de belleza, y siempre trata con disimulo de venderme algún producto de su distribución.

En mi caso el corte resulta secundario, para mí lo realmente importante es el champú, ese momento mágico cuando saludo a Don Leo y él le dice a la persona encargada: “Hágame el favor y me le hace el champú”, entonces disimulo mi emoción, me pongo mi capa, mi toalla en los hombros y disfruto minuto a minuto del champú: agua calientica, acondicionador y un reconfortante masaje capilar, no puedo pedir más, no necesito intercambiar palabras para sentirme mejor. Se trata de un masaje terapéutico y alegrador. Considero seriamente la posibilidad de conseguir un lavadero de esos de cabezas para mi uso personal. Si una amiga o un amigo me llama con tristeza o depresión, le digo: “Tomas ya mismo un taxi o un SITP y te vienes para acá”. Le recibiría con una toalla limpia y esponjosa y me dedicaría a lavarle el pelo con amor. Creo que muchos problemas en el mundo podrían resolverse con agua caliente, champú y acondicionador.

Y mientras fantaseo con mi propio lavadero de cabezas por la 77, Chiqui da un zarpazo violento y repentino; es que hay gente muy confiada, gente que ama los perritos y que padece una terrible compulsión, un impulso por manosear cuanto perrito se encuentra por la calle; pero esa no soy yo, es el señor que se asoma saliendo de su local, trata de tocarle la cabeza a Chiqui y se lleva un buen susto. Me disculpo (aunque mentalmente me digo que no sé por qué), el señor ríe

nerviosamente mientras elevo la mirada y ¡NO PUEDE SER!, ¡ES EL SEÑOR DE LA “POISON”! ¡La peluquería Poison todavía existe!, un lugar al que nunca entré; su nombre es en honor al grupo homónimo de *hard rock* estadounidense, no cabe la menor duda: el aviso externo de la peluquería e interior —en neón— que emplea la tipografía del grupo musical lo confirma. El dueño, a quien Chiqui casi acaba de morder, ahora luce pelo corto, pero en su momento era un señor mechudo que trabajaba con otros tres señores mechudos, una rareza en un barrio como el mío, tan normalito en apariencia, tan conservador. Diagonal a la Poison esperaba la ruta del colegio y desde ahí los veía como quien ve un videoclip; esas melenas que se asomaban a la puerta me resultaban fascinantes e intimidantes a la vez, esos señores altos con pantalones ajustados y botas puntudas; ahora que los recuerdo —si no me los estoy inventando— con la distancia de los años, se me parecen más a los Twisted Sister que a los de Poison, será porque me gustan más. De golpe un día de estos regrese sin Lupe y Chiqui, de golpe me atreva a entrar.

Tomamos la 53 y con gran pena descubro que el salón de Carmencita ya desapareció, ahora ocupa su lugar una pequeña veterinaria, me detengo con Lupe y Chiqui y el reflejo de la vitrina me devuelve una imagen diferente a la de las tres. Veo a doña Carmencita, una señora regordeta que en mi recuerdo

siempre fue una “señora de edad”, una cacatúa con copete amarillo que mantenía su local a full capacidad; la acompañaba Sonia —¿O Sandra?— su asistente, que no era su hija, pero un poco sí; era una joven a la que ella crio desde que era pequeña. Yo acompañaba a mi mamá y escuchaba chismes de variados calibres, hasta que tuve edad para hacerme mi primer mechón, una ilusión que pasó del lila resplandeciente al rubio cabuya en una semana, porque la pintura que me aplicaron —como mucho en la vida— resultó ser ilusión pasajera, una fantasía; y sí, luego me explicaron que se trataba de un “color de fantasía” de corta duración.

Antes de cerrar su salón, el tiempo de Carmencita había terminado para nosotras. Empezamos a ir a Donde María Luisa, el polo opuesto a Carmencita, un lugar solitario, en una calle ciega, con un gran ventanal. Mi mamá iba solo para hacerse la manicura —aunque prefiero llamarlo el maniquiur—, pero en el fondo creo que iba a curarse por ratos la depresión, iba a contarle algunas de sus cosas y a cambio María Luisa le contaba algunas de las suyas, hablaban de sus maridos y de la vida en medio de silencios prolongados y reflexivos. Donde María Luisa tenía un aire de confesionario, un aire melancólico sobre todo en las tardes soleadas donde sombras alargadas se proyectaban hacia el interior del lugar. Las peluquerías de barrio me recuerdan los domingos en la

tarde, y los domingos en la tarde me recuerdan a las peluquerías de barrio, esos momentos previos al final final del fin de la semana, el momento de hacerse el *blower*, arreglarse las uñas para la semana que empieza, de dejar listo lo del desayuno, de recordar las cosas pendientes que no se hicieron y que no sabemos si se harán.

ENANOS EN LOS JARDINES, VENEZOLANOS EN LAS ESQUINAS, PAREDES RAYADAS, *BARBERYS*, *BAKERYS*, *NAILS* Y *BEAUTYS*

Lupe se ensaña con otro perro pequeño a la entrada de un jardín, tira con fuerza de la correa y ladra con insistencia mientras el pequeño sabueso la ignora: cómo no, si se trata de un perro de plástico, una figura de jardín como los flamings, los venados y los enanos, o, mejor, los gnomos de diferentes colores y tamaños que aún decoran los jardines de numerosas viviendas en Bogotá. Hoy disfrutamos de una tarde soleada mientras damos un paseo por el barrio Villa Luz, con sus casas casi todas parecidas —de dos pisos—, sus fachadas casi todas blancas, y sus jardines primorosos. Voy contando gnomos con alegría; algunos dicen que tienen poderes mágicos, que protegen los hogares o que cobran vida durante la noche. Su producción en serie con fines decorativos data de la segunda

mitad del siglo XIX en Alemania, y es ahí donde también tiene origen otra versión algo más perversa y vinculada al campo de la salud ocupacional, se trata de pigmeos alistados para trabajar en las minas dotados de sombreros rojos rellenos de paja para protegerlos de los derrumbes y —a falta de chalecos reflectivos— ropas de colores vivos para distinguirlos en la oscuridad, medidas muy precarias según los actuales estándares de seguridad industrial, y parte de una historia desconocida para la mayoría de nosotros. Los gnomos se mantienen, pequeños pero firmes, guardianes aguerridos del gusto por “lo cuco”, resistiendo al paso del tiempo, tiempo que resulta implacable con todo, todo lo demás. Salimos a la avenida y la tranquilidad de las casas blancas y uniformes desaparece para dar paso al ruido de la avenida Villa Luz; admito que me siento mejor, me gusta el ruido de la calle, la contaminación visual y, dependiendo de mi estado de ánimo, puede resultar de ayuda para pensar con claridad.

Siento una alegría que no brota de mi alma, es como un grito de felicidad que proviene del exterior, de los avisos coloridos, de los almacenes de remates, las misceláneas, las queserías y salsamentarias, los locales que entienden en un sentido amplio el concepto de lo artesanal, como Artesanías Salvita, que vende mochilas indígenas, pipas para fumar marihuana, cinturones, películas en DVD, camisetas de grupos de *metal*

y accesorios para celular. Reconozco unos pocos locales, la alegría se torna en extrañeza. Ya no existe La Princesa de las Misceláneas, me quitaron la panadería Los Centauros, el restaurante El Portal. Veo barberías, *spa nails* (locales donde se arreglan exclusivamente las uñas) y *beautys* (almacenes de productos de belleza); parece que el músculo financiero del sector no es tan músculo que digamos, es más un manojito de pelos y uñas. Reconozco en esta oleada de locales costumbres importadas de Estados Unidos, y la cosa no para ahí; recuerdo una sensación de estabilidad, de seguridad, de confianza en la vida que me acompañó durante una gran parte de mi infancia y adolescencia, sensación alimentada por la presencia de personas “que siempre estaban ahí” y no me refiero a la familia o los amigos, sino a la cajera de Los Búcaros, o a la mona crespita y amable que llamábamos Sonys, porque ese era el nombre de la lavandería que atendía, personas que hacían parte de la comunidad, que duraban años en sus puestos con un sueldo decente y condiciones laborales de dignidad, incluso una tía política que se pensionó como cajera del Ley. Y así como he dejado de sentir y perseguir estabilidad en la vida, estos puestos de trabajo demuestran en todo su doloroso esplendor el “capitalismo flexible” del que nos habla Richard Sennett, y que hacen imposible que alguien pueda atender un negocio pequeño o atender la caja de un supermercado

en condiciones de mínima decencia y estabilidad, son trabajos por turnos, precarizados e inestables donde la gente dura a lo sumo semanas o meses, trabajos que se encuentran en la base de una pirámide laboral, y digo en la base, por decir algo, porque hacia abajo hay más, mucho más.

Numerosos locales en La Estrada, Las Ferias, incluso en Villa Luz lucen avisos y pendones que en letras vistosas dicen: “Envía dinero a Venezuela fácil, rápido y seguro”. Y allí donde se concentran estos locales hay mayor presencia de vecinos venezolanos, en las cafeterías, en los supermercados, en los lavaautos, en las esquinas, en los semáforos en medio de la miseria y la informalidad; sus voces, su acento hacen parte de los sonidos de la calle; y aunque la migración colombiana hacia Venezuela durante la segunda mitad del siglo xx en busca de un mejor futuro fue altísima, ahora la olvidamos y los recibimos con altas dosis de indiferencia, violencia o discriminación.

Al lado de los venezolanos están los NINI, los jóvenes que Ni estudian Ni trabajan y justo hace unas semanas durante dos días y a raíz del asesinato de Javier Ordóñez a manos de policías del CAI de Villa Luz, muchos de esos NINI salieron a las calles a devolverles a los agentes de la ley una ínfima parte de la violencia que ellos han sembrado. El 10 de septiembre, el segundo día de disturbios, estuve en el CAI de

Villa Luz y me sentí vieja, como no me he sentido incluso cuando me han llamado señora, me sentí vieja en medio de tanta juventud, juventud con el futuro empeñado, juventud sin oportunidades, juventud rabiosa y desengañada porque ya no tiene nada que perder. Desde ese día y hasta la fecha, comparten fachadas en Villa Luz y sus alrededores avisos de comercio y huellas de esos dos días: Ferreléctricos Herrera / Cuidado Tombos sueltos / No les duele su país pero sí las paredes / Cerrajería El Luján / Policía criminal / Diseños Gloria Franco / ACAB Tombos Hptas / No son manzanas / Lavaseco Eclipse / La voz del pueblo se respeta. Pasan las semanas y esas paredes rayadas siguen gritando, siguen haciendo eco. Tal vez, solo tal vez, los tiempos están cambiando... bueno, salvo para los enanos de jardín, solo ellos resisten el paso implacable del tiempo.

WE GO TOGETHER. PUES NO, CLARO QUE NO John Travolta grita enérgico: “A womp-bomp-a-loom-op” y sus amigos le responden “A-womp-bam-boom”; empieza la coreografía y no puedo más que experimentar una alegría inmensa, una gran felicidad. Así empieza el final de *Brillantina*, musical de 1978 ambientado en los cincuenta en Estados Unidos que vi incontables veces durante mi adolescencia y, después de muchos años, anoche volví a ver. Hoy regreso al colegio.

¿Feliz casualidad? ¿Mensaje del destino? ¿Qué podría decirme el destino en medio de una pandemia? No lo sé, pero hoy me voy hasta Santa Rosita de vuelta a mi colegio Elisa Borrero de Pastrana; no creo que sea tan largo el trayecto, recuerdo que en primero de primaria mi mamá nos llevaba caminando hasta allá, y eso que dábamos una vuelta larga, porque la entrada por Zarzamora era humanamente imposible, se trataba de un terreno destapado y lleno de potreros que con el tiempo se ha ido urbanizando profusamente con soluciones de vivienda multifamiliar de cuestionable calidad. Ahora diagonal al colegio se ha erigido un pequeño centro comercial que, supongo, es el refugio de grupitos de estudiantes tras la salida del colegio —antes de la pandemia—, así como lo fueron las panaderías de la zona y los ping pong de la 8o en mi época estudiantil.

Pero bueno, no quiero perder el ritmo, el ritmo que llevaba con el *boogie-boogie-boogie-boogie-shooby-shoowop, shabop chang-chang, changadee-chang-chibop* de “We Go Together” la canción final de *Brillantina*. ¡Cómo amaba esa película!, su música, su elenco, todo, todo, absolutamente todo. Algunos se preguntarán: ¿qué diablos tiene que ver eso con la realidad de mi colegio? Bueno, pues 25 años después me pregunto lo mismo, y creo que nada; sin embargo ese era mi ideal de juventud y vida escolar en 1994, amaba la música de los

cincuenta y sesenta. Mientras mis compañeros escuchaban a los Hombres G, Los Prisioneros y Los Enanitos Verdes, yo escuchaba a Elvis Presley, Little Richard, Bo Diddley, los Beatles, Chuck Berry o Buddy Holly; el rock en español llegó a mi vida después.

Una mezcla de ternura y vergüenza me invaden al pensar que *Brillantina* era mi ideal; un grupo de actores treintañeros interpretando a jóvenes adolescentes; y ni hablar del final, Olivia Newton John y John Travolta elevándose por los aires en un Cadillac. Mi realidad era otra, ni High School, ni coreografías de *Brillantina*, ni anuario escolar; en su lugar: bachillerato, Enanitos Verdes (“Un amigo es una luz”) y el chismógrafo (que carecía de fotos pero no de sustancia). Ah y nada de “We-Go-Together, todos juntos como uno solo hasta el final”.

Intenté infructuosamente llevar mi banda sonora a la realidad; en quinto de primaria preparamos con un grupo de niñas un baile, una presentación: era un remix de los cincuenta de “Jive Bunny & The Master Mixers”, un dúo de DJ británicos de finales de los ochenta; yo me soñaba con mi falda rotonda, mis medias tobilleras y mis zapatos cocacolos, hasta que me sacaron del baile justamente por no saber bailar, doble golpe al autoestima, pues el casete era mío; el clásico caso del niño obeso y dueño del balón de fútbol a quien sus compañeros no dejaban jugar. Siguiendo esa breve oleada de

grupos musicales que en los noventa retomaban el *twist*, el *swing* y el *rock and roll*, estaban Los Rebeldes de España con su famoso tema “Bajo la luz de la luna”; lo tenía grabado en un casete y como un as bajo la manga lo sacaba directo a la grabadora en las minitecas de grado décimo en el salón (espacios en los que nos dejaban oscurecer el aula de clases con papel periódico o bolsas de la basura en las ventanas, para pequeñas fiestas); esperaba paciente y hacia el final de la fiesta me apoderaba de la grabadora y la hacía sonar, y mientras empezaba ese “Bajo la luz de la luna, me diste tu amor, ni tan solo una palabra, una mirada bastó”, yo esperaba que el chico que me gustaba me sacara a bailar. Eso nunca sucedió.

Lupe frena en seco sacándome del momento de evocación, levanta su pequeña cabeza, me mira con sus ojos escurridos, no va a caminar más, decido llevarla en brazos, es momento de volver —aunque no sé si me he ido a algún lado—, volver al colegio, a ese lugar imposible, al que no se puede regresar. Un lugar que experimenté por años de la única manera en que podía: en mi cabeza, en mi propia realidad. Este es un viaje por una historia musical trunca, un viaje hacia ningún lugar.

## ¡QUE VENGA DIOS Y LO VEA! NO, MEJOR QUE VENGAN LOS EXTRATERRESTRES (CRÓNICAS MARCIANAS SOBRE ENGATIVÁ)

Año terrestre 2087; la Tierra, después de entrar en una espiral de pandemias desatadas en el 2020 seguidas por un conflicto militar a gran escala, llegó a niveles inimaginables de destrucción. Una reciente misión de Marte logró encontrar entre las ruinas de un sector denominado Engativá las últimas muestras que nos permiten inferir información sobre las costumbres de los terrícolas.

“Agradecemos su amable sintonía de todos los martes en nuestro programa ALH84001, y de paso saludamos a nuestros amigos satelividentes que nos acompañan desde Júpiter y Saturno adonde llega nuestra señal. Somos ArnUfo y BertUfo, divulgadores científicos y apasionados por la historia. En esta emisión vamos a barajar algunas teorías sobre la extinta civilización de los terrícolas gracias a las muestras traídas por la última misión espacial y, por supuesto, gracias a los expertos encargados de decodificar el lenguaje terrícola.

”ArnUfo: Hemos encontrado pinturas rupestres sobre superficies asfálticas, y con ellas claros indicios sobre los relatos teológicos, las deidades y la espiritualidad de los terrícolas.

”BertUfo: Claro que sí, ArnUfo, se trata de grafismos donde se identifica un ser con forma terrícola, con barba blanca y

una especie de cobertor rojo acompañado de un texto —debe de ser el nombre de su principal deidad—: ‘Papá Noel’. Es curioso cómo estos dibujos-ofrendas están ubicados sobre el suelo, al lado de otras figuras como triángulos verdes que se superponen sobre un rectángulo alargado café, dos circunferencias blancas que imitan una forma humanoide y registros que según los expertos dicen ‘Feliz Navidad’.

”A: Y es ahí donde los expertos en ondas sonoras nos permiten cruzar importante información. Archivos de audio hablan de registros cuyas transcripciones reflejan parcialmente el siguiente contenido ‘[...] Porque hay navidades tristes y hay navidades alegres’, atribuido a un grupo de algo denominado Binomio de Oro. No queremos caer en el campo de la especulación, pero este hallazgo deja entrever la existencia de dos ideologías, tal vez dos partidos políticos, el partido de las navidades tristes y el partido de las navidades alegres. Esta información aún se encuentra sujeta al hallazgo de nuevos restos. BertUfo, pasemos a otros descubrimientos de orden cultural.

”B: Aunque tenemos poca información acerca de la organización cultural de los terrícolas, encontramos restos de artefactos y lugares que nos hablan de una rica variedad cultural. Por un lado hallamos recintos con lettereros de ‘Compra-venta de libros, cómics, revistas y fascículos de *El Tiempo*’, suponemos que se trata de lugares determinantes para la cultura,

colecciones audiovisuales y bibliográficas que en su momento se encargaron de difundir conocimiento relevante para los terrícolas; y por otro lado están los espacios de distribución de DVD y audiolibros; aunque aún estamos a la espera de la decodificación de estos extraños objetos, por cuyo exterior podemos decir que se trata de entidades que guardan información importante sobre destacados personajes de la historia de la tierra, héroes que bajo el género narrativo de la épica nos darán un conocimiento vastísimo sobre esta civilización.

”A: Esperamos con ansias esa decodificación, volúmenes enteros sobre Rambo, Blade, Terminator, Rocky, Kill Bill, Sherlock Holmes, Cantinflas, Legalmente Rubia, las Tortugas Ninja y John Wick, entre otros. ‘Grandes nombres de la humanidad’. Pasando al tema de la economía, y aunque nos cuesta trabajo dimensionar los modelos, conceptos y teorías económicas de la otrora tierra, encontramos estructuras verticales que suponemos pueden equipararse con la ‘Integración de la economía vertical’. Edificios de cuatro pisos que, según restos de inscripciones, en el primer piso funcionaba una pollería y asadero, en el segundo un billar, en el tercero un gimnasio y en el cuarto una iglesia cuadrangular; y aunque no conocemos el significado de estos rótulos, suponemos que se trataba de estaciones de cuatro plantas encargadas de satisfacer las necesidades de un ser humano casi en su totalidad.

”B: Así es, ArnUfo, también hemos encontrado serios indicios de objetos, substancias o artefactos de gran importancia para los terrícolas, pues en la fachada de numerosas unidades de vivienda aún se encuentran fijados avisos que rezan: ‘Helados sí hay’, ‘Empanadas a 800’, ‘Tapabocas por docena y unidad’. Suponemos que se trataba de elementos de primer orden para los terrícolas para estar fijados como letreros de afirmación existencial. Seguimos indagando en los restos de este planeta y no perdemos las esperanzas de encontrar algún asentamiento de sobrevivientes; los integrantes de nuestra misión marciana, y como indicio de intenciones de paz, porta chalecos especiales con las siguientes inscripciones ‘Empanadas, helados y tapabocas, en Marte sí hay’.

”A: Emocionante, querido BertUfo, estaremos atentos a nuevos hallazgos de la misión marciana espacial, y a ustedes, queridos satelividentes, agradecemos su sintonía y los esperamos el próximo martes en una nueva emisión. Hasta entonces”.

AFTER PARTY EN EL ONLY DE LA 68,  
DOMINGO AL ATARDECER

Mi alma se despliega sobre Lupe y Chiqui, sobre los edificios, las nubes, los andenes, los autos, los bolardos, los fruver y las panaderías como una luz cálida, luz del atardecer, luz de domingo tristón; respiro desconsuelo, respiro a través del

tapabocas con dificultad. Miro la calle a través de mi propia desazón y afuera todo resulta alegre y carnavalesco, “but it’s raining, raining in my heart” (pero está lloviendo, lloviendo en mi corazón), como diría San Budy Holly. He recorrido la 68 desde la Rojas hasta la 77 y estoy que no doy más. No es un cansancio físico, es un cansancio emocional; tengo tristeza y tengo remordimiento, por el deber no cumplido, porque no he escrito ni una página sobre Bogotá, por todo lo que tengo pendiente y que no he podido resolver, pero escucho una voz que emana de cierta película que vi hace poco, una voz que dice: “Confía, confía, siempre confía”, y la verdad es que no tengo un gusto muy desarrollado por el hecho de confiar; últimamente me angustia todo y les digo a Lupe y a Chiqui que en lo único en lo que confío es en el hecho innegable de que todas las cosas en algún punto van a terminar. Siempre que salgo de paseo hablo con Lupe y Chiqui —mentalmente, claro está, por aquello de las normas de bioseguridad—.

Tal vez sea mi desconfianza por la vida y el ánimo apesadumbrado que contagian mis pensamientos, pero veo con sospecha esos locales de GUANÁBANA que se han apoderado de la ciudad, casi todos se parecen: un aviso con un fondo de madera —o imitación—, la palabra *GUANÁBANA* en acrílico cortado con láser, estantería sencilla y en algunos casos plantas enredaderas a los extremos del aviso para aludir

—vaya chiste— al contacto con la madre naturaleza, con lo sano, lo real. A lo largo de estas semanas he contado más de quince en la zona y quiero que alguien me explique este fenómeno tan particular; quiero un artículo del diario económico *Portafolio* con tablas, estadísticas, gráficos y porcentajes, un artículo serio, con fuentes, y lo quiero ya. De lo contrario voy a tirarme por el desbarrancadero de la desconfianza para terminar creyendo que esos negocios están lavando dinero, quién quita que, sumado al “Cartel de la toga”, el “Cartel de los pañales” y cuanto cartel tenemos en Colombia, aparezcan noticias sobre el “Cartel de la guanábana”.

No sé qué pensar y la verdad no puedo pensar mucho, se me acaba de meter un vallenato trans en la cabeza. ¿No creen que exista el vallenato trans? Pues yo tampoco lo creía, pero la realidad me demuestra lo contrario, o un pedazo de la realidad, un pedazo de unos 15 metros cuadrados donde se inaugura un fruver; el maestro de ceremonias, un señor bajito y desabrochado se despacha en chistes malos hacia los transeúntes mientras los invita a entrar. El poder de dos cabinas montadas en trípodes magnifica el *pum-pum-pum-pum* del vallenato y el *ée-ée-ée-ée* del animador, el sonido me persigue, me atrapa y no me deja avanzar, dota de un nuevo aire a la calle, una mezcla entre amanecer de la Caracas y *night club*; la multitud (porque desde agosto estamos en desconfinamiento)

se mueve agitada y siento que se mueve al ritmo del vallenato trans, la calle es una fiesta, una fiesta horrible pero al fin y al cabo una fiesta. Trato de esquivar el sonido perdiéndome por una callecita que da al respaldo del ONLY de la 68, el de dos pisos, no el que queda arriba de la Boyacá. Descubro con horror que el sonido atraviesa el ONLY como una puñalada traquera y sale por la puerta de atrás, la puerta exclusiva de salida de acuerdo al protocolo de bioseguridad, y con el sonido salen tres señoras abrazando bolsas blancas y rojas del almacén, me dejo llevar por el momento y la verdad me hace gracia la escena, no puedo evitar imaginarme al ONLY como un *after* y a sus visitantes salientes como parte de la afluencia de la fiesta que se despide para salir del ruido y la oscuridad.

Me aterrera la muchedumbre en la calle, pero mejor no me aterro tanto porque, si mal no recuerdo, soy parte de esa muchedumbre; en la esquina de la 77 con 88B el gentío es particular, una carpa rosada aglomera cabezas con tapabocas que desconocen el término “distancia mínima”, cabezas pegadas que se aprovisionan de merengones; es la carpa de las Galias, panadería y pastelería, que me supera en edad, sabor y calidad. Las Galias existe en esa esquina desde que la esquina es esquina, desde que el barrio es barrio y desde que tengo uso de razón. Las Galias tiene un sabor agridulce en mi memoria gracias a una anécdota de mi mamá, algo que vino a

contarme cuando las dos ya estábamos grandes, lo suficiente como para confesarme que muchos años atrás, cuando mi hermano y yo éramos pequeños y cuando lograba pellizcar monedas del dinero del diario —algo muy ocasional—, nos dejaba a mi hermano y a mí con don Alonso, mi papá; salía en la noche por “lo del otro día”, que las alverjas, las zanahorias, la leche, los huevos o el pan y tomaba un breve desvío a las Galias, se compraba una milhoja para ella sola, se sentaba en la cafetería y podía degustar a qué sabía la libertad. Era su pequeño secreto, un escape a la cárcel en la que muy a menudo se convierten el matrimonio y la maternidad. Me lo contaba con algo de culpa como si un gesto de generosidad con ella misma encubriera algo de maldad. Los recuerdos se tornan más agrios que dulces, veo con distancia las vitrinas de las Galias, pero en mi cabeza dan vuelta los mandatos que recaen sobre las mujeres y la maternidad.

Para salvar el ánimo del domingo, me asomo en una compraventa de libros y revistas ubicada donde antes quedaba la miscelánea CAR, no entro por Lupe y Chiqui y escojo algo muy por encima, digo que al azar, algo que le gana a la colección de revistas *Vanidades* y los libros pirateados de Dan Brown: un libro de memorias de Mijaíl Gorbachov, pero es claro que el que obra no es el azar; me quedo mirando la carátula y pienso en Gorbachov y todo lo que tuvo que pasar,

otro recordatorio sobre lo único en lo que confío: “el hecho innegable de que todas las cosas en algún punto van a terminar”. Así como la Unión Soviética, así como los pedazos de las milhojas de mi mamá.

Domingo, vete de mí.

## A MÍ QUE ME QUEMEN Y ESPARZAN MIS CENIZAS POR LA ESTRADA

Un deseo póstumo, una forma poética de regresar al lugar en el que he sido tan feliz. La Estrada, un barrio que colinda con Las Ferias y Bosque Popular, una zona que de unas décadas para acá se ha convertido en el palacio de las litografías y los centros de impresión; recorro el barrio y el ritmo de las máquinas le da cadencia a mi andar, un *tac-tac-tac* diferente se escapa de cada local, ese aroma a tinta, ese buqué a cartón y a papel. Aclaro que de arrojar mis cenizas por La Estrada lo deben hacer con medida, con cuidado y discreción, dejando puñaditos en los andenes; intenté arrojar cenizas desde lo alto del puente Mariano Ospina Pérez que se alza sobre el río Magdalena en Girardot en el 2013, y no es una tarea fácil, puede resultar escandaloso por no decir algo más.

La Estrada me resulta un lugar entrañable; agradezco a la librería y papelería Taller del Libro mi primer encuentro con la obra de Julio Verne, en ediciones piratas. De eso hace

más de tres décadas y es que Taller del Libro tiene más de cuarenta años; no se trata solamente de una papelería enorme que de por sí está muy bien, sino que distribuyen las últimas novedades de casas editoriales como Random House, Alfaguara, Océano, Norma, Planeta y muchas más, y eso, eso también está muy bien. Pero el verdadero encanto es el papel de colgadura desplegado sobre la gran pared que bordea la escalera que conduce del primer al segundo piso, una impresión enorme, pixelada y de baja calidad que por más que me aleje o me acerque no puedo descifrar; a veces quiero entrar solo para preguntar por el papel de colgadura, pero me arrepiento y me llevo algo pequeño, algo más.

En la acera de enfrente se encuentra una playa sin vista al mar, Playa Fantasía, Billares Video Bar, Ambiente Familiar, un aviso hermosamente compuesto donde el nombre del local sigue el recorrido de un semicírculo que enmarca una estrella de cinco puntas; se trata de un lugar lupanaresco y oscuro como otros pequeños bares que engalanan, junto con los talleres de mecánica automotriz, la Rojas o Avenida Constitución.

Antes me preguntaba por qué a los hoteluchos, burdeles y residencias a veces les añaden el “ambiente familiar”, por qué lo cutre es vinculado a las familias; y muchos años después indagando en mi propia historia, en la historia de familias de amigos y en general en las posibilidades de análisis que

ofrecen las muchas familias que hay en Colombia, siempre hay un lado secreto, un lado sórdido que acompaña a la familia, si no en el presente, en el pasado profundo. Ahora esos barsuchos y billares se me hacen más honestos cuando hablan del ambiente familiar y pienso que Colombia está cimentada sobre terribles historias de ambiente familiar.

La Estrada entraña una contradicción, la convivencia de Eddie Santiago, Frankie Ruiz, Rocío Durcal, Los 8 de Colombia, merengue, reguetón, rancheras, bachata, Willie González, *Los super éxitos de Fruko y su Tesos*, “Aquel viejo motel”, Las Hermanitas Calle, los Latin Brothers y el Joe —que nunca te olvida—, en el trecho de una cuadra o menos; a eso le podemos sumar a la niña Emilia cantando con Los Cumbiamberos de Gamero, porque la semana pasada conseguí casi regalado un vinilo de 1984 de Emilia Herrera en un almacén cualquiera sobre la Rojas, al lado de casetes viejos, revistas de *Condorito*, fascículos de *El Tiempo* y cómics de *Kalimán*. Porque eso también tiene La Estrada, un puñado de locales detenidos en el tiempo, misceláneas empolvadas, tiendas de chucherías, al lado de piñaterías y almacenes de artículos publicitarios para empresas. Si Kant viviera en el 2020 en La Estrada, seguro que escribiría no sobre lo bello y lo sublime, sino sobre lo bello y la sublimación, sublimación de gorras, vasos, esferos, camisetas y material POP, sobre la

representación, impresión y encuadernación de lo irrepresentable, o algo así. A mí La Estrada me sobrepasa y solo un lugar como ese podía propiciar una historia como la mía, una historia de amor.

Después de varios meses Lupe y Chiqui lucen de nuevo esbeltas. Seguimos saliendo de paseo, pero hoy no. Hoy me traen a La Estrada asuntos de la empresa. Aprovecho para pasar por Prisma Screen y chismosear sobre las promociones de octubre que tanto me anuncian por WhatsApp. Visito el local de al lado, el de los sellos, para averiguar por un aviso clasificado que exhiben en la pared. Don Israel me ofrece una Multilith 1250, una máquina de impresión litográfica que tiene en desuso en su local; el precio es absurdamente tentador; le pregunto que si sirve, me responde que sí; le digo que mañana vengo a probarla. Fantaseo toda la noche con apropiarme de los medios de producción. ¿Y si puedo escribir otros pequeños libros? ¿Y si los ilustro? ¿Y si los diagramo? ¿Y si puedo imprimirlos en la Multilith 1250? ¡Boom! Mi pequeño monopolio de integración vertical.

Le puse nombre a la máquina, la llamé Rosita porque fue lo primero que se me ocurrió. Al día siguiente la probamos y sirvió, cerramos el negocio, llamé a don Carlos el del camión. Don Israel me sugirió contratar un camión con planchón —yo no entendía por qué—, hasta que descubrí que Rosita

es un monstruo de 400 kilos, no existe la más remota posibilidad de subirla al segundo piso a mi taller. Cuando llegó el camión con planchón, un camión enorme, dimensioné la decisión que había tomado y entendí que una vez más me había venido arriba. Sé que Rosita es una máquina para rehabilitar, pero no importa, va a convertirse en un proyecto de amor, quiero empezar a probarla, y también creo que ya es momento de sentarme a escribir sobre Bogotá, tengo algunas ideas, vamos a ver qué resulta y en qué momento, porque vivo en una permanente carrera contra el tiempo; pero ese es un problema de los humanos, eso no les pasa a los gnomos de jardín, a ellos no.

# EL CIELO Y EL CORAZÓN

Andrea Mejía

EL CIELO AZUL Y LOS ÁRBOLES EN FLOR AMARILLOS. ¿Son alcaparros? ¿Fresnos? Sabré mucho al final de esto que me espera ya escrito en algún lado si consigo al menos saber el nombre de esos árboles de flor amarilla que cada agosto, aunque no conozco tampoco con exactitud sus ciclos de floración, arden en Bogotá con una incandescencia a la que nunca, como este año, había sido tan sensible.

\*\*\*

Hoy es primero de septiembre. Desde mi ventana veo el fresno o el alcaparro en flor. Es una aparición, una nube amarilla encendida. Ahora las flores arden, pero pronto pasará la floración. El marrón de la muerte se adivina entre las ramas. Bajo el manto amarillo están las flores marchitas; como los vestidos arrugados de un monje, se hunden

en el fondo del ramaje, mientras que las flores vivas flotan todavía en la superficie del mundo. Es como el plumaje de ciertos pájaros: abajo, las plumas más oscuras se acercan a la muerte del pájaro, a su corazón, mientras que el plumaje más vivo centellea bajo el sol. Bajo el árbol, las flores caídas cubren el pasto del parque, y más allá, en el andén, donde crece otro fresno, o alcaparro, la misma sombra luminosa ha cubierto el asfalto.

Qué silencio hay en las flores caídas, en ese tapiz que cubre el suelo, aunque alrededor la ciudad despierta, después de casi seis meses de cuarentena. La ciudad estuvo cerrada, o abierta, más vacía y abierta; y los humanos y animales que viven en ella, al menos los que tienen casa, estuvieron guardados, sus casas se volvieron grutas, sus apartamentos sepulcros conectados al más allá a través del internet. Hoy es como si miles de Lázaros salieran de sus tumbas. Hay movimiento. La ciudad está mucho más despierta. Cito en mi mente el poema que leí ayer: “Y las máquinas encienden sus motores / y las olas vuelven a chocar / contra los acantilados / y los pájaros batiendo sus alas / lanzan graznidos / y las enormes aspas de luz / crean la extensión verde y blanca del mar”. Es el último poema de *El libro de las vocales olvidadas* de Horacio Benavides. El poema es un gran despertar después del largo sueño de luz silenciosa que es este libro de poemas.

Muchos en la ciudad no tienen casa. Viven en la calle. ¿Cómo habrá sido entonces su despertar? ¿De dónde habrán salido si siempre han estado afuera? Vagabundos con hambre y frío. En los primeros días de la cuarentena, colgando de los árboles en los bosques que bordean la avenida circunvalar, antes de tomar la carretera que va hacia Choachí, vi trapos rojos, bayetillas como las que hay en las carnicerías del pueblo. En esos bosques hay casas pobres, gente que vive sin nada, manadas de perros sin dueño. Nunca fui capaz de subir. Ni siquiera fui capaz de dejar un mercado bajo uno de los árboles que en vez de estar en flor dejaban ondear esos trapos como señal de desesperación y como grito de auxilio. El rojo es el color que asociamos con el corazón.

Hoy es primero de septiembre y se acaba la cuarentena, o al menos eso espera la gente. Puede que venga algo peor, puede que no. ¿Cómo saberlo? También hoy pude haber muerto en un accidente, o pude haber sido seriamente herida.

Pasó así: Luis y yo bajábamos de la casa en la montaña en la que vivo. Ya en la ciudad, en un cruce, uno de los dos carros, el nuestro o el otro, un carro azul que iba muy rápido, no atendió a la señal de PARE. No chocamos por centímetros.

Me tienen sin cuidado las señales de tránsito. Si menciono una aquí es porque la necesito para hablar del destino, o de

su ausencia, del casi accidente, o del accidente que no fue en un cruce de calles al norte de la ciudad.

También porque esa señal quiere decir “detente”, y quiere decir también “atención”. “Atención” en alemán se dice *Achtung*, y es la palabra que usa Kant para referirse al sentimiento, o a la disposición mental, mejor, en la que nos sitúa lo que es incognoscible: la ley moral, dice él, el hado, digo yo. La fuerza desconocida que obra de manera irresistible sobre lo que ocurre. Pienso que estas líneas, si ese choque hubiera tenido lugar, no se habrían escrito. Te hubiera dado a ti, dijo Luis. Estaba muy pálido. Él estaba manejando. Yo venía tomando apuntes de lo que había visto al atravesar la ciudad para escribir esto que ahora escribo. La Lázara, me digo: sin gravedad, con dulzura, casi con humor.

Esos trapos rojos que colgaron durante los primeros meses de la cuarentena en los árboles del bosque que bordea la avenida circunvalar eran también señales de PARE. Y el temor que sentí ante ellos es el respeto que para Kant inspira la ley moral: lo que sabemos que debemos hacer por otros, o lo que no sabemos siquiera que debemos hacer, o la desmesura del sentimiento de simplemente no poder hacer lo que se debe hacer por otros. La ley moral incognoscible y que, al menos yo, con frecuencia, no puedo obedecer.

Hoy es primero de septiembre y acaba el mes de agosto. Agosto en Bogotá es el mes de los vientos. Eso lo sé desde

pequeña, cuando ni siquiera podía percibir los ciclos de la naturaleza: vientos, floraciones, veranos de cielo azul, épocas de lluvia; no los podía percibir porque tenía el tiempo dentro del corazón, como todos los niños, y no podía darme cuenta de que el tiempo también podía ser un movimiento exterior que puede hacerse visible en formas cíclicas como el día y la noche, los años, el crecimiento y la desaparición progresiva de la luna y luego otra vez su crecimiento hasta volver a estar llena. El tiempo está también afuera, y, a medida que nos alejamos de la infancia, podemos empezar a ver las formas del tiempo como formas que vuelven, podemos esperar la repetición. El esplendor de estos árboles de flor amarilla, o el de los sietecueros en la montaña, que ocurre entre septiembre y octubre, la época de lluvias en abril, los vientos en agosto, el verano azul en diciembre y en enero: formas del tiempo. Cuando somos niños, en cambio, el tiempo es algo informe que crece desde nuestro corazón, una hiedra frondosa y asfixiante. De ahí quizá la sensación de aburrimiento tan intensa, tan presente en los días de la infancia. Sentimos el tiempo transcurrir en nosotros con una fuerza abrumadora. Cuando somos niños, el tiempo brota en nosotros como una semilla oscura y roja.

Pero el tiempo también sigue estando en nosotros, más intensamente a medida que nos alejamos de la infancia y

nos aproximamos a la muerte, si es que hay algo así como un acercamiento a la muerte, porque más bien la llevamos en nosotros siempre. Con la muerte acaba el tiempo. Ya no habrá para nosotros otro verano con viento, no veremos más árboles en flor.

Al llegar a casa Luis sigue tembloroso, se siente culpable, dice que “el accidente”, y piensa en mi muerte, hubiera sido su culpa por estar distraído. Lo abrazo y le digo que no pasó nada. Entramos a la casa, descargamos las cosas que traemos y encuentro un mensaje en mi celular, un mensaje importante para mí y que esperaba. “Eso que llamamos destino está tejido en una filigrana que no alcanzamos a ver”, decía el mensaje. Si hubiera muerto, o si hubiera quedado herida por el choque, no habría podido leer esas líneas acerca del destino que esperaban escritas en mi teléfono. A lo mejor todas las líneas que llegamos a escribir, y todas las líneas que llegamos a leer, son posibles porque hay otras líneas que no podemos leer: borrosas, perdidas, como decía el mensaje. Esas líneas ilegibles del destino quizá nos permitan llegar a escribir lo que escribimos y a leer lo que leemos. Y eso, lo que escribimos y leemos, es solo una parte muy pequeña de lo que podemos llegar a conocer. A veces es un desvío: demasiado ruido, demasiadas palabras, demasiado entusiasmo con lo propio, demasiado sufrimiento y seriedad, demasiadas vueltas y vueltas

en la misma mente enclaustrada. Creemos que estamos conociendo al leer, al escribir, pero muchas veces solo nos distraemos. Y más cerca estamos de leer cuando en el jardín se va yendo la tarde, para siempre, y nos quedamos perplejos leyendo sin palabras, el cielo, el declinar gradual de la luz, los pájaros. Nos esforzamos por leer y luego soltamos todo esfuerzo; dejamos de intentar, y entonces, solo entonces, podemos empezar a ver, a saber, lo ilegible en lo que estamos, de lo que somos una parte momentánea, para luego volver a ser todo: en lo ilegible nos disolvemos.

Es verdad que el carro azul me hubiera golpeado a mí. Yo iba en el puesto del copiloto. Es verdad que uno de los dos carros no respetó la señal: PARE. *Achtung*. Respeto. En ese cruce demarcado por cuatro esquinas, el frenazo dejó un olor a llanta fundida sobre el asfalto. El clásico chirrido. Por unos segundos. Otra vez el tiempo brotando del corazón: seguir con vida, sin heridas, o morir, o haber sido lastimada. El tiempo del hado, del destino, no es cíclico. ¿O lo es?

La sangre en el cuerpo corre en dos circuitos. Tampoco podría decir que son circulares o cíclicos; más bien es una forma de correr que se ramifica y vuelve al corazón. Qué terror y qué misterio es el corazón. Nunca he comprendido cómo funciona, cómo se mueve. Por más que existan causas que pudiera comprender si me esforzara, causas para que el corazón

funcione como una bomba mecánica (¡eso es lo que dicen!), jamás podría comprender la razón por la que se mueve, con ese movimiento, no del todo silencioso, que despierta en la oscuridad de la noche, o cuando nos agitamos o somos agitados por alguna emoción o por algún miedo. ¿Por qué se mueve el corazón? ¿Por qué se agita a lo largo de una vida y corre cabalgando hacia la muerte? Sin razón, dicen también. ¿Y cómo vuelve la sangre que se ha ido a los pies, a los dedos, al cerebro, cómo vuelve al corazón? Atraída por ese centro de rubí, ¿cómo vuelve al corazón la sangre, desafiando la gravedad? No entiendo cómo algunos pueden simplemente dar respuesta. Sus respuestas no son respuestas. Las cosas se pueden explicar hasta un punto, pero luego ya no estás pidiendo explicaciones. Mientras la vida gira infinita, queda la gratitud, el terror, el asombro.

Quizá por el misterio que es el fluir de la sangre se asocia la sangre con el destino. La sangre corre en el cuerpo, movida por el corazón, como la luna mueve las mareas. El corazón con sus cuatro cámaras. Me acuerdo de Dante y lo cito: “la cámara secreta del corazón”. Con la muerte el corazón se para, deja de latir. Llevamos la muerte en nosotros porque cada pausa entre un latido y el siguiente es el anuncio de una pausa tras la cual ya no habrá más sonido, ni color; ningún latido del mundo vendrá para el que muere.

Aterrorizada por pensamientos de la sangre y del corazón, pienso que la sangre color rubí ha pasado a los labios de los pájaros. Y que en ese pasaje, en ese vuelo, se deshacen los choques del destino y de la muerte. Los nudos de este mundo y la supuesta última encrucijada entre existir y no existir, entre nacer y morir, también se deshace. Si hubiéramos chocado, si yo hubiera muerto, como moriré un día, pronto o no, los pájaros seguirán volando.

Es Mateo el que dice: lo atado en la tierra será atado en el cielo. Pero tal vez lo atado en la tierra será desatado en el cielo.

\*\*\*

Estas son algunas de las imágenes que vi durante la cuarentena. Algunas eran dolorosas, otras no. Otras lo eran de manera vaga y tenue: una vendedora de flores con un traje gris que parecía de astronauta, un urapán iluminado con la última luz del día, con sus ramas peladas engarzadas en el cielo vacío. Perros. Niños y adultos. Vi una cometa negra, hecha con una bolsa de basura, volando en el cielo blanco. Vi el sol. El sol que vuelve siempre y nos deja ver, y nos deja ver otras cosas cuando se retira. Me acuerdo de las palabras de Dimitri en *Los hermanos Karamazov*: “Saber que el sol existe es ya toda la vida”. Pero están también las nubes, y la luz en los huecos de las nubes. El peso de las nubes cuando están cargadas de

agua, su levedad cuando flotan al borde de la desaparición. Todo esto no dejó de ser mientras en la ciudad se cumplía el drama del destino. Las mirlas siguieron cantando. Para mí ninguna señal, ninguna imagen fue tan dura como la imagen de los trapos rojos colgando de los árboles en los bosques. Fue la señal que no respeté. La señal de los otros.

Y estas fueron las cosas que vi atravesando la ciudad el día en que casi chocamos: primero, antes de llegar a la ciudad, saliendo de la vereda en la que vivo, un hombre con botas amarillas y tapabocas, su ropa desorbitada, ladeada porque le quedaba grande, porque no se ajustaba a su cuerpo. Él era cojo y un perro pequeño caminaba a su lado. Los frailejones impasibles bajo el cielo en el páramo, y después la carretera llena de ciclistas, como figuras recién liberadas de contenedores oscuros. Ya en la ciudad vi dos hombres durmiendo en el puente de la Universidad Distrital. Despertaban. Su pelo era un incendio marrón con hojas secas enredadas. Vi un perro asomado a una ventana, blanco y como un oso menguado; vi recicladores, vi a una mujer con los labios entreabiertos sentada sobre una gran bolsa de basura llena y negra. Me acuerdo que los alcaparros o los fresnos están en flor y busco entonces las nubes de flores amarillas. Pero después del Parque Nacional no hay fresnos o alcaparros por la Circunvalar hacia el norte. En vez de eso, mi mirada se encuentra con dos

palos de la felicidad olvidados en el balcón de un edificio derruido que muy pronto será derrumbado, o se vendrá abajo solo, por efecto del tiempo. Los palos de la felicidad son esas plantas que acostumbramos a regalar cuando otros forman un hogar: los recién casados, las novias que estrenan su casa de esperanza. Estos que veo en el balcón en ruinas parecen más bien matas de maíz que ya murieron, secas más allá de la vida. Veo los eternos paseadores de perros, como esquimales avanzando sobre la nieve gris y dura de la ciudad. Torres que intentaron elevarse al cielo y están ahora sin terminar, soldados; las torres de negocios, terminadas hace años, con sus vidrios de espejo que reflejan el cielo vacío, vacías ellas también todavía. Banderas ondeando. Y luego, el casi accidente.

Con todas estas imágenes que ahora transcribo, la ciudad que veo no deja de ser una línea mínima con respecto a lo que debe ser la ciudad vista desde todos los puntos de vista: la ciudad imposible de ver. Mar subterráneo de vagabundos y desposeídos, de animales vivos y de árboles que a veces están florecidos y dejan caer sus flores en los andenes de los barrios y en el asfalto de las avenidas.

Si pudiéramos saber: este día has de morir, ¿nos fijaríamos con cuidado en todas las cosas que vemos, nos despediríamos del hombre cojo flotando en su ropa ondeante, de los vagabundos que despiertan, del lomo de cada perro que nos

cruzamos, de las nubes y de los reflejos del cielo en las torres de la ciudad? ¿Nos despediríamos de las cosas si supiéramos que vamos a morir este día que acaba o que empieza, *hoy*? Aún si no morimos hoy, esas cosas que trae el día nunca más volverán. Si vivimos otro año más, y quizá luego otro, volveremos a ver los árboles amarillos en flor, volveremos a ver cometas en el cielo de agosto, volveremos a cruzar los solsticios y los equinoccios que produce el movimiento imparabile de la tierra. Pero las mismas cosas nunca vuelven. Cada aparición es ya siempre también una despedida. Deberíamos dejar vivir en nuestro corazón ese amor y esa tristeza, esa atención radiante que es propia de la despedida.

\*\*\*

Es la noche del primero de septiembre, oigo mi corazón en la almohada.

¿Es realmente mi corazón el que suena? Sí. ¿Qué pasaría si juntáramos el sonido de todos nuestros corazones, el latido sepultado en el pecho de todos los vivos, incluyendo a los que están justo ahora, en este momento, muriendo? Sería un sonido espantoso. El de uno solo, el sonido del propio corazón, es ya suficientemente aterrador. Aurora, corazón, estrella son las palabras que me vienen a la mente antes de quedarme dormida. Luego despierto, en la madrugada. Oigo afuera

un bus que pasa por la calle. Qué lejos está el tiempo en el que un bus fantasma nos recogía a mis hermanas y a mí en un paradero helado para llevarnos al colegio. Despertábamos en la media luz del sueño, y recién levantadas ya oíamos en la penumbra el zumbido de otros buses que venían por otros niños, antes que el nuestro, y ese sonido movía el aire de la madrugada en el barrio.

Hace tiempo esas mañanas quedaron atrás. Ahora otros niños duermen en sus camas y no tienen que salir porque los colegios están cerrados. ¿Qué tendrán ahora esos niños en su corazón?, me pregunto. Me imagino que estarán dormidos.

Me digo que tengo que levantarme a escribir este texto y que lo que decidí escribir es una crónica. Pero una crónica no está llena de interrogantes. Nunca en una crónica vuelan los pájaros, ni se citan poemas, ni se abren en flor los árboles. La ciudad con su triste rudeza, las aventuras finitas de algún humano extraño o excéntrico: ese es un tema adecuado para una crónica. Nunca se piensa en el tiempo del corazón, ni en la muerte. Y sin embargo el nombre de crónica es justo para lo que escribo, porque ese nombre lleva en sí el tiempo, el nombre del dios con su mala fama de devorador: Cronos, el buen dios, el buen dios del que hay que aprender a recibir, del que hay que aprender la generosidad sin reserva para dar y para darse.

La crónica que escribo puede ser entonces una crónica sobre el tiempo mismo, sobre el tiempo que se ha ido, como las mañanas heladas en los paraderos, como todas las imágenes que en un día van cayendo, como el día mismo que se va, cada día que se pierde; y una crónica sobre el tiempo que vuelve, como el tiempo de los vientos o de los árboles en flor, como el tiempo de los días y las noches que vuelven, movidos por el sol y las estrellas. Nuestro corazón expuesto y abierto es el tambor encantado que marca nuestro tiempo sobre la tierra. Cada latido cae, y no vuelve nunca a existir, porque esa es la extraña latitud del tiempo. El cielo en cambio parece intocado por los latidos del corazón. En él giran los planetas, con su tiempo circular y sus vueltas. El tiempo está en el cielo y en el corazón, y es dios en estos dos territorios incognoscibles.

\*\*\*

Hoy es tres de septiembre. Después de pasar dos días en la ciudad resolviendo asuntos, vuelvo a la montaña. Las sombras de los pinos del Parque Nacional atraviesan la carrera quinta sin miedo a ser arrolladas por los carros que les pasan por encima. Después de la quinta, tomo la Circunvalar para buscar la salida a Choachí. En los bosques ya no hay trapos rojos. Acabó la cuarentena. No creo que eso haya aliviado la penuria y el hambre. Los trapos estarán roídos por el viento.

Una vez en la montaña, me quedo allá un buen tiempo y no vuelvo a la ciudad. Desde la montaña imagino las calles que vuelven a sostener anillos informes de sonido y de humo.

Solo una noche en la montaña sueño con la ciudad.

\*\*\*

Hoy es primero de octubre. Hoy supe: los árboles que veo en Bogotá, cada agosto, con sus flores amarillas, o al menos el que veo desde la ventana tras la que escribo cuando vengo a la ciudad, el árbol por el que empecé preguntándome, se llama fresno. O chicalá, o chirlobirlo, un nombre que nunca antes había oído. Tomé una foto de uno que todavía tenía flores y crecía en un círculo de tierra en un andén. Tomé también foto de la corteza. Busqué en internet. Comparé las flores y la corteza: no es el alcaparro, también presente en los parques de la infancia. El nombre botánico del fresno es *Tecoma stans*. “Tecoma” es del náhuatl *tecomaxochitl*, que se usaba para designar las flores tubulares, como la del fresno. “Stans” es del latín “estar de pie”. “Entonces de pie no vemos / lo que tenemos que hacer, / tampoco sentados podemos descansar bien”. Es un poema de Ryōkan.

\*\*\*

El conjuro de la cuarentena parece haber caído. Los tapabocas que cubren todos los rostros recuerdan que los tiempos de amenaza y de peligro no han pasado, pero que los tenemos que dejar atrás para seguir con la vida. Pero la vida, ¿qué es? Nunca se ha dejado como para que tengamos que seguirla. Siempre está, siempre vuelve, en la energía incesante de la generación. Aunque nuestra vida propia se pierda para siempre, está la vida a la que pertenecemos todos.

Vuelvo a la ciudad por tercera vez. Esta vez no veo nada, porque tengo la mirada en otra parte. Esta mañana abro la ventana y no reconozco el árbol que ha perdido todas sus flores. No queda ningún rastro del fulgor amarillo que nacía en sus ramas, ni del marrón de la muerte oculto detrás. Sin embargo el sol baña las copas. Tantas veces he estado sentada frente a esta ventana en la ciudad, intentando escribir, es decir, intentando saber lo que es imposible de saber a través de las palabras. Hay mirlas, que conozco muy bien, pero también pequeñas golondrinas esquivas que no conozco y que parecen la imagen misma del gozo. Un colibrí de pronto se clava hacia arriba. Las copas brillan, líquidas, porque el sol baña cada hoja y le presta su transparencia. Los pájaros vuelan en líneas invisibles en el aire, y esas figuras no se borran porque nunca se trazaron. Acabo de copiar en un cuaderno el poema de Ryōkan y lo tengo bajo los ojos mientras escribo.

“Vacíos como estamos, / qué difícil es percibir / nuestra propia vacuidad. / El vacío es todo lo que necesitamos saber / de la carne, solo los corazones son santos”. En el poema, el corazón ya no es carne, o carne vacía, sangre vacía, destellos de rubí. En estos versos de Ryōkan, el cielo es el corazón. Y solo nuestro corazón guardará la imagen del cielo.

# AFUERA SOLO QUEDAN LOS GIGANTES

Juliana Muñoz Toro

*Los hechos más fantásticos de este relato son los únicos que están basados en la realidad.*

Ainhoa Phillips

SALDRÍA DE SU CASA, POR PRIMERA VEZ EN TREINTA años, a finales de marzo.

Esta vez sí lo haría, por ella, por la joven giganta, pensaba con los ojos abiertos, sin poder dormir. Ya antes se había puesto fecha límite, pero siempre encontraba una razón para quedarse. Estaba convencido de que era su soberbia; para él no había algo por fuera de esa casa más interesante que sí mismo. En su cabeza estaba lo que necesitaba saber, o acaso también en los libros que mandaba comprar. No le interesaba socializar con otras personas, pues no estaban a la altura de sus ideas o porque simplemente no las necesitaba. Los viajes eran para gente básica, decía, que se aburría fácil. Era imposible que él se aburriera con la mente que tenía.

Pero la gigante, la gigante de manos lunares...

Se levantó aún con las gafas de sueño puestas y las cambió por las gafas de día. Caminó hasta la cocina sin encender ninguna lámpara y puso a calentar agua. Se empinó para tomar el tarro de café de la repisa y no lo pudo alcanzar. Llamaría a la gigante a mediodía para que le ayudara y de paso le trajera material de trabajo. El teléfono de tono era su única tecnología. No quería que lo rastrearán —si es que alguien lo buscaba—, ni que las ondas electromagnéticas le dieran un tumor como el que mató a la madre. La casa había sido de ella y su habitación seguía intacta, una habitación a la que él solo se atrevía a entrar a cambiar las sábanas.

Se sirvió el agua caliente para no perder el esfuerzo y se sentó en la única silla que tenía. Le alumbraba el reflejo curvado de la madrugada. Tomó el escoplo de acero y empezó a grabar sobre una tabla de boj con parsimonia, con plena atención a cada capa que iba retirando. Parecía sacándole punta a un lápiz para exponer no una punta de grafito sino de vacío. El vacío que sería la luz en las estampillas.

“Para qué hacer estampillas de una ciudad sin gracia”, le preguntó alguna vez la gigante, “además, nadie manda cartas por correo postal allá afuera”. Él le respondió que servían para esa correspondencia que se escribe para no ser enviada, y que los turistas decepcionados también las adoraban, pues

se llevaban un mejor recuerdo de Bogotá. Esa Bogotá que él ya no recordaba, sino que imaginaba. Por eso sus estampas que, se suponía, eran de lugares emblemáticos mostraban construcciones quiméricas o personajes distorsionados. En algo sí se basaban en la realidad: lo que le contaron en el colegio hacía muchos años o en las descripciones de los libros. Tenía que esforzarse para completar esas señales mínimas y lograr ilustraciones precisas, casi fotográficas de “allá afuera”.

Las manos le dolían. Sentía que el escoplo era cada vez más pesado o que sus dedos eran cada vez más pequeños. Pese a eso, siguió tallando una fuente de agua de donde emergía la cúpula de una iglesia. La cruz no era cruz sino estrella. Solo le faltaba la escultura de La Rebeca, la que él habría de inventar quizá con alas. Pero eso sería otra mañana. El dolor se había hecho insoportable.

Levantó el teléfono y llamó a la gigante. Una voz masculina le dijo al otro lado que ella no estaba, que le dejara la razón. Él dictó la lista de lo que necesitaba y pidió que agregaran “tráigalo lo más pronto posible”. “¿Quién la llama?”, preguntó la voz.

Tardó en hablar porque no tenía una respuesta. Había perdido su nombre hacía tiempo como si hubiese perdido un paraguas. Dejó de pronunciarlo desde que no tenía que ver a nadie ni presentarse. Intentó que no se le olvidara anotando

su nombre cientos de veces en papeles que pegaba en estantes y paredes. En cada papel se leía algo distinto, aunque estuviera escrito igual. Alguna vez creyó recordarlo, pero estaba lavando los platos, así que lo trazó en la espuma mientras iba por lápiz y papel. Cuando volvió, el jabón se había escurrido.

“Dígale que el estampilero”, y colgó. Así le decía la gigante desde el comienzo, desde el día en que entró a su casa sin permiso, porque era infranqueable, y gritó: “traigo un paquete para el estampilero”. Se sintió como nombrado por primera vez, como si hasta ese momento él no hubiera existido y ella, con su voz de mirla, lo hubiese creado.

Fue a alistarse para la llegada de la gigante. Se puso sus gafas de baño y se duchó con agua fría, refregándose con cubos de hielo para tonificar su piel. Si había olvidado su nombre, no era de extrañar que tampoco recordara su edad. Desde que la madre murió no celebraba cumpleaños ni comía ponqué. En todo caso, le parecía que era muy joven, que lo sería siempre.

Se paró desnudo frente al espejo y con los ojos cerrados para imaginarse a su manera. En ese reflejo tenía cuerpo de mujer y labios de mujer y nombre de mujer, pero seguía siendo él. La madre le había dicho que había soñado con tener una hija y él no sabía si quería ser esa hija, o si esa hija existía dentro de él.

Tomó una cuchilla y se la pasó por la barba. Se demoró en el remolino del mentón, donde le solían quedar pelos

atrapados que le dibujaban una especie de lunar monstruoso. Siguió con la garganta y con el pecho, con el pubis y las piernas. Terminó el ritual con una crema de sábila y miel. Ojalá llegara la giganta en ese momento, pensó, sin que eso fuera lo que deseara. Tal vez quería ahorrarse la vergüenza de que se le notara que nunca se había desvestido frente a una mujer que no fuera la madre.

Temblaba. Y aunque él estaba hecho de temblores, era la casa la que se movía. Escuchó un rumor como de vientos lejanos remeciendo el mar, ese mar desconocido. Los copetones chillaban como si apenas amaneciera y luego se hizo el silencio.

Era la giganta.

\*\*\*

Fingió esperarla no en la quietud, sino en el silencio de sus grabados.

Sin levantar la mirada de la mesa, la vio entrando por la ventana. Era como si tuviera un ojo en la nuca, uno que tenía solo para ella, para verla con la certeza con la que se mira el pasado y no con el miedo que le daba el futuro.

Con ella llegaba también la mañana, como si fuera la diosa del sol, una colosa de bronce y hierro.

La giganta era rubia como el color de una canasta o el del trigo. O una canasta llena de trigo. Entraba siempre por la

ventana porque tenía un agujero con las puertas. Decía que eran umbrales a otros mundos y que no tenía buena suerte en ellos. Él sabía que era mentira, pero le gustaba ese juego y que ella le silbara antes de entrar para no tomarlo por sorpresa. Ella era su ave del fin del mundo, la que regresaba a él por la ventana porque afuera todo estaba inundado. El día en que no volviera sería el momento seguro para salir. Pero a él no le interesaba la tierra firme.

“Algún día se va a entrar un ladrón. Debes ser la única persona en esta ciudad que no tiene rejas en las ventanas”, le advirtió la giganta antes de descargar cuatro paquetes que le tenían los dedos blancos de lo pesados. “Para eso estoy aquí”, respondió él, “y no pienso moverme”, remató, como si no fuera obvio.

“Este barrio es un laberinto”, se quejó ella, “hay que doblar, avanzar y retroceder para encontrar esta casa”, sacó la leche, “hay días en que vuelvo al principio, como si no hubiera dado un solo paso”, guardó los limones y el bicarbonato que él usaba como remedio para cualquier mal, “eres una especie de Minotauro, aunque no des miedo, un Minotauro solitario y perdido en el centro de este laberinto”, y escogió una de las estampillas como pago, la de montañas sicodélicas.

Como las ventanas de la casa solo daban al occidente, él se imaginaba los cerros de los mismos colores del atardecer:

rojos en la base, con pinos y eucaliptos naranjas en el medio y azul oscuro en la cima. Eran las únicas estampas que coloreaba a mano. Una por una.

La gigante sacó una piedra del bolsillo delantero de su overol y se la entregó. Él la miró por un rato y no encontró nada especial en ella. Era una piedra común, blanca, asimétrica. “Es una montaña”, explicó la gigante, “soy coleccionista de montañas, solo que apenas tomo una parte de ellas”.

Solo una gigante podría coleccionar montañas. Giganta de brazos como ramas, ramas de las que no brotaban hojas sino plumas para hacerse ligera.

Él volvió a su grabado y, aunque movía sus manos, no aparecía nada nuevo sobre la madera. “¿Qué es?”, la gigante se asomó sobre su hombro. “Será La Rebeca, pero a mis manos se les olvidó dibujar rostros”. “¿A tus manos?”. “Sí, suele pasarles una o dos veces al año. Solo debo esperarlas a que recuerden”. La gigante pensó un momento. “Tal vez puedo ayudarte”. “¿Qué? ¿Me traerás unas nuevas manos?”, intentó bromear él. “No, tonto. Puedo posar”.

La gigante de mármol, gigante aguadora. Giganta... desnuda.

Él tembló más de lo que era su estado natural. Le ardió el pecho, se le secó la lengua. Perdió el enfoque y no tenía gafas adecuadas para eso. Solo atinó a decir “no...”. “¿No?”, reparó ella, ofendida. “Hoy no. Ya está oscuro”. “Con esa

luna tan llena podemos abrir las cortinas y que nos alumbré un rato”.

Pero la noche.

Él intentó explicar que no salía de noche porque podía alunarse. Aunque no saliera tampoco de día, supuso que era una excusa válida para insistir en que la luna, a través de la ventana, podría hacer el mismo daño. “¿Y qué daño es ese? ¿Volverse un lunático?”, lo retó la gigante.

Se abotonó el abrigo y se sentó al borde de la ventana. “Entonces mañana”, casi que le ordenó al estampillero. “Depende desde qué ángulo esté entrando el sol en esta época del año, porque las sombras...”. “Cada quien ve las sombras que quiere ver. Solo hay que cambiar de posición con respecto al sol”, interrumpió ella. Luego se dio la vuelta sin esperar respuesta y saltó a la calle.

La imaginó trepando las buganvilias de los jardines sin siquiera pincharse los dedos con sus espinas y caminando sobre las tejas de barro para llegar hacia él. Admiraba su capacidad para sobrevivir al mundo de afuera y a sus terremotos. Afuera donde solo debían quedar gigantes, ya que cualquier otro ser, inocente y apocado, sería devorado por las diagonales y las transversales, sería arrastrado por las filas de los desgraciados que esperan hasta llegar a un columbario sin nombre.

Soñó el poco tiempo que pudo dormir por la ansiedad de

la mañana siguiente. En el sueño estaba la giganta, pero era tan alta que al buscarla con la mirada el sol lo enceguecía. Qué suplicio. Tanta piel, tanta mujer, y no poderla ver. Aun así sentía placer con el dolor exquisito de la ausencia y le bastaba con imaginarla. Quería escalarla y medirla en codos, abrazar sus pulgares. Cruzar al otro lado, allá afuera, por sus piernas como puentes que unen dos mundos y esperar, justo en el medio, a que ella se hundiera por su propio peso y que de paso lo hundiera a él.

Entredormido bajó su mano para tocarse. Se desconoció. A pesar de estar excitado, todo se hacía más pequeño. Todo.

Quizá la noche, como el espejo, lo seguía transformando en aquella hija que la madre deseó. Él no se le resistía a este delirio, en cambio, lo disfrutaba. En sus fantasías, era la giganta quien lo sometía y él podía cabalgar en sus orgasmos para sentirlos como ella lo hacía.

Levantarse le costó trabajo. Creía que los sueños eran un tejido, que debía tomar hilos del sueño y estirarlos para agarrar los hilos del día para que no se notara la diferencia. Le gustaba vivir como si siguiera dormido.

Despierto o no, la giganta, la verdadera giganta, llegó otra vez por la ventana. Y entonces sí la pudo ver.

La gigante llevaba puesta una parka negra que le cubría desde el cuello hasta las rodillas. Era un poco vieja y se le empezaban a salir las plumas. Bajó la cremallera hasta el pecho y sacó un huevo blanco que se le salía de la palma de la mano. “¡Es colosal! ¿Qué harás con él?”, preguntó el estampillero. “Es de ganso y nos lo vamos a comer, claro”. Él se llevó una mano al abdomen fingiendo malestar y ella insistió en darle el huevo. “¿Es que solo te alimentas de café y bocadillo? Por eso estás tan flaco”.

El regaño le recordó a la madre, quien hasta el último momento intentó prepararle algo que a él no le diera pánico comer. Se justificaba con que su garganta era muy estrecha y que el alimento, por mucho que lo masticara y que se hiciera pequeño, se quedaría atascado y lo asfixiaría. La madre probaba con quitarles la piel a los garbanzos uno a uno, licuar el arroz y hacer puré la zanahoria, pero él se quedaba con cada bocado en la boca, lo llevaba de lado a lado hasta que la masa perdía su sabor y terminaba siendo expulsada en una servilleta.

“Entonces a lo que vine”, dijo la gigante terminando de bajar la cremallera. “No es necesario”. “La Rebeca está desnuda, ¿no sabías?”. “Esa parte la puedo imaginar”. “O me dibujas completa o no me dibujas”, y de esa forma cerró la discusión. Resignado, le pidió que lo esperara en la habitación para que no tuviera frío.

“Escuchó su ropa caer, como si la giganta vistiera con pieles secas, y se detuvo en el umbral de la habitación. Recordó ver a la madre desnuda. La madre pellizcando sus pezones como uvas hasta que salía una leche aguada. La madre peinando con los dedos un ovillo entre sus piernas.

El estampillero entró de espaldas. Quiso envolver a la joven giganta en una sábana, pero ella se hubiera disgustado. Pensaría que él no la consideraba hermosa como era, o que lo del arte era mentira. En algún momento tendría que enfrentar su cuerpo y entonces quedaría condenado a ser su esclavo.

Alistó la madera y el escoplo, afiló un lápiz y sacó un espejo. Quería descubrirla en pequeñas dosis. Buscó el reflejo de sus tobillos, el de sus clavículas, el de sus labios. Pero no la entendía. Cada parte estaba en desorden. Su boca parecía sonreír en el ombligo, sus manos parpadeaban, su frente tenía alas.

“Date la vuelta, estampillero”, le ordenó. “Mírame, así sea sin tus gafas”. Eso era imposible. Sin sus gafas no solo estaría ciego, sino desnudo. Más que sin la ropa, que sin la carne, que sin los huesos.

Se dio la vuelta para darle gusto y se concentró solo en sus rodillas. Empezaría a dibujarla desde ahí, como si esos fueran sus ojos o su centro. Las rodillas de la giganta se parecían a las de la madre, pero trató de no pensar en eso. Se concentró en un rostro que se formaba con los pliegues de la piel,

como un fantasma que ella llevaba en el cuerpo, y trazó las primeras líneas de grafito sobre la madera.

Se imaginó enrollándose en sus piernas como un gato serpenteante. Cada parte que iba descubriendo en ella lo llevaba a otros paisajes. Cuando dio con su cabellera quiso balancearse en ella como un maicero en los cables de la luz, y al ver sus hombros planeó construir en el cerro un templo a donde él pudiera llegar de rodillas y pedir un deseo. Y su sexo... su sexo era grande, sin límites. Era un parque al pie de una montaña con un lago donde estaba prohibido nadar, un parque de colinas sinuosas donde los pequeños, como él, podían elevar cometas y decir que eran nubes estiradas.

La gigante, la ciudad.

Él la observó el rato que duraron las nubes metamorfoseándose. Ella había dejado de estar en la misma postura del comienzo y cada vez se movía más. “¿Falta mucho?”, le reclamó al estampillero. “Quiero dibujarte lento. Registrar uno a uno tus lunares y luego unirlos para inventar constelaciones”. “¿Y todo eso sí cabe en una estampilla?”. “Claro que sí, pero no se ve”. La gigante se inclinó para buscarse en el retrato y descubrió que, después de tanto trabajo, él solo había hecho un par de trazos. “Ahí estás. Con unos detalles tomará forma”, intentó justificarse antes de que ella se molestara. “¿Es una broma?”. “No, lo juro. Eres una gran musa. Te lo agradezco”.

La giganta se levantó y se vistió frente a él. “No tengo tiempo para ser musa de nadie”, dijo, y se despidió dándole un beso en la punta de la nariz. Salió por la ventana antes de que él lograra reaccionar.

No entendía por qué ella no veía lo que él. Estaba ahí, claro que estaba ahí en su grabado, pero más que una escultura de mármol parecía hecha de luz.

Abrió un pequeño cofre y empapó la esponja que tenía adentro con tinta roja. Tomó la pieza de madera que había estado trabajando y la pasó por la almohadilla con delicadeza para estamparla sobre el papel con el pulso de un dios que está a punto de dar vida con sus dedos.

Sacó el cuentahílos que usaba la madre para identificar estampillas falsas y revisó su obra. A través de la lupa creía ver el tiempo entre el espacio de las líneas. Era la giganta en movimiento. La giganta de rodillas en el centro de una fuente seca buscando agua con un cuenco.

Era su mejor creación y no la vendería jamás. La puso contra su pecho como si fuera la estampita de una santa y le pidió que lo acompañara en sus soledades, que eran muchas y tenían distintos nombres.

Amén, giganta roja, guardiana de palomas pasajeras. Alma de piedra.

\*\*\*

Eran más paquetes de lo acordado. Aparte de lo básico, la gigante le había traído papel higiénico, aspirinas, enlatados y otros víveres que él no pensaba comer. “Los necesitarás”, le advirtió ella antes de que él se negara, “no podré volver en un tiempo”. “¿Cuándo regresarás?”. No hubo respuesta.

Su regalo del día era otra piedra, o montaña, que él recibió sin ganas y la puso al lado de la anterior. “Quizá sea la última señal del mundo allá afuera”. Él deseó que realmente viniera una inundación. “Las ferias cerraron. No podré llevar tus estampillas, lo siento”, continuó la gigante.

Él le explicó que aún le quedaban ahorros de la venta de la colección filatélica de la madre y que en todo caso se las arreglaba bien con lo mínimo. “¿Tu madre era coleccionista?”. “Y de las famosas”, contestó él, orgulloso. “Por eso empezaste a hacer estampillas, para agradarle a ella”. La afirmación de la gigante le molestó. ¿Lo veía tan incapaz, tan inocente? “No. Empecé a grabar tiempo después de que ella muriera”. “¡Ah!”, exhaló, como si acabara de descubrirlo, “entonces fue para no dejarla ir nunca”.

Quiso echarla, pero no era capaz. Su presencia le recordaba que estaba vivo, tan vivo como el que sueña, y que si ella estaba planeando desaparecer necesitaba prolongar esa sensación cuanto fuera posible.

Le ofreció comida, pues había suficiente, y ella aceptó. Lavó tres zanahorias y raspó con la punta de una cuchara cada surco, cada fragmento de tierra y raíz. La gigante se impacientó, le arrebató las zanahorias y con sus manos las fracturó en varios trozos. Luego exprimió entre sus dientes medio limón encima de la ensalada y roció un poco de sal.

Ella devoró su parte y la de él, dejando ver su boca abisal y sus dientes como un banco de peces plateados. El estampillero se sintió satisfecho, aun sin probar nada.

“¿Terminaste la estampilla?”. Él dudó antes de enseñársela; temió que la doblara o, peor, que no se reconociera. “Ten cuidado, por favor. No haré copias”. Ella tomó la estampilla, incrédula, y la olió antes de detallarla. La acercó y la alejó, el estampillero al borde de la silla, la puso a contraluz, los nervios de él, la malicia de ella. Al fin, la gigante se rio. “La gente va a pensar que La Rebeca soy yo. Es como ver mi cara en un billete, pero mejor”. El hombre respiró, aliviado, y le extendió la mano para que se la devolviera. “Es mi pago... por lo de hoy”. “No. Cualquiera menos esa”. “Quiero esta”. “No... no sirve”. “¿No?”, y sin que él pudiera alcanzarla para arrebatársela el sello, la gigante lamió el respaldo de este y se lo pegó en los labios al estampillero.

De la calle vino una melodía, al principio indefinible. La gigante abrió la ventana, sin intención de saltar, y dejó entrar

una balada. Cerró los ojos y movió la cabeza de lado a lado. “¿Bailamos?”, le propuso al estampillero. Él no quiso responder para no desprender la estampilla. Ella interpretó el silencio como una aprobación y lo haló al centro de la sala. Él estiró los brazos y no logró rodear la cintura de la mujer, ni apoyarse en su hombro. La gigante le sonrió sin intención de burla, lo subió a sus pies y así bailaron hasta después de haberse terminado la canción. Él fue incapaz de mirarla a los ojos. Estaba seguro de que si lo hacía se convertiría en piedra. No podría con esa alta definición de la realidad.

Se había hecho tarde sin que él se diera cuenta. La estampilla se desprendió de su boca como una hoja seca. Como el último beso. Ya no estaba sobre los pies de la gigante, sino en sus brazos. Ella lo mecía como a un niño. “Dime qué pasó, pequeño”, le susurró, “¿qué te pasó allá afuera”. El estampillero, despojado de toda voluntad, se lo tuvo que contar a la gigante.

Era un joven, un verdadero joven. Salía tarde del trabajo que había conseguido en un almacén mientras se decidía a estudiar una carrera. A la calle se le habían fundido los faroles, o se los habían robado, y no alcanzó a ver que lo perseguía un grupo de hombres. O de gigantes, según habría de recordar. Lo golpearon por la espalda y lo arrastraron a una bodega. No supo si lo confundieron con alguien, pero cuando le vieron la cara estaban furiosos.

“¿Querían robarte?”, le interrumpió la giganta. “No, no eso”, y no quería seguir hablando, pero ella lo siguió arrullando. “Me pusieron en la boca... me pusieron en la boca lo que tenían a la mano”. “¿Qué cosa?”. “Lo peor que tenían a la mano. Y me lo hicieron tragar”, tuvo que parar a tomar aire y, sin embargo, siguió sin respirar, “no me importa hablar del dolor, de la tortura, del hambre que he aguantado. Pero no quiero hablar de la humillación, de lo que he tenido que hacer para seguir viviendo. Encerrarme. Obligarme a no sentir. En la noche dejo las ventanas abiertas para que el frío no me deje dormir. Temo que lleguen, que lleguen los gigantes”.

Ella lo llevó a la cama y lo recostó sobre su falda. “Déjame contarte una historia hasta que te quedes dormido”. Pero él no quería dormir y perderse los últimos minutos de ella. “¿Sabías que el Minotauro tuvo una hija?”, dijo como quien cuenta una buena noticia, “lo acompañó en su laberinto durante años, hasta que tejió un ovillo y encontró la salida. El Minotauro no quiso salir; había olvidado el mundo”. “O el mundo lo había olvidado a él”. “Tal vez. Pero la hija sí pudo escapar y se hizo llamar la diosa blanca porque diosa era su madre y blanco el toro del que había nacido su padre. Intentó visitarlo, pero el laberinto se había hecho espeso y no lo pudo volver a ver”. “El Minotauro solo es encontrado si quiere ser encontrado”. “O si es él quien decide salir”.

Lo que dijo después la gigante se escuchó como por debajo del agua. El estampillero se había quedado dormido. Era un letargo hondo y sin sueños.

A la mañana siguiente ella ya se había ido. La extrañó, pero no se sintió triste. Tuvo ganas de comer y quizá bañarse con agua caliente. La buscó en la casa en caso de que estuviera escondida, aunque por su tamaño era difícil ocultarse. No vio ni siquiera rastros de la comida o del baile de la noche anterior. Encontró las dos piedras que ella le había regalado y solo entonces notó que, juntas, formaban un corazón. Algo le atravesó el pecho. Por primera vez se sintió encerrado, incluso asfixiado, en aquella casa.

Era la última semana de marzo y las cayenas florecían por segunda vez en el año. Era tiempo de salir.

Quizá al estar afuera dejaría de encogerse y se volvería también un gigante. Quizá se encontraría a la joven gigante en la calle y se saludarían a la distancia.

Dio dos vueltas a la llave y empujó la puerta. El viento le cerró los ojos y no tuvo miedo. Vio el trayecto entre la entrada de la casa y la reja del antejardín y calculó el número de pasos que tendría que dar. Tal vez debió salir por la ventana como la gigante, se reprochó, pero era tarde. Buscó con la punta del pie el camino por el que pasaba de niño, ese camino de tierra que se forma por el pasar de la gente acortando

distancias y no por el pavimento. Pero se había borrado. Pisó, resignado, la pasarela de ladrillo. Se le doblaban los tobillos, tambaleaba. Se dio vuelta y desconoció la fachada de su casa. Se le hizo demasiado pequeña como para haber estado tantos años en ella. Detrás estaban los cerros, tan verdes, tan formales. No eran lo que imaginaba.

Llegó a la reja y corrió el pasador, duro y oxidado. Era libre y lo había conseguido solo, sin ayuda de la madre, ni de la gigante. Ambas estarían orgullosas del estampillero.

Miró de izquierda a derecha la carrera y la encontró desolada. ¿A dónde habían ido los gigantes?

Afuera solo quedaba él.

# BOLERO DEL CUERPO Y LA RAZÓN

Andrea Salgado

## EL CUERPO

Desde que las autoridades le dieron el cuerpo por cárcel, el cuerpo sabe que tiene que dejar de pensar en la razón, pero no puede.

Tan pronto abre los ojos, la anhela como si tuviera hambre y sed. Durante el día la evoca hasta que la siente viva, palpitando dentro de él. En la noche se imagina que es un nido en el que la razón duerme, plácida como un pichón.

El cuerpo no sabe cómo hará para sacarse a la razón de adentro.

No entiende cómo los demás cuerpos lo hicieron. El desamparo que debieron sentir.

El cuerpo lleva semanas sin hablarle a la razón, pero no hablarle es insuficiente.

Meses antes de que lo encerraran, durante la convención anual del Ministerio de los Cuerpos Completos, desnudo y moreno en la proa de un yate con un coctel con sombrillita en la mano, el cuerpo le pregunta a su amigo, que lleva puesta una tanguita de flamings:

¿Crees que esta razón será la perla definitiva?

No, le contestó de inmediato. Un poco demasiado inmediato, no lo esperaba, el cuerpo se levanta de golpe, se lanza al agua, nada un par de metros, se da vuelta, flota sobre su espalda mirando al cielo.

El cuerpo no ha parado de stalkear a la razón en redes sociales. Está encerrado, pero virtualmente puede desplazarse por donde quiera. La razón parece tener el don de la ubicuidad. Está en todos los lugares expresando sus opiniones sobre los temas más diversos. No solo parece saberlo todo, sino que está convencida de ser la dueña de la verdad. Tiene muchos seguidores que la idolatran. Al cuerpo le gusta todo lo que la razón dice. No está de acuerdo con casi nada, pero su prosa es burbujeante como una Bretaña. Al cuerpo le encanta la Bretaña. No hay mejor agua mineral. La forma en la que salta en la garganta. Esos pequeños impulsos eléctricos. Ese cosquilleo refrescante. El cuerpo nunca le ha dado ni un like a la razón. No quiere que se entere de lo mucho que la admira. De lo mucho que la stalkea.

Siempre fui orgulloso, piensa el cuerpo. Antes de que le die-  
ran el cuerpo por cárcel, ser orgulloso era diferente para él.  
Avanzaba por la autopista del futuro en su convertible y el  
orgullo que llevaba adentro se iba inflamando a medida que  
apretaba el acelerador. Para cuando llegaba a las oficinas del  
Ministerio, en el que ha trabajado los últimos veinte años, el  
cuerpo era un pavo real que se pavoneaba, que desplegaba  
las plumas de su cola e iba tumbando los portarretratos, gra-  
padoras y calendarios de los escritorios de sus compañeros.  
Tiempos aquellos. ¿Quién hubiera imaginado esta estrepitosa  
caída? Ahora sin convertible, ni autopista ni trabajo. Ahora  
que el cuerpo solo se tiene a sí mismo para transitar, el orgu-  
llo es un silencio que grita, da puños y araña. Ahora mismo  
al cuerpo le duele el pecho del orgullo.

El cuerpo ha ido perdiendo la cuenta de los días que lleva encerrado y comienza a dudar de la efectividad del castigo. Fue condenado por desear a la razón, pero ella bulle como lava dentro de él. Lava que bulle, bulle, bulle, no para de bullir. Lava de la razón que en el borde del abismo, envuelta en fuego, arremete contra él, sonriéndole con su risita de diabla.

Él debajo del peso de la razón, dejándose ir en una cadena de espasmos placenteros. Desvaneciéndose en ellos como una brizna de trigo arrastrada por el viento. Ligero. Plácido. El deseo es como la lava y el placer es como el trigo. Y la lava y el trigo son la razón. Razón en el núcleo. En su núcleo bulle la razón. La razón sigue viva dentro de él y cuando sean libres de nuevo, se miente, lo sabe, la razón lo amará por fin como a un cuerpo completo, lo abrazará, le escribirá mensajes hablándole de su día, preguntándole por el suyo. Le contará historias de su pasado y le confesará sus pensamientos más profundos.

Fui encerrado por creer, pese a todo, en la posibilidad de entablar un diálogo profundo con la razón, en la construcción conjunta de un cuerpo y una razón nueva. Los cuerpos y las razones deben terminar de una vez por todas esta guerra, escribe.

Ha pasado el día entero tratando de imaginar cómo ser un cuerpo completo con una razón completa, convertirse con ella en una sola entidad. Nada, aparte de algunos garabatos infantiles como aquellos que cuando niño le hacían repetir en el cuaderno de caligrafía, ha salido de su cabeza.

Ya van varias noches en las que el cuerpo sueña que es un abismo y que la razón está justo arriba de él, contemplándolo desde un risco. Tiene un hoyo el pecho y en la mano su corazón sangriento que palpita. Parece estar tentada a quedárselo, a ponérselo de vuelta, pero no lo hace. El hueco del pecho se le cierra, suelta el corazón y se da la vuelta. Este cae y se hace trizas. Es una cobarde la razón. Solo los cobardes se deshacen de su propio corazón. ¿A cuántas razones en el pasado volvió perlas? Ni siquiera llevó nunca la cuenta.

En su trabajo, el cuerpo siempre fue el mejor, pero con esta no pudo. Y ahora está aquí, pagando esta condena sin sentido, convertido en el abismo en el que la razón arroja una y otra vez su corazón.

Antes de que la razón llegara, el cuerpo siempre supo cuándo había llegado el momento de dar por terminado el trabajo.

Afuera, desde la ventana de su prisión, ve cómo comienza a tomar forma un cementerio. Crecen a toda velocidad desde el suelo cubierto de maleza alta, tupida y seca, pequeñas tumbas vacías y rotas, hileras de bocas sin dientes, que van formando un columbario. Sobre ellas, emerge un frontón triangular de tejas de barro sobre el que va apareciendo, letra a letra:

## LA VIDA ES SAGRADA

El proceso para convertir una razón en perla siempre fue simple. Un par de meses después de asignado el caso, recibía una notificación del Ministerio en la que se le informaba que el tiempo de trabajo de campo estaba por vencerse. Y él, como una ostra, se iba cerrando, cubría con su nácar a la razón de turno. Durante años, sus perlas fueron las más grandes y hermosas que se exhibieron en el Museo Nacional de los Cuerpos Completos. Pruebas magníficas del triunfo del cuerpo sobre la razón.

Una paloma de plumaje gris y triste se para sobre la cornisa del frontón. Dos columbarios más, igual de rotos, aparecen al mismo tiempo; también un muro verde y una chimenea.

Desde su primer día en prisión, tuvo un cielo siempre gris e infinito, ahora el límite es este cementerio derruido y sin muertos, un muro verde y una chimenea. Una estela de humo espesa asciende desde la chimenea hacia el cielo. Abre la ventana. Huele a café o a cuerpo incinerado, no lo sabe bien.

Nunca le habían dado el cuerpo por cárcel, ni había tejido tantos metros de espera.

Tal vez nunca había conocido a una razón completa, solo a medias razones y razoncitas.

Tal vez había dado por hecho que eran un mito, y por eso, desde que le asignaron el caso, a esta la llama en secreto la última razón, mi razón. No hubo ni habrá ninguna otra. De eso parece estar hoy convencido.

Hay días como hoy en que le da un poco de rabia pensar que la razón llegó justo cuando ya se había convertido en un cuerpo maduro y nada parecía poder detenerlo. El mejor de los funcionarios del Ministerio de los Cuerpos Completos.

Si se hubiera largado con ella al bosque cuando le llegó la notificación, antes de que los separaran, ahora mismo estarían buscando juntos el camino entre la manigua. La llevaría de la mano por la espesura y en la noche, le contaría hasta su último secreto, de tal manera que ella supiera, al menos de palabra, lo que significa ser un cuerpo.

No. No debió haber pedido ampliación de fecha. Ni tampoco haberla dejado irse sola sabiendo cómo andan las cosas por allá en estos tiempos.

Compañeros del Ministerio de los Cuerpos Completos, les escribié en la solicitud, no estoy produciendo nácar, les pido un poco más de tiempo para terminar. Esta razón ha resultado muy esquiva, pero siento que, por el bienestar de todos, debo continuar.

Fue así como por un par de semanas más pudo mantenerse abierto, viscoso, suave y rojizo para ella. Un mejillón a la orilla del mar. La carne dulce que para la razón siempre palpita, orgasmo tras orgasmo, insatisfacción tras insatisfacción.

Si no me hubiera dejado arrastrar por las ganas, se dice el cuerpo mientras se mira al espejo, tal vez estaría libre. Libre, pero sin la razón.

Acaba de bañarse. Trae pantaloneta de corredor y una camiseta esqueleto. Toma agua de un vaso. Está atrapado en el bucle del deseo y cada vez se pone más bello. Un desperdicio, resplandece para nadie en su prisión. Es como un árbol que, nacido al borde del camino, florece y da frutos para pájaros e insectos con la esperanza de llegar a través del polen y las semillas a la naturaleza que no lo espera. No hay ni un solo bosque a la distancia. No hay pájaros ni insectos, solo su cuerpo en el reflejo del espejo y, por la ventana, el cementerio.

El sol comienza a ocultarse detrás de los columbarios. De la chimenea del horno crematorio, salen volutas grandes de humo.

Al cuerpo le parece ver una figura sentada sobre las tejas del frontón. Deja el vaso sobre la mesa. Abre la ventana y enciende un cigarrillo. La figura se eleva, flota sobre el techo y a lo lejos lo mira; extiende sus brazos como alas y flota de barriga sobre el aire. El cuerpo, al sentirse descubierto, exhala el humo. Se dispone a botar el cigarrillo y cerrar, pero como disparada con una cauchera, a toda velocidad, viene la figura hacia él. Frena justo antes de estrellarse contra la ventana y vuelve a su posición vertical. El cuerpo la ve entonces, una mujer transparente, como hecha de vidrio color ámbar; y

adentro, un útero de carne que le palpita. La mujer le sonrío al cuerpo. El cuerpo le sonrío de vuelta una mueca extraña.

¿Qué haces?, pregunta el cuerpo.

La mujer transparente se eleva sin contestarle, superheroína con un puño elevado hacia el cielo.

El cuerpo la sigue con la mirada y ve cómo se hace minúscula a la distancia.

Se fue, piensa, pero a lo lejos la ve de nuevo extender los brazos como alas, darse la vuelta y lanzarse en caída libre, girando sobre su propio eje, cae, cae, cae en cámara lenta y nunca crece. Pequeñita, aterriza sobre la punta incandescente de su cigarrillo. El cuerpo se lo lleva a la boca y le da una última calada. La ve saltar sobre las chispas y soltar unas risitas saltarinas y pequeñitas como ella. El minúsculo útero de carne, una semilla de granada, brilla. El cuerpo cierra los ojos y la inhala completa. Tira la colilla y cierra la ventana.

Hay, en su prisión, días de deseo bueno y días de deseo malo.

Hoy es un día de deseo malo. Se siente abotagado de deseo.

Estar abotagado de deseo es igual a tener una inflamación en el colón, dice la mujer transparente que ahora comparte pensamiento con el cuerpo.

El día que llegó el ultimátum del Ministerio, o nos das una perla o te levantamos una investigación disciplinaria, el cuerpo tomó una decisión desesperada.

En los muros de todas sus redes sociales escribió.

Amigos de la Nación de los Cuerpos Completos. No debemos olvidar lo que dijo nuestra maestra Sei Shonagon, en el siglo x, cuando las razones aún nos gobernaban.

“Qué detestable la razón que se levanta de un brinco de la cama, que va y viene temerosa, se ajusta el talle con el cordón del faldón de lazos, se recoge las mangas de su manto de corte, de su túnica interior o de su veste de caza, guarda vivamente en su seno todas sus pertenencias y anuda fuertemente el cinto. ¡Aquella que al salir no vuelve a cerrar la puerta que acaba de correr es sumamente detestable!”

El reclamo, expresado de ese modo, pareció surtir el efecto deseado.

Durante casi un mes, no supo nada de la razón.

Lloró su partida, siguiendo todos los rituales del fin, aliviado de poder finalmente cerrarse, para esculpir con su recuerdo una perla.

Le informó al Ministerio que pronto la tendría lista. Que sería la más grande y brillante de todas. Una perla sacada de su propio corazón, pero con la misma calidad y factura que la de Sei Shonagon.

La perla del amor de la nueva concubina, la del cuerpo que satisfizo los deseos sexuales más profundos de la razón, pero que jamás amaneció entre sus brazos; la perla del cuerpo que no se sentó nunca a su lado; la perla del cuerpo que nunca fue navegado más allá de la carne. La perla de la razón cobarde que se quedó en el borde del cuerpo con el corazón palpitándole y sangrándole en la mano. La perla de la razón que no se lo puso de vuelta. Que lo arrojó e hizo trizas, una y otra vez.

La perla de la venganza. Así la llamaría en privado.

Perla de la última razón, la titularía para el público. Perla testimonio para que los cuerpos del presente y el futuro sepan de los estragos que puedan causar las razones completas que aún viven encubiertas entre los cuerpos.

Perla símbolo del poderío de la Nación de los Cuerpos Completos.

Apenas si comenzaba a saborear el triunfo. En su imaginación ya la instalaba en el museo, ya recibía aplausos y felicitaciones, ya se pavoneaba con su plumaje extendido, brindaba con una copa de Bretaña, cuando de repente le entró al teléfono un mensaje de texto de la razón:

Yo te extraño, te añoro, cuerpo hermoso.

Yo también, razón, muchísimo, me muero de las ganas de sentirte.

Y ahí terminó todo.

Las autoridades del Ministerio lo interceptaron cuando iba a encontrarse con ella después del trabajo y le dieron el cuerpo por cárcel. A la razón, la mandaron al bosque a jugarse su última oportunidad en la nueva temporada de los juegos de la razón.

Si no hubiera sido por eso, dice la mujer transparente.

¿Qué?, le contesta el cuerpo.

Tal vez se habrían finalmente expandido.

El cuerpo va a la cocina y se prepara un té de cola de caballo, que según la medicina china ayuda a la desinflamación del colón. Fue encerrado para que se sacara a la razón de adentro de forma definitiva, pero esta sigue ahí, dentro de él, siendo lo que siempre ha sido. No un fósil sino una razón completa y libre. Un deseo en expansión.

Hace un rato vio que la razón escribió en redes sociales: Siempre razón nunca perla.

Son tan irreflexivamente hermosas sus palabras. Las siente burbujear en la garganta.

La razón también quisiera dejarme, pero no me deja. Soy una hondura sin fin por cuyo borde le resulta peligroso caminar y, sin embargo, camina.

Mi deseo navega sin rumbo, dice mirando a la ventana que da al cementerio.

El nuestro, dice la mujer transparente, el de todos los cuerpos está a la deriva, pero también a la deriva está tu razón, mi razón, nuestras razones.

Lava. Trigo. El deseo es como la lava y el placer es como el trigo. Y la lava y el trigo son la razón. Razón en mi núcleo. En mi núcleo bulle la razón.

Parece tan fácil aceptar que la historia entre los dos ha terminado, y sin embargo acá siguen, sin hablarse, sin verse, sin

tocarse, sin entenderse ni descubrirse. En permanente secreto, vivos e irresolutos, el uno dentro del otro.

## LA MUJER TRANSPARENTE

El cuerpo nunca supo cómo se llamaba la mujer transparente aunque vivió en él con su útero de carne durante nueve ciclos lunares.

Tres días antes de la luna llena, ella se alargaba y expandía ocupándolo todo.

Convertido en magma, el cuerpo burbujeaba.

Cada burbuja se volvía pústula.

Cada pústula se volvía ausencia.

Cuando llegaba a la cabeza, casa de la razón, el magma se apagaba y se convertía en humo: Una placenta, velo gris, bajaba sobre sus ojos. La mirada se le oscurecía, incluso en los días más luminosos de verano.

Duele cada veintiocho días sacar del cuerpo un óvulo, una vida no engendrada.

Va quedando uno como esos columbarios vacíos, le dijo un día la mujer transparente. Mírelos, qué tristes y bellos. Al mismo tiempo vacíos y llenos. La ausencia es la prueba de la presencia.

Una vez la mujer transparente le dijo al cuerpo que se llamaba Garagoa Rudencina y que había sido una sirvienta que murió de tifo.

Otra vez que se llamaba Delfina Cardona, que le ayudaba a su mamá a hacer tamales y estaba en tercero de bachillerato y que la mamá estaba muy contenta de ver que su hija iba a salir adelante, pero que ella metió las patas con un hombre casado y murió de septicemia después de deshacerse de la criatura que llevaba en la barriga.

Otra, que se llamaba Andreína Lamilla y que se había suicidado después de que le mataron a su novio Cándido Leguízamo en la guerra entre Colombia y Perú. Que era del Tolima y que llegó acá a matarse porque acá era donde vivían los asesinos de su amor. Que se lanzó del Salto del Tequendama. Que en el bolsillo traía una nota contra el gobierno canalla y que esta a nadie, ni a los buitres de los periodistas, les importó. O que tal vez todo se deshizo en el agua.

¿Quién sabe? Fui insensata. Es que me dio una rabia cuando me lo volvieron dizque héroe de la guerra, mártir de la patria. Era un niño mi Cándido y fue el gobierno el que me lo mató.

Otra que su apodo era la Ñata Tulia y que tal vez se llamaba Berta Tulia o Tulia Rosa y era una mujer de la vida alegre a la que le disparó un liberal cuando le prestaba sus servicios

a un conservador, no a cualquiera, sino a su amante, al único que quiso de verdad.

Aunque era de los malos, todo hay que decirlo, de los Pájaros del Norte del Valle y yo era liberal de Santander. ¿Cómo le parece? Pero qué le hacemos, si así es el amor. Usted lo sabe tan bien como yo.

Otra que se llamaba Bertilda y estaba vieja y tuvo quince hijos y tantos nietos que un día dejó de contar. Que se murió de un coma urémico después de que se le infectaron las úlceras varicosas de una pierna.

Otra vez que Olma,  
otra que Ulda,  
que Rosalba,  
que Alicia,  
que Nubia,  
que Isabela,  
que Iris,  
que Amparo,  
que Nidia,  
que Floralba,  
que la Corro,  
que la Alberta,  
que murieron de cáncer, es decir de amor.

Porque acá el amor hasta que aprendimos a berrear fue un cáncer, le dijo una noche cuando miraban hacia los columbarios. Por eso es que usted ve todas tumbas roídas. Antes de que nos volviéramos transparentes, así también se veían nuestros úteros.

Hubo un tiempo y un no tiempo y un cementerio de ricos en el que había un pedazo en el que enterraban a los pobres. Y los domingos cuando los ricos con sus vestidos de paño y sombreros de copa, y las ricas con mantillas de encaje y abrigos de piel, iban a visitar a sus muertos que vivían en esos mausoleos elegantes que quedan allá en el otro cementerio que usted desde acá no ve, comenzaron a ver muchas ruanas y alpargatas; a oír muchos llantos, lamentos, rezos, cantos y letanías:

“Que los pobres tengan su propio cementerio y dejen de berrear”.

Y solo fue que lo dijeran para que emergieran, en el lote contiguo, los columbarios, el cementerio de los pobres. Todo lo que los ricos dicen se levanta del suelo y se eleva como una verga de granito. Y los pobres siguieron muriendo por montones como mueren los pobres y los columbarios rápidamente se fueron llenando y los ricos siguieron oyendo sus llantos, sus lamentos, sus rezos y sus letanías y entonces volvieron a hablar:

“Que los pobres se vayan a donde los ricos no los oigamos berrear”.

Y tan pronto lo dijeron, las lápidas de nuestras tumbas fueron arrancadas y nuestros restos embutidos en bolsas y nos llevaron a otro cementerio y nos almacenaron, o nos vendieron, o nos robaron para la ciencia o la brujería, o nos desecharon, o nos perdieron por siempre, nunca lo supimos.

Acá nos quedamos. Auras, fantasmas harapientos, flotando entre las columnas, ascendiendo al frontón y al techo, colgándonos de la chimenea, buscando nuestros nombres entre la pintura descascarada, un afecto infantil dibujado con lápices de colores sobre un pedazo de cemento. Una flor artificial rota y desteñida. Una muela de oro. El escalpelo que el médico olvidó entre nuestras tripas. Una astilla de hueso. La sonda, la aguja, la bolsa de la colonostomía que nadie retiró.

Éramos fantasmas sucios y harapientos y juntos dábamos vueltas sin parar. Juntos mirábamos hora tras hora los columbarios, buscándonos en esos úteros vacíos, roídos, en silencio, día tras día, callados, año tras año, hasta que una negra comenzó a berrear y otras, todas, nos les unimos y fue tanto el llanto que se nos cayó el mugre, que se nos cayeron los harapos, que nos fuimos volviendo transparentes. Cuerpos cristalinos y un útero de carne, magma que hierve, que sangra.

Los hombres aún sucios, aún cubiertos con un pegote de telas raídas, nos miraban a lo lejos berrear y volvernó transparentes, y nos cruzó la cabeza, me acuerdo, que aunque éramos muchas podíamos ser una sola, y entonces berreando entrábamos una dentro de la otra dentro de la otra dentro de la otra y nos convertíamos en un una sola, y berreando volvíamos a salir. Y entonces con nuestras manos transparentes empezamos a llamar a los hombres.

“Vengan pacá a berrear con nosotras bien bueno”.

Y se veía que querían. Usted sabe que ellos quieren hasta cuando no. Y se veía que les daba pena. Y se veía que les habían enseñado eso de que los hombres no lloran. Y se veía que estaban intentando porque les salían unos hipidos de ahogado lo más de feos. Una de nosotras, cualquiera de nosotras, ya éramos todas iguales, caminó hacia uno de ellos y le puso su mano transparente en la cabeza y la fue bajando por el pecho y por donde la pasaba, el hombre se iba poniendo transparente. Viendo entonces que la cosa funcionaba dio un paso y entró en él y él todito se puso transparente, menos en la verga que como el útero era de carne, pero no rojo, sino entre púrpura y morado como la flor del plátano.

Y los hombres transparentes sintieron con nuestro útero. Y nosotras sentimos con su verga. Y su sentir era millones de partículas de luz diseminadas en el infinito. Huérfanas con frío buscando calor. Y nuestro útero era el calor. Entrábamos, salíamos, nos uníamos y nos separábamos. Nos volvíamos mujer transparente y luego hombre transparente u hombre mujer trasparente o mujer hombre transparente. O mujer mujer transparente u hombre hombre trasparente. Lo que usted quisiera. Trencito. Hombre Mujer Hombre. Mujer Mujer hombre. Haga la combinación que sea, nosotros la teníamos, pero igual daba lo mismo. Lo importante es que supimos qué era ser

abismo. Implosión. Supimos qué era ser partículas diseminadas. Explosión. Y ser abismo y ser partícula era igual de grande.

Implosionamos y explosionamos y berriamos, berriamos, y nuestro berreo fue un bolero, fue el largo llanto del pueblo al que los ricos no quisieron dejar llorar. Fue el llanto que ellos desconocían. Y mire no más lo transparentes que quedamos. Tan vivos como ausentes.

## LA VIDA ES SAGRADA Y LA MUERTE ES TAMBIÉN LA VIDA

Lava. Trigo. El deseo es como la lava y el placer es como el trigo. Y la lava y el trigo son la razón, le dijo el cuerpo a la mujer transparente.

Y la lava y el trigo son el cuerpo y son la razón. Razón en el núcleo. En el núcleo del cuerpo bulle la razón. Cuerpo en el núcleo. En el núcleo de la razón bulle el cuerpo. El cuerpo es el abismo en el que la razón, partículas diseminadas, implosiona hasta la eternidad. La razón es la explosión que al cuerpo disemina, que al cuerpo vuelve finito. En la vida y en la muerte, el cuerpo y la razón se expanden.

# EL MUSEO DE LA POLICÍA

Carolina Sanín

TODOS LOS CERRAJEROS DE LA ZONA DONDE VIVO conocen mi puerta. A lo largo de nueve años la han abierto con ganzúas, con láminas de plástico duro, con palancas y con chupas. Cada dos meses, más o menos, me sucede que dejo la llave adentro. Llamo por teléfono; por el mío o, si he salido también sin él, por el del portero. Del otro lado preguntan si la cerradura es sencilla. Digo que sí. Dicen que se demoran en llegar entre quince y veinte minutos. Miento: “Por favor apúrense, que se me quedó un fogón prendido”. Llegan en moto. “Usted ya había venido aquí, ¿no?”, le pregunto al hombre, o él comenta, en el rellano: “Yo ya había abierto esta puerta”. A veces viene uno nuevo. Saca sus herramientas del morral y, casi siempre, tarda quince segundos en hacer la operación. O empieza a tardar más, y entonces alcanzo a desconfiar de que la puerta vaya a abrirse, porque él seguramente es aprendiz

y todavía no sabe bien. O temo que el cilindro se estropee y luego la llave no case con la cerradura violada repetidamente. Una vez pensé, mientras el hombre bregaba, que antes él era ladrón y se había arrepentido, y que el robo de casas había sido su aprendizaje para el oficio de la cerraduría. Imaginé que, ya adentro, yo lo invitaba a que se llevara algo: el pan o una pieza de mi colección de piedras sin valor. Yo antes traía piedras de sitios que visitaba (la laguna de Iguaque, el Vesubio, la Sierra Nevada), cuando no creía que recoger una piedra a cielo abierto y traerla a mi repisa, y encerrarla en mi casa, fuera también robar.

Cuando regresé a Bogotá, hace diez años, la apertura de la puerta costaba treinta mil. Ahora que el hábito se ha asentado, son cuarenta y cinco. No olvido la llave cuando me voy de viaje ni cuando salgo a dar una vuelta larga, sino cuando saco a pasear a la perra cerca. A lo mejor es que quisiera irme más lejos; dejar Bogotá y olvidarme de que soy de aquí, no tener casa con llave y buscar una puerta insospechada. Volver a ausentarme por el mundo. No es que la puerta se me cierre por accidente, sino que creo erradamente que he sacado la llave, y camino en el parque con la ilusión de estar llevándola, hasta que regreso a la casa y descubro que no; que lo que creí que cargaba en el bolsillo era un pedazo de aire. Creo que las primeras veces le dije al cerrajero la gracia de “Me quedé encerrada en la calle”.

A menudo sueño que es domingo y cruzo la autopista y quedo en una parte que no conocía, del occidente profundo de Bogotá. Se ven, muy a lo lejos y enteros, los cerros orientales. Resulta que Bogotá, en ese barrio nuevo, es espléndida. Yo pienso soñando, como si me enterara: “Ya abrieron esta parte de la ciudad”. La gente está en la calle. Están alegres. Me reconvenzo por no haber procurado mudarme a esa zona. “¿Cómo se hará para vivir aquí? ¿Quién podrá hacerlo?”, pero en el sueño sé que, si me quedara allá, quedaría lejos de mi cama, en la que estoy dormida, y eso comportaría un problema. En una noche reciente de mi sueño, se abrió en el suroccidente un lago. Yo iba en bus. Bordeaba el lago bogotano que en la vigilia no conocía, y veía un edificio alto, en construcción. Se me despertaba el deseo de vivir en él, pero otra vez me decía: “Está lejos de todo”. Sabía que si me mudaba a esa zona linda, con lago y puentes, no volvería a andar por los lugares conocidos de mi ciudad, la rota; que perdería la ciudad de los huecos, construida sobre un pantano: los senderos que deshace la lluvia del invierno, las calles llenas de baches de bordes afilados, los pozos abiertos en la mitad de la calzada, rebosantes de agua del último diluvio, que, en la cumbre de los Andes, deja en el aire un olor marino, las depresiones del pavimento, las grietas de las aceras nunca reparadas, las bombas de agua negra que me lavan de abajo arriba cuando piso

un adoquín suelto y flotante en un charco infecto, las bocas de las alcantarillas a las que les han robado la tapa, las calles quebradas por el paso de los camiones de la construcción, los cráteres, las heridas y los abismos. Si yo me fuera a vivir a la parte agradable que se inaugura en el sueño, quedaría demasiado lejos de las inconvenientes, prodigiosas bocas que se abren en cada cuadra de mi ciudad para bajar al infierno.

Quedé con ese sueño del lago occidental en la cabeza, y un día, en la vigilia, vi en Internet una foto de la avenida Boyacá tomada desde el aire. Había a la izquierda del cuadro una colina, y arriba estaba el oriente, y en el centro la avenida, que dividía un humedal bordeado de árboles y juncos. Aparecía un grupo de garzas. Quise ir allá, y fui despierta, pensando que siempre en el occidente hay algo por descubrir, como hemos pensado los humanos durante toda nuestra historia. Desde el suelo no era como en la foto. No se veían el agua ni las garzas ni los árboles, sino solo la parte de atrás del carro de adelante, y el semáforo.

Encontré la manera de entrar en el humedal de Córdoba. Dejé el carro en una calle residencial y me metí en el bosquecillo. Oí un pájaro gritador y luego vi el agua forrada de bolsas de plástico azules, negras, blancas y amarillas: flotaban en la corriente pútrida, colgaban de las ramas bajas de los árboles y marcaban las orillas. Oí a un perro ladrar: en la sombra de

los sauces, una persona había puesto su casa hechiza de cartones y láminas de zinc. Tenía un sofá a la intemperie. Hay otras personas que duermen bajo los puentes, donde últimamente la alcaldía ha sembrado rocas, como las de mi colección pero cien mil veces más grandes, para que la gente que no tiene casa, ni tiene donde guarecerse del diluvio que deja olor a mar, no pueda parar sin lastimarse.

Quienes no vivimos en la calle volvemos cada día a un útero. Una parte de nosotros sigue sin nacer, gozando de una irresponsabilidad radical frente al afuera. Tener una casa a la que volver, con una puerta y una llave, nos da el poder de ocultarnos y de ser intermitentes: visibles e invisibles, presentes en el mundo y todavía no salidos a él, nonatos. Quien vive en la calle, bajo el ojo del Sol, siempre está visible. Ha sido dado a luz. Es el nacido realmente, y nos muestra a los demás nuestra fragilidad y nuestra provisionalidad, nuestra gestación sin fin. Nos recuerda que la vida en casa, bajo la luz indirecta, es disimulo. Quizás esa revelación, ese reflejo, suscita en la autoridad violencias como la de poner grandes rocas puntudas debajo de los puentes para que las personas sin casa no puedan descansar.

A lo mejor, con la pobre aventura compulsiva de dejar las llaves detrás la puerta y obligarme a estar “encerrada en la calle” hasta que llegue el cerrajero, formulo débilmente la pregunta de cómo es la relación del habitante de la calle con el

tiempo; de cómo es su alianza con el presente, su existencia excluida del encierro de las casas que se transmiten y se heredan; su relativa libertad con respecto al tiempo sucesivo y sucesorio. A lo mejor me pregunto qué cosa es la intemperie: ese haber nacido.

Antes de los cerrajeros de la zona donde vivo, conocieron mi puerta los del centro, de La Candelaria, donde estaba el primer apartamento que alquilé al regresar a Colombia. Llegué allá, al viejo barrio colonial de Bogotá, porque para mí, que nunca había vivido en él, era nuevo. A mi regreso no quería el vértigo de reconocer el pasado, sino pretender que llegaba a un sitio distinto del que había dejado. La Candelaria era el lugar más visitado por los turistas, y yo me hacía la ilusión de ser, entre ellos, un poco turista también; de estar en vísperas de irme para siempre de mi ciudad, que es tan difícil de ver; que existe ya como después de muerta; que está echada a perder y en la que parece ser siempre demasiado tarde, y de la que no quiero irme por más irritación que me cueste, pues me entenece en su malandanza, y el enternecimiento engendra la responsabilidad, y porque aún siento curiosidad por el misterio de la falta de seriedad de una comarca que es cómica aunque no dé risa ni alegría, y por el enigma de su profusión de bocas abiertas en el suelo que llevan a donde están los muertos y las raíces.

Llegué al barrio colonial a vivir en un edificio que, según me advirtieron, estaba lleno de fantasmas. Tarde en la noche, yo oía golpes y arrastres de cadenas espectrales. Antes de contener apartamentos, el edificio había sido un convento de monjas y la sede del Departamento Administrativo de Seguridad. Se decía que habían interrogado y torturado a detenidos en el sótano. El conjunto estaba construido como un panóptico. En el centro había una grama a la que yo sacaba a mi perra, que había venido de Nueva York conmigo. Ella no había aprendido a no ladrar, así que molestaba a algunos. Por una ventana, una voz de hombre nos gritaba “Fuera perros de este barrio”. Una noche, dos semanas después de mudarme allí, salí con la perra a dar una vuelta. Cuando regresé, mi llave no entraba en su cerradura. Pensé que me había equivocado de puerta, pero vi encima del dintel el número correcto y entonces pensé que estaba en un sueño. Luego me di cuenta de los chorrones de pegante. Alguien, quizás el vecino que gritaba contra los perros, me había rellenado la cerradura de Bóxer, el mismo pegante con nombre de perro que llevaba en la mano, para olerlo y sedarse, el hombre de la calle que algunas noches me miraba mientras yo escribía en mi estudio junto a la ventana, y que me gritaba desde la acera: “Baje, mona, baje”.

Llamé entonces a un cerrajero, que fue el primero de los muchos, y que tuvo que cambiar la cerradura y la chapa entera,

no por treinta mil sino por trescientos mil, y llamé también, al día siguiente, al cuadrante de la policía. Un agente interrogó a los celadores del edificio y quizás a algunos inquilinos. No he sabido qué vecino o visitante quiso que me fuera tan pronto como llegué, o quién me vaticinó, con la cancelación de mi cerradura, que en los años siguientes muchos bogotanos tratarían de impedirme la entrada a mi propia casa de formas menos literales. Quizá fue el fantasma.

Quince años antes de eso, en vísperas de irme de Bogotá, también viví en el centro; no en La Candelaria, sino en La Macarena, en un apartamento que miraba hacia el atardecer desde la carrera quinta. Estaba cerca de una estación de policía. Una noche oí los gritos desgarrados del mendigo más frecuente del barrio, a quien llamaban el Cojo. Los policías lo llevaban a la fuerza a la estación. A veces reaparecía después de días de no verse, con la cara hinchada, cubierto de costras de su sangre. Alguien me dijo que, además de todo lo otro, en la estación los lavaban a pleno chorro de manguera, y que dolía. Creo que me lo contó él mismo.

En La Macarena escribí el primer cuento que me publicaron. Salió en una revista estudiantil que imprimía mi amigo Rafael, y en él yo imaginaba que el complejo arquitectónico del Centro Internacional, a pocas cuabras de mi casa, albergaba a un fantasma que tenía una relación con la voz de mujer

que daba la hora por teléfono en el servicio del 117. Un día, no en ese cuento sino en la verídica historia nacional, el gobierno instaló a la familia de Pablo Escobar en las Residencias Tequendama, en el Centro Internacional. Escobar se había fugado de la prisión de La Catedral y lo buscaban. Mi novio de entonces y yo espiábamos las Residencias Tequendama con los binoculares. A veces veíamos unas figuras moverse detrás de una cortina y resolvíamos que eran los Escobar. Les contábamos a los amigos que habíamos descubierto a la esposa y los dos niños del prófugo. Ahora, en el recuerdo, yo he fabricado otro fantasma: veo al padre de familia, enorme y nítido, que se mueve detrás de esa cortina, tras mis lentes binoculares y mi ventana.

Es posible que alguien vuelva a vivir en la ciudad donde nació y creció porque crea que solo allí se encontrará con alguien como él: con la compañía verdadera y el fantasma verdadero. Yo volví para provocar ese encuentro y porque, estando afuera, sentía que me alejaba de ser la totalidad de mí y me convertía cada vez más en un personaje determinado por la extranjería. Quería buscar mi reflejo, cansada de encontrar la proyección de los demás en mi extrañeza. Tal vez también quería averiguar en qué me parecía al desastre del lugar donde nací y, definitivamente, quería leer lo que podría escribir en Bogotá y que nadie más podía escribir en mi lugar.

Tres años antes de regresar para quedarme, vine a Bogotá de visita por una semana. El mismo Rafael que publicó mi primer cuento me llevó a conocer el Museo de la Policía. Ahora es el momento de contar ese paseo. Lo he aplazado durante catorce años y durante las páginas que llevo hechas de este texto, y ya casi el recuerdo se me ha convertido en el de un sueño. En los archivos que he pasado de un computador a otro y otro, busco las notas que tomé en Queens en un día helado de enero, al regresar de aquel diciembre al sol bogotano, y veo que, como ahora, el texto que entonces ensayé empieza con: “Ahora es el momento de contar la historia del Museo de la Policía”. Enseguida dice: “Cada vez que me acuerdo de que todavía no he pasado las notas del museo, se me viene a la cabeza la frase: ‘Tengo que escribir lo de Medellín’ pero el museo está en Bogotá, en una mansión de La Candelaria, cerca del palacio presidencial”.

Era 27 de diciembre. Rafael y yo nos encontramos a las 2:00 p. m. en la entrada de los apartados aéreos del edificio de Avianca, y cruzamos el parque Santander, donde unos indígenas del sur del país, ataviados con coronas de penachos y con gamuzas de flecos, propias de nativos norteamericanos, bailaban y recogían dinero al son de una música andina mezclada con cumbia electrónica. En la avenida Jiménez, un hombre me ofreció esmeraldas y le preguntó a mi amigo: “¿La negra es extranjera?”.

La entrada al Museo de la Policía era gratuita. Tan pronto como cruzamos el umbral, un agente uniformado nos ordenó que nos sentáramos. Yo sentí que me habían detenido. Había que esperar a que llegaran otros visitantes para proceder al recorrido guiado. Apareció el guía, un policía de poco más de veinte años, ceceoso como yo y con las uñas pintadas de esmalte transparente. Nos dijo que era obligatorio dejar los bolsos en el guardarropa. Le pregunté si el guardarropa del Museo de la Policía era seguro, y él me sonrió la ironía.

Entre los visitantes había una muchacha sola, de la edad del guía y de “pelo erizado”, según dice en mis notas. Había un niño gordo, de unos diez años, descalzurriado, con los cordones de los zapatos desamarrados, acompañado por un hombre casi anciano que debía de ser su abuelo pero que no le hablaba como un abuelo, sino como un padre, como dice en mis notas. Había una pareja de hombre y mujer, que permanecieron cogidos de la mano durante todo el recorrido museístico, y dos hombres de unos treinta años que se nos presentaron como Héctor y Víctor, de estrechón de mano, y a quienes se les veía el ánimo de burlarse de lo que hubiera. Había también entre nosotros un hombre solo, que arrastraba los pies y me parecía conocido.

Leo el borrador de la crónica que compuse entonces, y me siento sobre la raya que separa dos edades de mí. Si recuerdo sin palabras la visita al Museo de la Policía, me veo en la

memoria tal como soy ahora. En cambio, al leerme, me parece que en este diciembre soy una persona distinta de la que tomó notas en el diciembre de hace catorce años y las redactó un mes después, cuando la experiencia era aún reciente. Uno puede ser ese doble con quien quiere encontrarse al volver a su ciudad; esa persona “como uno”, tan parecida a como ha creído ser y distinta de su actualidad. Yo habré regresado a Bogotá para acompañarme hoy en un viejo paseo anodino bogotano, y en este texto me persigo como un policía a un ladrón, para recuperar lo que de mí me llevé corriendo. Al reescribir me veo como el policía y el ladrón de una comedia de cine mudo, y me divierto cazándome.

“Fórmense por aquí, hagan el favor, bien juntos”, nos mandó el policía guía, y cerramos un círculo lo más estrecho que pudimos, lo cual parecía inútil, pues él sabía hablar fuerte y al museo le sobraba espacio. Nos advirtió que no podíamos entrar por “cuenta propia” a ninguna sala. Que teníamos que avanzar siempre en grupo y la visita tenía que hacerse en el orden en que siempre se hacía, sin “aligerarse ni aletargarse”. Si alguien quería abandonar el museo en la mitad del recorrido, tenía que “comunicarlo”, y entonces el grupo entero lo acompañaría hasta la salida.

La primera galería que vimos se llamaba “Sala de las Leyes”. “¿Por qué empezar con las leyes?”, preguntó el policía,

y respondió con la función policial de hacer respetar el orden. Señaló un mural a nuestra izquierda, como pintado con tiza y babas, en el que Moisés mostraba todos los dientes, los de arriba y los de abajo, mientras recibía las dos tablas con los diez mandamientos. En la pared paralela estaban pintados Caín y Abel: “Este es el primer criminal de la historia. ¿Por qué?”, preguntó el policía. “Porque es Caín”, se respondió. En las otras paredes de la sala había vitrinas con cerámicas precolumbinas, y muchos papeles en los que se resumía, según dijo el guía, “todo lo que se sabe sobre el código de Hammurabi, que vino después, y las leyes de Solón”. No alcanzábamos a leer las letras porque teníamos que permanecer en el centro de la galería, junto al policía, que confesó no saber, sin que nadie se lo preguntara, si las estatuas exhibidas en una de las vitrinas provenían de Grecia o no, pero pensaba que sí, porque “todo lo de este museo es original”.

Pasamos a la sala de la “Historia de la Policía Nacional”. Dentro de una urna de vidrio había un maniquí de tamaño natural que representaba el primer policía de Colombia, y junto a él, sin urna, un maniquí idéntico pero con una peluca larga, sin uniforme y con un adorno pectoral de papel dorado. El guía explicó que era el “ancestro indígena del primer policía, porque los indios tenían también unos vigilantes que se aseguraban de que todo el mundo obedeciera las

órdenes del jefe o cacique”. Había más vitrinas que contenían pliegos y pliegos escritos a máquina, que no podíamos leer. Seguramente trataban sobre la historia de Colombia o del mundo. Tal vez incluían profecías sobre este año de 2020. Al pasar alcancé a ver que algunas palabras estaban subrayadas en bolígrafo azul.

“Cójnlo, cójnlo”, he oído desde mi escritorio en dos ocasiones este mes. Grita en la calle una mujer a quien un ladrón le ha rapado la cartera o el teléfono. Yo quisiera agarrar al joven policía que nos guio a través del pobre museo desquiciado de su institución, para verlo. ¿Con qué acento hablaba? ¿Era lindo? ¿Me enervaba? ¿Me gustaba? ¿Cómo miré su orgullo?

En la tercera sala se encontraban los “instrumentos” que usaban en el pasado los policías de Colombia. Leí una etiqueta: “Férula o quijada de burro para corregir – golpear a los agentes insumisos”. En la cuarta sala, el agente quiso que descansáramos y le pidió al niño gordo que repitiera todo lo que habíamos visto hasta ese momento. El niño, que respondió aptamente, debe tener ahora la edad que el policía tenía entonces, y el policía debe tener la edad que yo tenía en aquel momento. En este año de cuarentena y restricciones, y de protestas sociales y represión, en el que tanto nos hemos dicho que la policía es el enemigo, supongo que el odio de algunos abarca a mi guía de aquella tarde.

Íbamos subiendo por los pisos de la mansión. Después del examen del niño, pasamos a un cuarto cuyas vitrinas contenían varios ejemplares del muñeco Ken, el macho de la Barbie, vestidos con los uniformes de las fuerzas de seguridad de todos los países del mundo. “El uniforme de la policía inglesa ya no es ese”, comentó uno de los que se llamaban Héctor y Víctor. A algunos Ken les habían pintado la cara de rosado Soacha y les habían puesto peluquitas de lana, para que no parecieran simples Ken. Los representantes de algunos países de África tenían la cara pintada de marrón, y al de Arabia Saudita le habían dibujado bigote y chivera. Había un muñeco con una peluca desmelenada, un garrote y una prenda medio rasgada que le colgaba del hombro y le llegaba hasta justo debajo de la ingle. Era el policía cavernícola. Aunque no había nada que pudiera tocarse, porque todos los muñequitos estaban dentro de los escaparates, nuestro guía nos repitió la orden de no tocar.

Luego fuimos a conocer la sala dedicada a los uniformes que había usado la Policía Nacional. Los vestían maniqués sin urnas. El guía nos señaló un traje verde, que parecía fabricado con un paño grueso y tieso, como el de las lenguas de los osos de peluche de mi infancia. Dijo que los policías lo llamaban “pelo de burro” y que lo habían discontinuado porque hacía escocer la piel. Me acerque a leer el letrero: el

uniforme había circulado durante dieciocho años. Los policías de Bogotá habían estado rascándose durante todo ese tiempo.

El momento en que imaginé el picor de años de policías es el que más vívidamente recuerdo ahora; aquel cuya veracidad podría garantizar. Sospecho más de lo otro que relato, que probablemente ha sido desfigurado por mi memoria, por las notas, por las notas de las notas, por el imparable invento y por la aspiración que tiene la anécdota de convertirse en fábula. En aras de esa aspiración, la memoria borra particulares, construye arquetipos y busca correspondencias: qué parte de mí se ha desarrollado como se desenvolvía el recorrido por aquel museo; de qué manera todo Bogotá es el Museo de la Policía; qué información sobre las segundas oportunidades quise darme al guardar este cuento durante tantos años y al llamarlo de vuelta a mis dedos con la confesión de que suelo olvidar las llaves de mi casa.

Las paredes y las puertas del museo eran blancas y brillantes. Parecían lacadas. Estaban recién pintadas después de haber sido pintadas muchas veces. Parecían cremosas. Se me ocurrió que las habitaciones habían sido perceptiblemente más amplias antes de todas esas capas de blancura. Rafael me dijo que en cada visita al museo había encontrado que una habitación estaba siendo repintada. Quise saber cuántas veces había ido y con quién, y qué buscaba, además de la

constatación del sentido de lo cómico patético y lo cómico brutal, al repetirse aquel museo de muñecos. Nos asomamos por una baranda y vimos a dos obreros que reparaban las líneas de cemento que unían los adoquines de cristal del techo del patio central, e imaginé que había otro hombre contratado exclusivamente para reteñir con bolígrafo azul los subrayados de las páginas que estaban detrás de las vitrinas y que no podíamos leer.

“¿Qué es esto?”, preguntó el policía cuando nos asomamos a una sala más. “Esto es un mural que representa la primera guerra de la humanidad, que fue de los hombres contra los monos”, respondió. “¿Por qué hubo una guerra tremenda entre los hombres y los monos?”, preguntó. “Como sabemos, todos venimos del mono”, respondió. Después de la primera mitad del recorrido, ya no tuvimos que escuchar cada explicación en forma de pregunta y luego en forma de respuesta, sino que empezamos a escuchar cada una en futuro y luego en presente. Antes de que entráramos en una sala, el agente anunciaba lo que la sala contenía: “Ahora vamos a ver las condecoraciones recibidas por diversos miembros del cuerpo de policía, a saber...”, e inmediatamente después de entrar, cuando el futuro se cumplía, volvíamos a oír la descripción: “Aquí vemos las condecoraciones recibidas por el general tal y el coronel tal y tal...”. El pequeño museo era inagotable.

Cuando llegamos a la “Sala de las Armas”, el guía adoptó un tono más grave. Si hasta ese momento no se nos había permitido tocar nada, allí estaba todavía más prohibido, pues era peligroso, “especialmente para los niños”. Debíamos tener también especial cuidado de no separarnos del grupo, porque en todos los rincones había cámaras que registrarían cualquier “movimiento en falso” que hiciéramos. “¿Y quién se lleva un regaño del superior si ve que algo no está en orden?”, preguntó el policía. “Quien se lleva un regaño de su superior en caso de que éste observe que no todo está en orden soy yo, no ustedes”.

Las armas estaban en urnas como las de los Ken, de modo que no había cómo tocarlas ni desordenarlas como temía el agente. Había pistolas, revólveres, escopetas, ametralladoras, granadas. Rafael me señaló los bolillos que lo habían inquietado cuando conoció el museo y de los que me había contado en un email meses atrás. Uno era blanco y tenía la punta despintada. Otros dos se habían adelgazado en la punta por el uso, y otro estaba cubierto de muescas. ¿Qué tanto había que golpear a la gente con un bolillo para que este se gastara? ¿O esas marcas habían sido producto del aburrimento, hechas por el dueño del arma contra un muro, o talladas con un pedazo de vidrio o un cuchillo?

En el segundo piso visitamos una sala llena de escudos y banderas, y otra decorada con pinturas realizadas por un

miembro de la policía. Una de ellas se titulaba *La degradación de las costumbres* y reproducía las cabezas del monte Rushmore, de Estados Unidos, pero con los perfiles de Simón Bolívar, el Che Guevara, y los guerrilleros colombianos Camilo Torres y Manuel Pérez, en ese orden, de izquierda a derecha. Cada perfil estaba más borroso que el precedente, lo cual ilustraba el título. Otra pintura se llamaba *El escudo del cobarde*. Tenía escritos los nombres de los grupos guerrilleros de Colombia, y junto a ellos se representaba una familia de campesinos descalzos, de pie sobre charcos de su propia sangre, al borde de un sendero que se dirigía a la parte superior del cuadro, donde lo interrumpía el marco. El papá o abuelo del niño comentó que los campesinos estaban muy bien pintados.

Me arrimé a una ventana y me puse a tomar notas en mi libreta, y el agente se acercó a preguntarme cómo me estaba pareciendo la guía. Le dije que un poco larga. Me miró desde arriba, pero no desde muy arriba, pues no era mucho más alto que yo, y me dijo que ya íbamos a terminar. Entonces se volvió hacia el grupo y declaró que se nos había hecho tarde. Que había muchas otras salas, pero era mejor que bajáramos de una vez al sótano a ver “la parte más intrigante de esta visita”. No creí que hubiera otras salas, porque evidentemente habíamos subido hasta el último piso. Se lo pregunté a Rafa, que confirmó mi sospecha negando con la cabeza.

Al oír lo de “la parte más intrigante” del museo, Héctor y Víctor se miraron. Uno de los dos murmuró: “La Sala de los Tormentos”. El agente lo oyó y lo corrigió: el lugar ya no se llamaba así. Héctor o Víctor le preguntó cómo se llamaba entonces, y el agente dijo que se tenía prevista una remodelación y que quién sabe qué nombre le pondrían. El papá o el abuelo le dijo al niño que ya venía lo que le había prometido. Antes de descender al núcleo del museo, el policía informó: “Necesito que las mujeres que quieran usar el baño lo usen ahora que estamos en el piso del baño”. Esperó callado unos segundos, y entonces me di cuenta de que oíamos una emisora de radio, en un volumen muy bajo, que sonaba a través de altoparlantes. Daniela Romo cantaba “Quiero amanecer con alguien”. Aunque ninguna de las dos mujeres que estábamos allí quería ir al baño, el agente insistió en que lo hiciéramos. El padre o el abuelo del niño preguntó que dónde estaba el baño de los hombres. El agente le dijo que ya habíamos pasado por delante hacía rato y no podíamos volver. Anunció que empezaríamos a bajar. Advirtió que había que hacerlo suavemente, despacio, sin hacer ruido, “especialmente las damas, que tienen tacones altos”. Ni la otra dama ni yo llevábamos tacones. A la mitad de la escalera me acerqué al agente y le dije que su guianza me parecía muy buena. Él hizo como si no me oyera y,

dirigiéndose al grupo, pidió el favor, en voz muy fuerte, de que no zapateáramos ni corriéramos: “Es necesario que bajen como gente”.

De regreso en la primera planta, se nos hizo marchar en círculo alrededor de la urna más grande del museo, que contenía una motocicleta que le habían incautado al hermano de Pablo Escobar. En lugar de una etiqueta mecanografiada y titulada en letras manuscritas, como las que describían los otros objetos de la colección, había una placa dorada, inscrita con el nombre y el modelo del vehículo y la fecha de la incautación. El agente nos hizo notar los remaches de metales preciosos en las latas de la moto, dijo el precio y sonrió como si fuera feliz. O como si la moto fuera suya.

Finalmente bajamos al pabellón de Pablo Escobar, que antes se había llamado la “Sala de los Tormentos” y ya no, y que todavía no tenía el nombre que iba a tener. Había una antesala, donde se mostraban las armas que la policía había encontrado en el último escondite de Escobar. El guía seguía sonriendo. Alrededor de las armas había fotos de la captura y el abatimiento del prófugo, y fotocopias enmarcadas de fotos de periódico que mostraban a otros mafiosos del mundo acribillados. La chaqueta que Escobar se había puesto en su último día estaba expuesta junto a la puerta de la sala subterránea que debíamos haber estado esperando.

El agente nos hizo entrar a oscuras y, cuando estuvimos dentro, encendió la luz. Del mismo modo funcionaba la visita a la cámara central del Museo del Oro de Bogotá: se hacía entrar a los visitantes a oscuras y, una vez que estaban encerrados, el cuarto se iluminaba para deslumbrarlos con el fulgor admirable de sus paredes, en las que estaban colgados cientos de ornamentos dorados como el Sol, fabricados por los habitantes del territorio colombiano, con el sol del subsuelo, antes de que hubiera Colombia.

El tesoro de la cueva del Museo de la Policía era un conjunto de tres grandes muñecos que representaban tres momentos de Pablo Escobar, en sus respectivas urnas de vidrio. Un Pablo Escobar hablaba por un teléfono más pequeño que su dedo, sentado en una silla. Otro Escobar, en otra silla, limpiaba su ametralladora con una escobita. El del centro, cuya urna era horizontal como la que guarda al Señor Caído de Monserrate, era Pablo Escobar caído bocabajo, recién abaleado en Medellín.

Aún faltaba ver el patio trasero del museo: un hueco de luz que terminaba contra una tapia muy alta. “Si quieren, lo vemos. Si no quieren, no”, dijo el guía. Quisimos. Él nos señaló la pintura mural que cubría la tapia, en la que había fechas, una mujer con la blusa rasgada, letras y gente de colores: “Esto es para repasar lo que hemos aprendido”.

# NO HABÍA PAN ÁRABE

Lina Tono

## CALLE 79 CON CARRERA 10

En 2006 una agencia llamada Madre, en Argentina, creó una campaña publicitaria para promocionar por todo el país los créditos de vivienda que ofrecía su cliente, el Banco Hipotecario. La estrategia se llamaba “Dueños” y contaba historias en las que ser propietario, en vez de arrendatario, daba libertad para realizar cualquier sueño. Los comerciales de televisión fueron un éxito dentro y fuera del país. Madre ganó varios premios de esos que solo les importan a los publicistas y subió a los primeros puestos del *ranking* mundial de agencias que solo conocen los publicistas. Por años, los gurús del *marketing* proyectaron los comerciales de “Dueños” durante sus charlas en festivales para asombrar a los estudiantes y sugerirles “miren, esto es lo que paga”. El *spot* más famoso de la campaña se llamaba “Las 44 cuadras

de Jorge Kern” y contaba la historia de un porteño que había dejado de ser arrendatario y ahora era “Dueño” de su apartamento. Jorge Kern cruzaba caminando una ruidosa avenida de Buenos Aires, vestido de *jean* de pies a cabeza, espigado, alto y con una melena canosa y escasa recogida en una cola de caballo. Mientras sonaba una cumbia villera —la versión en español de “Last Train To London” de ELO (Electric Light Orchestra)—, el exarrendatario se acercaba a la entrada de su edificio, abría la puerta con sus llaves y subía a su apartamento, un piso alto hasta donde llegaba la bulla habitual del barrio. Jorge Kern se acercaba al ventanal de su sala y se sentaba frente a un set de palancas que comenzaba a mover. Al hacerlo, su edificio, como si fuera un tanque de guerra de varios pisos, se movía, queridos arrendatarios que veían la tele: el edificio andaba, se desprendía de su lugar regando tierra y piedritas de cemento; luego se unía al tráfico por una troncal que parecía la 9 de julio y allá iba. Cuando eres “Dueño” puedes hacer con tu casa lo que te dé la gana. Jorge Kern —caía la tarde sobre Buenos Aires— desplazaba su edificio por 44 cuadras para estacionarlo frente al Río de la Plata y ver los arreboles desde otro barrio, ya muy lejos del ruido.

Traté de tararear un pedazo de “Un tren a Londres” para Paula y contarle cómo bailábamos esa versión cumbiera en

las noches porteñas de 2006, cuando se podían besar bocas desconocidas sin preocuparse por el contagio de un virus mortal, pero ella estaba muy distraída imaginando a dónde llevaría su propio edificio si pudiera moverlo.

Habíamos salido juntas esa tarde a comprar el pan árabe que yo necesitaba para hacer unas pizzas caseras en la noche. Mi plan era el de cualquier madre en apuros sin amor por la cocina: improvisar. Y Paula, que brillaba de tantas maneras y además sabía cocinar, era la compañía ideal para guiarme por las calles de El Nogal y El Retiro en busca de los ingredientes. Aunque tratar de conseguir algo en Bogotá, en julio de 2020, era como tentar a la suerte: si estamos de buenas, hay alguna panadería abierta. Si estamos de buenas, el negocio de comida árabe de la calle 85 no cerró. Si la suerte está con nosotras, Paula, volvemos a casa con la comida y sin coronavirus. Que se pierda todo menos la cena, amiga. Las pizzas son lunas llenas en esta noche oscura.

Nos habíamos encontrado en la portería de mi edificio, donde nos saludamos guardando una distancia nueva e incómoda. Emocionadas por el reencuentro después de cuatro meses de encierro, arrancamos la búsqueda del pan árabe a pie. Subimos por la calle 79 dejando atrás su arquitectura de historias disparejas: la sinagoga de la Comunidad Hebrea Sefaradí, oficinas del magnate Ardila Lülle camufladas en

casas ocultas tras muros herméticos y árboles de gran follaje, un par de edificios viejos con curvas y esquinas raras que son patrimonio arquitectónico de la ciudad, el conjunto residencial de los empresarios rusos con sus esposas y sus hijos tan rubios, y un gato gris que se comporta como Jorge Kern: hace lo que le da la gana porque es el verdadero, o el único dueño de la calle.

## CALLE 81 CON CARRERA 8

La calle 79, en dirección a los cerros, nos llevó hasta la carrera 9, que recorrimos por el costado occidental. Antes de llegar a la esquina de la calle 81, pasamos por enfrente de la agencia de publicidad donde trabajé por un año escribiendo comerciales de televisión que nunca ganaron premios, ni menciones en festivales y trasnochando para venderles cerveza a hombres incapaces de mover sus propios edificios.

Pasando al lado de aquella torre de oficinas con paredes de ladrillo, sentí más lejano que nunca ese recuerdo. Verás, Paula, desde que empezó la pandemia, el pasado se siente tan lejano que parece una vida anterior. Un tiempo cuando Bogotá era una canción de Nanook El Esquimal los viernes por la noche. Esa que dice “ya lo tengo todo, ¡me voy a divertir!”, y “todo” eran los amigos que conocían música nueva y te la querían mostrar, un taxi con sobrecupo hasta la

Caracas con 64, el delineador negro para trazar la mirada y uno, dos, tres aguardientes en la cigarrería para volverla borrosa. El calor de un bar subterráneo para olvidar, al menos por unas horas, cómo es vivir con frío. El baile, la mugre, el miedo, las sustancias. Los edificios se movían solos. Amiga, ¿cómo era que te veías sin tapabocas?, ¿te acuerdas cuando Bogotá era el mundo?

Esas noches y sus días parecen una historia que vivió alguien anterior a nosotras, mujeres distintas a las que caminan hoy buscando un pan árabe para la cena como si de ello dependiera su entereza. Esa ciudad donde las noches palpitaban era distinta. Bogotá era otra antes de la pandemia y nosotras también, Pauli.

Doblamos la esquina de la 9 y subimos por la calle 81. Mientras pasamos por las puertas cerradas de la Trattoria San Giorgio, el ventarrón que traía esa tarde despejada de julio bajó desde el cerro con impulso para entumecernos las piernas y aflojarnos los mocos debajo del tapabocas. Qué solazo, pero qué frío tan hijueputa, amiga, tengo las nalgas heladas y están cerrados los bares de Lourdes a donde solíamos ir a calentarlas.

Llegamos a la 81 con carrera 8 y paramos en la panadería Brot. Nos acercamos a la entrada del local, cubierta por la carpa de rayas descoloridas, y el olor era el mismo de siempre:

una mezcla de pandeyuca recién salido del horno y café. No pudimos entrar hasta el mostrador porque el decreto que había publicado la alcaldía hacía unas semanas lo prohibía. Los restaurantes debían permanecer cerrados hasta nuevo aviso y solo podían vender a domicilio o atender a los gritos, desde adentro, a los clientes que hicieran sus pedidos parados en la puerta, detrás de la cinta amarilla de peligro. ¿Qué es el peligro, Paula?, ¿un virus invisible?, ¿un pandeyuca frío?, ¿el crédito para comprar una casa?, ¿que yo no encuentre el pan árabe para las pizzas de esta noche y me convierta en una de esas madres que no cumplen sus promesas?

Sabíamos que en Brot no vendían lo que buscábamos. Por Dios, si lo sabíamos. Habíamos terminado relaciones con hombres insoportables y habíamos leído libros largos y pretenciosos sentadas en esa terraza, por años. Estas eran nuestras 44 cuadras. Conocíamos la carta de arriba abajo: había pan de chocolate para las onces de la tarde, huevos estrellados al desayuno y un *bowl* de frutas tropicales con granola de la casa para la hora del *brunch*. Pero la ciudad, el menú de los restaurantes y las cenas en casa habían estado cambiando tanto, tratando de acomodarse al nuevo orden impuesto por la pandemia, que quizás empezaron a vender pan árabe en Brot y no nos enteramos. Quién sabe, amiga, si cualquier cosa puede pasar, si la embestida de la

muerte finalmente es un ataque microscópico y Bogotá ahora se espanta con su propio silencio, no perdemos nada con preguntar:

—Hola, ¿de casualidad ustedes venden pan árabe? —gritamos desde la puerta.

—¡No, señora, no tenemos! —respondió una voz de mujer desde adentro de Brot, notablemente entristecida por tener que dejar ir una de las pocas ventas del día en ese lugar vacío que antes se mantenía repleto de clientes.

#### CARRERA 11 ENTRE CALLES 86 Y 87

Resignadas, tomamos la carrera 8 hasta la calle 85 y caminamos de bajada, pensando en llegar hasta el almacén de productos árabes sobre la carrera 13. Sin embargo, cuando alcanzamos la esquina de la 85 con carrera 11, decidimos abandonar por un momento la búsqueda y desviarnos para pasar por la sede de la librería Lerner que estaba cerca.

Hacia cuatro meses no pisábamos un almacén de libros, ni de ropa, ni una dentistería, ni una oficina, ni nada. Solo visitábamos las habitaciones de nuestras casas y nos mirábamos demasiadas veces al espejo. Apenas salíamos al supermercado en los días permitidos, pero ese día no podíamos entrar porque —por decreto— era el turno de los hombres. Y ellos vivían ocupados buscando cosas muy distintas a los

ingredientes de la cena, o a la lista de mercado, o a una posible respuesta para la pregunta “¿y qué vamos a comer?”.

Enfilamos hacia el norte esperando encontrarnos en la Lerner con las mismas novedades literarias congeladas en la vitrina desde mediados de marzo, cuando comenzó la cuarentena y cerró el comercio, pero la sucesión de almacenes, restaurantes y tiendas vacías sobre el costado oriental de la 11 fue un coro de trompetas, un preámbulo de letreros de “Se arrienda” que anticiparon lo inevitable: cerraron, maldito virus. También cerraron la librería.

Los únicos dos locales de esa cuadra que sobrevivían, aunque estaban clausurados desde marzo, eran el esquinero de Americana de Colchones y el de Fratessi, un almacén de ropa y muebles para bebés. Al parecer, la ciudad había cambiado y las prioridades de la gente también: dormir profundamente y que los hijos duerman bien, metidos entre sus pijamas de *fleece*, para escapar por unas horas de los pormenores de la nueva convivencia. Dormir bien porque vivir en cuarentena es duro. Si podemos soñar que somos Jorge Kern y conducimos nuestros edificios hasta alguna de esas ciudades del sur de Australia donde no hay coronavirus, ¿por qué no comprar un colchón nuevo en Americana de Colchones? No vaya a ser, Paula, que un dolor de espalda nos obligue a abrir los ojos en medio de la noche y el

recuerdo de la cifra de contagiados, que no para de crecer, nos desvele por completo.

Me gustaba esa pequeña sede de la Lerner porque era apretada, caliente y atosigada de libros, como algunas librerías de viejo del centro de Bogotá. Recuerdo haber visto ahí, en la librería independiente que existía antes en ese mismo local, a Rita Indiana sentada, leyendo en voz alta un capítulo de *La mucama de Omicunlé*. La vida era una fiesta y no lo sabíamos. También recuerdo que las libreras solían mirarme con compasión mientras yo empujaba el coche de mi hijo por entre los pasillos estrechos, tumbando libros que ellas recogían con paciencia. Las imaginé en sus casas, sin hijos, cumpliendo la cuarentena al lado de sus plantas y sus gatos, y haciendo la cena para ellas mismas, arrendatarias en sus apartamentos, pero únicas dueñas de sus destinos.

Con algo de nostalgia, emprendimos la marcha para retomar la misión de la tarde: encontrar el pan árabe. Antes de la crisis sanitaria no había que dar tantas vueltas para encontrar una simple masa de harina, levadura y aceite de oliva en Bogotá. La ciudad escupía todo en la cara con inmediatez: carcasas para el celular, empanadas de pipián, apartamentos tipo *loft*, aromática, tinto, depilación de cejas, ecografías 3D, vinos argentinos, arepas venezolanas, arroz chino y cualquier cosa imaginable. Bogotá lo entregaba todo en la mano nada más con abrir la puerta de

la calle, pero desde que empezó la cuarentena hay que revisar un montón de decretos, aliarse con las amigas y conformar bloques de búsqueda para salir a buscar los huevos del desayuno vestidas como los ejércitos de las guerras biológicas.

Por el camino de vuelta a la calle 85 pasamos frente a más locales vacíos y los miramos con el mismo asombro de todos en la ciudad: ¿a qué hora desocuparon?, ¿cuánto tiempo les tomó llenar el camión del trasteo? —seguramente eran arrendatarios y no dueños—, ¿cuántos se quedaron sin trabajo?, ¿alguien lloró mientras adhería el letrero de “Se arrienda” a la ventana? Nos perdimos el final de esas historias y llegamos tarde o, más bien, justo a tiempo para contemplar las ruinas. Estábamos aisladas en nuestras casas mientras la ciudad que conocíamos, esa que se incendiaba los viernes en la noche y renacía de las cenizas los domingos en la mañana, rodando en la ciclovía, desaparecía, se vendía, se arrendaba. ¿Se habrá salvado la tienda de productos árabes?

### CALLE 85 CON CARRERA 13 (EL ÁRABE)

El edificio donde vivo es tan viejo como el de Jorge Kern. Lo sé porque la cocina de mi casa tiene electrodomésticos que parecen salidos de un capítulo de *Los Supersónicos*, o de las atracciones sobre el “futuro” de Epcot Center (una utopía donde, a estas alturas del 2020, los carros ya volaban). Y el

patio de ropas tiene lo que no tienen los patios de ropas de los apartamentos tipo *loft* que venden a precios impagables por toda la ciudad: existe. Y es grande, iluminado, y tiene una ventana por donde entra suficiente ventilación como para secar la ropa que cuelga con un golpe de aire frío del altiplano. El horno, que tiene tantos años como el edificio, dejó de servir hace varios meses y ni siquiera nos molestamos en pedirle a la dueña del apartamento que lo reparara. Simplemente lo olvidamos y fuimos llenándolo de chécheres hasta que no le cupo uno más. Por eso, cuando la cabeza no nos alcanza para pensar qué vamos a cenar, hacemos pizzas pequeñas en pan árabe que caben en el hornito que tenemos como solución provisional.

Si fuera “dueña” del apartamento donde vivo, Paula, tampoco arreglaría el horno, porque no sé cocinar y no me interesa aprender, pero cambiaría las baldosas de los baños, tiraría abajo un par de paredes y movería mi edificio, sin duda. Lo haría girar sobre su misma ubicación hasta que quedara mirando de frente al Occidente, para que el sol pudiera entrar por el ventanal todas las tardes y calentara las habitaciones viejas, y le diera tregua al frío miserable que todos los días hace temblar mi cuerpo, otra habitación de la que parezco más arrendataria que dueña.

Encontramos la calle 85 toda rota, pero ver algunas cuadras en obra gris no fue y nunca será una sorpresa para nosotras,

que crecimos en esta ciudad. Vivir en Bogotá es como mandar a remodelar el apartamento y quedarse viviendo adentro mientras eso pasa.

Caminamos por el sendero peatonal improvisado con tablonces que pasaba por encima de un barrizal y en medio de los adoquines levantados, los montículos de tierra y el polvo que se elevaba al aire por el ventarrón gélido de julio. Como casi todo en la ciudad, la obra de remodelación de la 85 estaba en pausa. La maquinaria estaba quieta, arrumada sobre el lado más ancho del andén. Había material de construcción cubierto con toldos y ya nadie se preguntaba con indignación ¿cuándo irán a terminar esto? Después de cuatro meses de cuarentena y con un pico de contagios proyectado para el mes siguiente, nadie había vuelto a hacerse esas preguntas en Bogotá. Cualquier cosa distinta a ponerse el tapabocas, lavarse las manos cada dos horas por 20 segundos al menos, tomar distancia física de los demás y lidiar con la idea del fin del mundo tal y como lo conocíamos había dejado de importar.

Nos embarramos los zapatos para nada. El almacén árabe también cerró y no nos quedaban muchas más opciones para encontrar lo que necesitaba: necesito ser una mejor mamá, Paula. Ayúdame. Una mamá que no le da avena al niño todas las noches porque es lo único que sabe preparar. Una mamá

que no olvida lavarle los dientes por tres días seguidos. Una mamá que no olvida pagar las clases de natación por andar en reuniones de trabajo. Una mamá que lo deja todo el día con la niñera, pero intenta reivindicarse haciendo pizza. Una mejor mamá, amiga, para no sentir tanta culpa todo el tiempo. Necesito ese pan árabe para cumplir con mis promesas y acostarme a dormir sin tanto dolor en el pecho. Vamos a buscar ese pan árabe así nos toque caminar juntas hasta donde se termina la autopista y comienza el arco iris. No quiero encargarle esta tarea a mi esposo, que sí puede entrar al supermercado hoy, amiga. Necesito que esa redención sea mía y solo mía. Por favor. Necesito cocinar esas pizzas para estar a la altura del niño que parí.

#### PRIMI (EL RESTAURANTE)

Hay otro comercial de la campaña “Dueños” que fue casi tan exitoso como las 44 cuadras de Jorge Kern. El *spot* comienza con un texto en pantalla que dice: “En agosto de 2006, un consorcio en el barrio Montserrat tomó dos decisiones: remodelar su terraza y grabar una canción para festejarlo”. Y en seguida el locutor que acaba de leer aquella introducción advierte que decidieron grabar la canción con la música de *Los Cazafantasmas*. Lo que sigue son imágenes dentro de un estudio de grabación. Los miembros del consorcio, es decir los

dueños de todos los apartamentos de un edificio en el barrio Montserrat de Buenos Aires, se juntan en una cabina llena de micrófonos para cantar: “El consorcio se unió, manos levantó, hay que comprar ¡un Samba!”, mientras, del otro lado del vidrio, un par de ingenieros de sonido dan indicaciones y graban la canción en sus equipos. A medida que los “dueños” cantan, se ven imágenes del edificio donde viven y —oh sorpresa— tiene ¡un Samba! en la terraza del último piso. O sea: hicieron lo que les dio la gana. Montaron un disco giratorio de esos que hacen vomitar a la gente en los parques de diversiones, en la azotea de su edificio, porque sí, porque son los dueños. En el comercial se ve a los “dueños” sentados en el Samba dando vueltas y van pasando uno por uno al centro del plato que gira para bailar al ritmo de la canción de *Los Cazafantasmas*. Los vecinos de otros edificios miran asombrados, “es un proyecto ambicioso” dice alguno mirando a cámara. El barrio parece consternado mientras los dueños cantan: “Mire, inspector, ¡un Samba!”.

Paula es muy joven para acordarse de la película entonces le conté que en *Los Cazafantasmas: segunda parte*, una continuación de la historia de 1984 que llegó al cine en 1989, los protagonistas, que se dedicaban a investigar y acabar con cualquier fenómeno paranormal, usaron una especie de *slime*, una sustancia rosada y viscosa para cubrir con ella la estatua

de la libertad de Nueva York y —agárrate, Jorge Kern— ¡moverla de su sitio! Es decir: *Los Cazafantasmas* se treparon en la corona que la estatua tiene en la cabeza y desde ahí la condujeron caminando, cruzando las calles de Manhattan mientras cantaban “Higher and Higher” de Howard Huntsberry, hasta el museo de arte donde un tipo muy malo quería tomar posesión de un bebé para llevar a cabo una reencarnación.

Tal vez la imagen de ese mazacote rosado que goteaba por todo Nueva York le recordó a Paula que había una mejor opción que el pan árabe para las pizzas, y era comprar la masa de pizza precocida y ya lista en Primi, un restaurante que estaba muy cerca del desaparecido almacén árabe. Las amigas son la vida.

Bajamos un par de cuadras más por la calle 85, que antes de la cuarentena estaba llena de antros y discotecas, y ahora no era más que una pista de baile sin bailadores. Hacía un año y medio, el repique lejano de cientos de parlantes que tronaban al mismo tiempo todos los reguetones del momento y una pelea de borrachos con vidrios estrellados y gritos fueron los primeros sonidos que mi niño escuchó al nacer. Cosas que pasan: la clínica donde parimos estaba a solo tres cuadras de la rumba, los perros calientes y el fin del mundo. Así era nacer en Bogotá antes de que la pandemia pasara por esas calles como un río furibundo, llevándose por delante a

las hordas de peladitas en minifalda y tacones que se desmayaban justo cuando la fiesta se ponía buena y le arruinaban la noche a todo el parche, y a los grupitos de amigos de tenis blancos que caminaban y tomaban aguardiente al mismo tiempo, mientras decidían a cuál antro iban a meterse. Ya no había plastas de vómito en el suelo, ni gente ebria fumando sin chaqueta afuera de los bares. A plena luz del día, ni siquiera ese olor inmundado a jabón de loza mezclado con grasa emanaba de los almorzaderos recién trapeados. Estaba todo cerrado ahí también, todo muerto, sin olor, sin historias, sin la música de la noche anterior todavía zumbando en el aire. Solo quedaban abiertos unos cuantos restaurantes que habían logrado sobrevivir con domicilios y estrategias de mercadeo de última hora.

—Hola, bienvenidas a Primi, me permiten tomarles la temperatura y luego les hago unas preguntas para el registro de la alcaldía —dijo el *host* del restaurante para saludarnos.

Ambas estiramos el brazo y fuimos encañonadas a la altura de la muñeca por el arma del momento: un termómetro digital en forma de pistola.

—37,1

—Siempre estoy hirviendo, Paula.

—¿Han tenido contacto con algún caso positivo de Covid?

—No que sepamos

—¿Han presentado síntomas en días recientes como fiebre constante, tos o dificultad para respirar?

—No.

—¿Algún antecedente de enfermedad que debamos reportar?

—Vivo enferma de culpa, señor.

—Mi ansiedad es más grande que yo.

—No puedo parar de lastimarme.

—Por si lo quiere reportar.

Presionamos con un pie el pedal, salió el gel antibacterial de la botella plástica y nos limpiamos las manos antes de entrar en la recepción del restaurante, que era también un almacén de cosas caras y tal vez ya muy excéntricas para una ciudad en cuarentena que apenas tenía cabeza para lo básico: la vida y la muerte. Patés, quesos, conservas, vinos, y también salsas napolitanas para la base de las pizzas y masas delgaditas, precocidas y perfectamente redondas para llevarlas a casa, llenarlas de ingredientes y meterlas al hornito. Lo tengo todo, amiga, y ahora “todo” es haber encontrado algo abierto en Bogotá.

—Precalientas el horno a 250 grados por diez minutos y luego metes la pizza hasta que esté dorada y crujiente.

—No le agregues demasiada base de tomate porque se pone aguada

—Si gustas, también puedes llevar un vino para acompañar la cena. Tenemos importados.

—Si no te aguantas un día más encerrada en la misma casa con tu familia, puedes meterla al hornito también. Hasta que se derrita.

## EL CAMINO DE VUELTA

Tal vez los Cazafantasmas podrían emitir un rayo de protones positivos que destruyera el Covid-19. Tal vez, si fuéramos dueñas, podríamos ponerles ruedas a nuestros edificios y echarlos a andar hacia la playa, o el campo, Paula. Ya ni sé dónde vivimos. Bogotá en cuarentena no es Bogotá. Este silencio en las calles se parece al de mi niño cuando está haciendo una maldad. Este exceso de espacio en los andenes, en las avenidas, es una ciudad de otra talla, una que nos queda grande, que incomoda. No sabemos cómo habitar tanto vacío, amiga. Y este extrañamiento, esta falta que hace la gente desconocida, ¿alguna vez lo habías sentido? La ciudad se siente triste, como una casa de recreo enorme que nadie fue a visitar el fin de semana.

Para regresar hasta la calle 79, subimos de vuelta hasta la carrera 11 y comenzamos a caminar hacia el sur. Con la bolsa de la compra en una mano y una cantidad de cuentos todavía sin contar dentro de la boca, debajo del tapabocas, pasamos al lado de centros comerciales sellados, de parques infantiles cercados con cintas de peligro y de otras personas

que llevaban al hombro sus bolsas de mercado reutilizables, para demostrar que habían salido —como nosotras— apenas para lo necesario, eso tan básico que a mediados de julio de 2020, el año en que llegó la pandemia a Bogotá, se había vuelto lo sublime, el único viaje al que se podía aspirar: salir a conseguir comida.

# STB: PROYECTO TELETRANSPORTACIÓN

Adriana Villegas Botero

EMPECÉ A IDEAR EL SISTEMA DE TELETRANSPORTACIÓN cuando viví en el apartaestudio del piso 13 del Central Park 43, frente a la Funeraria Gaviria. Tenía un ventanal enorme, con forma de trapecio, desde el que me gustaba mirar hacia el sur. Si me paraba a ver el horizonte, la vista me alcanzaba para El Cable, en los Cerros Orientales, encima de la Javeriana; los edificios altos del centro de Bogotá, las construcciones grises del suroccidente, la zona del aeropuerto El Dorado, la cordillera Central, los cielos azules, los atardeceres rosados y naranjas o la luna amarilla saliendo de las montañas. El precio del alquiler incluía la administración y un paisaje amplio, que casi siempre se fundía con la capa de smog.

Si miraba hacia abajo, hacia los pies, veía la carrera 13 y el parque con mascotas paseando a sus dueños. Sus habitantes más frecuentes eran jóvenes en patineta, gente de luto que salía de los velorios a tomar aire en las bancas, y personas inhalando pegante. A los de las patinetas les dicen *skaters*. Esa fue una palabra que oí por primera vez en Bogotá. Un rasgo de los rolos consiste en decir “mi papi y mi mami”, en vez de “mi papá y mi mamá” e intercalar palabras en inglés. Eso los teletransporta al primer mundo: *Vivo en el Central Park 43, y veo a los skaters desde mi loft*. Los yanquis les dicen yonquis a los drogadictos, pero ese término no es usual para los que meten pegante: el consumidor anglosajón prefiere sustancias importadas. En Bogotá el Bóxer lo huelen los ñeros o indigentes. Algunos les dicen desechables y nadie los llama *homeless*.

La mejor época del año es la última, porque se alcanzan a ver los nevados. Los bogotanos tienen dos particularidades con la Navidad: cenan tamal el 24 de diciembre y eso siempre me ha llamado la atención porque el plato de Nochebuena suele ser especial, fino, muy elaborado y exquisito. El tamal cumple con las dos últimas, pero ni es especial ni es fino: es un plato de combate, muy barato, que se consigue todos los días del año en cualquier lugar de esos que venden sacrilegios bajo el nombre de “almuerzo ejecutivo”, como los corrientazos de frijoles con papa salada. Papa en vez de plátano maduro.

Sé que hay variaciones del tamal que son, digamos, de mejor estrato, como las hayacas venezolanas que probé por primera vez en la casa de los García, una familia santandereana en Chía, pero el tamal bogotano original tiene como sello el ser un plato popular.

La segunda particularidad es que una vez se comen su tamal de Navidad los bogotanos huyen de su ciudad. La última semana del año las calles parecen evacuadas resultado de algún cataclismo. Bogotá con baja densidad de bogotanos es hermosa y amable, sin trancones ni pitos cuando el semáforo cambia a amarillo, sin congestiones en los centros comerciales ni filas en los bancos. El ritmo baja y también se suavizan los temperamentos. Esta transformación se acompaña, además, de un magnífico clima: los días de diciembre son azules, más cálidos, sin la lluvia sempiterna que origina charcos en el piso y resfriados duraderos para quienes no se ahogan entre bufandas. Después del 25 de diciembre la gente sale de vacaciones, muchos locales cierran hasta la segunda semana de enero, los que abren ofrecen descuentos, los índices de contaminación se reducen y el techo de polución desaparece. En los días despejados yo alcanzaba a ver desde mi ventana el cono del Nevado del Tolima y más lejos y a la derecha la magnífica cima platinada del Nevado del Ruiz.

Así fue como empecé a diseñar el sistema de teletransportación que necesita esta ciudad.

\*\*\*

Notas para el desprevenido lector:

- Primera: escribí Chía. Cabe aclarar que Soacha, Funza, Madrid, Mosquera, Tabio, Tenjo, Cota, Cajicá, La Calera y Chía no son —aún— barrios de Bogotá: son municipios.
- Segunda: escribí rolos. El gentilicio oficial es “bogotanos” pero el término “rolos” es muy usado fuera de esta ciudad e incluye a los habitantes de todos los municipios que están tan pegados de Bogotá que entre uno y otro ya no hay kilómetros verdes sin construir. En los pocos potreros que se conservan sobre la Calle 80, la Autopista Norte, la Autopista Sur, la Circunvalar o la vía que va desde Siberia hasta Chía, las vacas pastan entre vallas que dicen “este lote no está en venta” —aún—.
- Tercera: escribiré cachaco, que no es sinónimo de bogotano ni de rolo. El cachaco es una especie en vías de extinción, si no es que se extinguió ya del todo, básicamente por razones metereológicas. El cachaco es un dinosaurio víctima del cambio climático.
- Cuarta: escribí bogotanos, pero se entiende que es una generalización. La ciudad y los municipios aledaños

suman casi 11 millones de personas. En *Un beso de Dick* Fernando Molano Vargas escribió: “En Bogotá todo el mundo es así: qué gente más rara los bogotanos...” y como una tiene en alta estima el estilo de los buenos escritores marginales, entonces generalizo como él, aunque supongo que entre tantos humanos también debe haber algún espécimen normal.

\*\*\*

Bogotá tuvo tranvía hasta 1949 y desde antes de clausurarlo ya estaban discutiendo la construcción del metro. La ciudad lleva décadas eligiendo alcaldes que prometen metro y los titulares de prensa sobre el metro imaginario suman más entradas que la Enciclopedia Británica.

En realidad lo que se necesita es un sistema de teletransportación y no entiendo cómo es que los políticos, ingenieros, físicos, bioquímicos y agentes turísticos no han empezado —aún— a debatir sobre el Sistema de Teletransportación de Bogotá (STB), cuando su urgencia resulta inobjetable.

A mí se me ocurrió de una manera muy sencilla: madrugué a trabajar un 26 de diciembre porque me gané la lotería del turno laboral navideño con promesa de descanso para el puente de los Reyes Magos. Desayunaba mientras miraba el silencio de la urbe cuando desde mi ventana vi el Nevado

del Ruiz. Una vez le señalé a un amigo que amaneció conmigo: “Mira: allá se ve el nevado”, y me dijo: “Qué va, mi gordis, eso es una nube”. Hasta ahí duró el prospecto. No porque me dijera gorda, porque soy una mujer reconciliada con mi cuerpo; ni porque él fuera ciego, yo soy muy incluyente, sino por machista. Desde que me volví feminista dejé de estar dispuesta a aguantar el *mansplaining*: esos tipos que sienten la necesidad irrefrenable de explicarles a las mujeres cuántos pares son tres moscas, con tono condescendiente, y encima esperan que uno les dé las gracias por la orientación. ¿Cómo se va a atrever un rolo a enseñarme a mí sobre nevados? Hay gente que confunde el Ruiz, el Cisne, que ya no tiene nieve, el Santa Isabel y el Paramillo de Santa Rosa, que a veces amanece con hielo. Es como si yo me pusiera a discutirle a un bogotano sobre las alineaciones de Santa Fe o Millonarios o Chicó o La Equidad, datos ciertos e indiscutibles que desconozco sin que eso haya afectado mi sobrevivencia —aún—. Aunque ahora que lo pienso supongo que habrá quien se ponga furioso por juntar en un mismo nivel a su Santafécito o su Millitos con los advenedizos de La Equidad, o con los del Chicó que migraron a Tunja. De malas ellos. Ahí les dejo el tema para un debate por capítulos en alguno de esos espacios de sesudo análisis futbolístico en los que un partido de 90 minutos da para discusiones de un mes. Pero regresemos,

que me teletransporté en el relato: decía que por fortuna esa mañana navideña amanecí sola, lo cual puede ser malo desde otro ángulo que no viene al caso, pero esa soledad sin interrupciones me permitió observar en detalle el Ruiz y pensar en mi familia, que se había reunido a pasar las fiestas en una finca cerca de Manizales. Miré el nevado y pensé: desde allá arriba se ve la finca. Lo demás fue desarrollar la idea.

La primera condición para que el STB sea viable es que sea barato porque acá a casi toda la gente, hasta la que dice *tele-transportation project*, *skaters* o *mansplaining*, le sobra todavía mucho mes al final del sueldo. Es por eso que se necesita un mecanismo criollo que lo haga viable: nada de cientos de cabinas costosas, ni cápsulas, ni aparatos, ni naves con lectores ópticos atómicos, ni dispositivos automáticos, ni catalizadores, ni controles inalámbricos. Lo que se requiere para que el STB opere es la posibilidad de hacer contacto visual con el punto de destino. El funcionamiento es sencillo y lo explicaré con un ejemplo, con permiso de los pedagogos que dicen que cuando una da un ejemplo corre el riesgo de adelgazar una idea compleja: vamos a suponer que una necesita ir desde la Plaza de Bolívar hasta el Estadio El Campín: entonces una mira hacia Monserrate, se teletransporta hasta allá, y luego ubica El Campín, lo mira fijamente y llega. De la precisión de la mirada depende la exactitud en el punto de arribo, porque

si se equivoca unos centímetros puede caer en un caño. Por eso es que la oftalmología será, sin duda, uno de los campos de investigación con más desarrollo en el futuro.

El otro será, por supuesto, la teletransportación en sí misma, la teletransportación como tal, como dicen los expertos que entrevistan en las emisoras. Es decir: la ontología de la teletransportación y también sus mecanismos internos, físicos, biológicos, químicos y bioéticos. Sobre eso no me extenderé en este texto porque lo mío es la comunicación de masas, pero a los interesados les sugiero consultar los resultados de los estudios sobre flujo de partículas, desmaterialización iónica y comunicación de fotones del Instituto Max Plank en Berlín, así como algunos artículos académicos disponibles en Jstor. También hay resúmenes con ilustraciones en el Rincón del Vago y un tutorial en el que la explican con plastilina en Youtube.

\*\*\*

Como una no puede correr el riesgo de escribir obviedades, entonces no considero necesario elaborar una exposición de motivos, que es lo que hacen los congresistas antes de redactar una ley: dar todas las justificaciones que sustentan la idea que proponen. Acá hay gente muy estudiada y bien remunerada que ha escrito páginas y páginas con una exposición de

motivos para explicar por qué hay que decirle excelentísimo o excelencia al Presidente de la República, así sea el actual, o por qué hay que considerar el sombrero vueltiao como símbolo nacional, aunque en Bogotá nadie lo use. Falta poco para que armen una exposición de motivos que impulse la declaración como patrimonio de la humanidad de bebidas tan sospechosas como el kumis, el masato o la mazamorra, en vez de dedicar ese esfuerzo, ese tiempo y esos salarios a cosas transformadoras y con impacto social como la teletransportación.

No obstante, si hace falta alguna justificación para el proyecto, la daré ahora mismo: usted está leyendo esto en TransMilenio. Va para su casa después de haber trabajado todo el día y se siente mamado (“¡Ala carachas!”, exclamaría el cachaco al oír esa expresión en boca de una china). Así mismo a la ventana: busque hacia dónde se dirige. Si el STB ya hubiera entrado en operación, a usted no le faltaría una hora de recorrido. Ya habría llegado porque demoraría en teletransportarse lo que tarda un parpadeo, o dos si el recorrido es con escalas.

\*\*\*

Aunque la idea del sistema de teletransportación nació esa mañana navideña, mi subconsciente llevaba años incubándola.

En mi infancia no hubo Netflix, ni redes sociales, ni Google, ni celulares, ni Internet. Sobrevivimos a punta de

tv, cine y libros. A veces solo lo primero. El domingo empezaba con *El planeta de los simios*, que era un programa gringo, luego daban *El Chavo del Ocho*, que era mexicano, y a las 11:30 a. m. Colombia entraba en la pantalla. Colombia es un decir: Manizales no salía, pero Bogotá sí. Bogotá era la ciudad en la que hacían los programas de televisión: los noticieros, *Naturalia* y series como *Cusumbo*, *Don Chinche*, *Décimo Grado* o *Vuelo Secreto*. Pero antes de todos ellos estuvo Fernando González Pacheco, un colombiano nacido en España, presentador de *Animalandia*, el programa que cerraba la mañana de mis domingos, con una mezcla de humor, amor a los animales, payasos, niños, música, rifas y concursos. Desde mi casa en Manizales yo veía en directo a papás que se esforzaban por trepar por una vara engrasada para ganarse algo y pensaba que debían ser premios millonarios para compensar no solo el esfuerzo sino también la ropa engrasada que quedaba en pérdida total. Había una sección llamada “A mí Gelada o Nada” en la que premiaban los habladores que decían “Pacheco quiere cacao”, entre aplausos del público y bromas y chistes de los payasos Pernito, Bebé y Tuerquita, que me daban risa, aunque hoy tendría que quedarme serio porque consistían en burlarse de pastusos, gais, suegras, gagos, garetas y negros. El programa empezaba con la sección “Si lo tiene, tráigalo”, en la que le pedían a la

gente que llevara hasta el parqueadero de Inravisión, desde donde emitían, cosas difíciles de conseguir como una moneda de 1955, una estampilla de Bélgica, o un par de abuelitos disfrazados de tortugas. Al final premiaban a los que habían alcanzado a llegar. Ahí empecé a incubar el deseo de la teletransportación: varias veces en mi casa tuvimos las cosas que pedía Pacheco, pero eran más de ocho horas de carretera y *Animalandia* duraba 90 minutos.

La vía a Bogotá la conocí muchos años más tarde, casi cuando llegué a vivir a la ciudad. Dicen que una es de donde estudia el bachillerato: Bogotá está repleta de gente que no es de ahí. De inmigrantes como Pacheco, como los García o como yo, que cuando menos lo piensan se sorprenden a sí mismos cantando “Entonemos un himno a tu cielo, a tu tierra y tu puro vivir...”. Memorizar el himno de otra ciudad es el equivalente a soñar en otro idioma, que es lo que les ocurre a los que se van a vivir al extranjero: cuando eso pasa, una ya es de allá o, mejor dicho, una ya es de acá.

Hasta ahora que no hay teletransportación —aún—, la llegada a Bogotá se concentra en dos puntos: el Aeropuerto El Dorado y la terminal de transportes. El aeropuerto queda en la cola occidental de Bogotá, en la punta de la Avenida El Dorado, que es la calle 26. Las calles son las que van en sentido Oriente-Occidente y las carreras son las que van de Norte

a Sur. Cuando una llega a Bogotá lo primero que aprende es que los Cerros Orientales sí están bien ubicados y esa brújula orográfica es valiosa para no perderse, aunque insuficiente, como contaré más adelante.

El aterrizaje en El Dorado es bonito porque se puede disfrutar la Sabana de Bogotá, que desde el avión se ve como un enorme manto de cuadros verdes de muchos tonos, interrumpido por galpones e invernaderos para el cultivo de flores. Eso si la Sabana se deja ver: por lo general se aterriza entre nubes.

No importa desde dónde llegue: al salir del avión y pisar la escalerilla siempre golpea el viento frío. Lo helado de Bogotá no es la temperatura, sino la corriente que al recién llegado le raja los labios y le quema las mejillas. Si también le arden los ojos, es por la contaminación.

La otra bienvenida que da el aeropuerto es la fila para tomar el taxi: a veces es larga y a veces larguísima, pero hay que hacerla porque antes de viajar a Bogotá a una le han advertido que por nada del mundo se puede subir en un taxi que no sea pedido, que hay que anotar la placa del conductor, que hay que ponerle seguro a la puerta y que hay que estar revisando el taxímetro. Una amiga me aconsejó que siempre al subirme mirara hacia atrás para comprobar que no hubiera nadie escondido en el baúl del carro. Hacer la fila en el aeropuerto no permite relajarse de estas precauciones, pero al

menos evita la rabia de salir con maletas a tomar un taxi y que el conductor diga: “Yo por allá no voy”.

La otra opción es llegar a la terminal. En casi todo el país dicen “el terminal”, pero los rolos dicen “la terminal”. También dicen “de por Dios” en vez de decir “por Dios” y “está que llueve”, que no lo usan para anunciar que está por ponerse a llover, sino para informar que el diluvio ya lleva un buen rato desatado.

Digamos entonces le terminel, para no enredarnos con el género. Le terminel de Bogotá es fee feísime de un fee superlative. Me pregunto en dónde venderán los ambientadores que usan en los baños y en los buses que llegan hasta allí, porque es un olor dulzón tan penetrante y característico que una no lo percibe en otros espacios de la vida: solo en esos viajes eternos, en los que la película mexicana da paso a la de mafiosos y entre las dos suena un popurrí de música que mezcla “Por qué te casaste, Adonai” y el “Ron de vinola”, sin importar que el trayecto se haga en Semana Santa. A los buses que recorren las 4.136 curvas de la vía entre Manizales y Bogotá los llaman vomitarianos, y por supuesto que cualquier usuario sueña con teletransportarse cuando va bajando de Letras a Mariquita, o cuando va subiendo de Guaduas a Villeta.

El STB permitirá que alguien que esté en el Alto del Vino identifique en la inmensa Sabana de Bogotá su punto de

destino y se teletransporte sin tener que esperar la hora que le falta de camino para llegar a su casa.

Otra opción es que, una vez entre en funcionamiento la teletransportación, ya no haya gente que tenga que pasar por el Alto del Vino.

\*\*\*

Así como los gringos dicen América para hablar de Estados Unidos, los rolos suelen calificar como nacional lo que ocurre en Bogotá. Lo mismo puede decirse de su ciudad: extienden a toda la Sabana de Bogotá el problema del trancón en Chapinero o el hurto a residencias en Usaquén. El país padece bogocentrismo y la ciudad sufre chapicentrismo.

Bogotá queda en el ombligo del mapa de Colombia y, a diferencia de la mayoría de países latinoamericanos que ubicaron sus capitales en las costas, acá el centro del poder se clava entre las montañas de los Andes. Por eso el STB es una urgencia nacional: se necesita para que la gente de Altos de Yerbabuena pueda ir a Usme sin tener que subirse a un bus y que a los bogotanos se les facilite salir de la Sabana e ir a recorrer otras geografías. Ir a los territorios, como dicen ellos. Entre los políticos, antropólogos, sociólogos y otros profesionales es común hablar de “los territorios” para describir la agreste, salvaje y folclórica región que queda más allá de sus

límites. Lo dicen como si Bogotá no fuera un territorio: como si la ciudad levitara. En esa desterritorialización leo un indicio: Bogotá lleva años preparándose para la teletransportación.

Un bogotano que sale de su ciudad es una persona en situación de turista: un personaje en camiseta color pastel, bermudas o pantalones caqui, chanclas, medias y gafas oscuras, o en vestido vaporoso y manga sisa en el caso de las mujeres, ambos sexos bañados en repelente y bloqueador solar. Para el rolo lo que está más allá de su ciudad responde al genérico de “tierra caliente” y dentro de esos territorios hay dos puntos que merecen comentarse: Melgar y Anapoima.

Cuando una llega a vivir a Bogotá surge el momento en el que los amigos invitan a armar un paseo en una finca, un asado, un fin de semana lejos de la ciudad. Eso significa un viaje a Melgar o Anapoima, dos municipios que quedan a una distancia temporal incierta de la capital, que puede variar entre dos y cuatro horas. Depende del medio del transporte, del trancón, si es puente festivo, si hay plan retorno, si los niños se marean o si el conductor está enguayabado, lo cual tiene alta probabilidad porque la invitación a paseo significa, en primer lugar, beber: a practicar la teletransportación espiritual etílica.

La diferencia entre Melgar y Anapoima es sobre todo de estrato y, como ya me había referido al asunto cuando señalé

la diferencia entre el tamal y la hayaca, conviene entonces una pausa:

Nota explicativa para el lector extranjero (porque el nacional conoce este asunto desde el momento de nacer).

- Cuarta: escribí estrato. En Colombia la sociedad se divide en seis estratos: 1 significa pobre y 6 significa rico. Entre el 1 y el 3 están casi todos los colombianos (un jurgo, diría el cachaco), y del 4 para arriba la cuesta se pone complicada. El estrato 6 bogotano pasea sobre todo en Anapoima, París, Barcelona, Karlovy Vary y la costa mediterránea, mientras que el 4 y el 5 va a Melgar, Cartagena, San Andrés (islas en el Caribe que hacen parte de Colombia —aún—) y, cuando las cosas van bien, a Disney y Miami. El 3 va a Melgar y el 1 y el 2 hacen paseo local: al Parque Simón Bolívar, Monserrate o centros comerciales. No van a Santorini porque no hay con qué. Por eso el STB implica una revolución social sin precedentes: con unos cuantos parpadeos el estrato 1 podrá llegar a Anapoima, aunque esta información es mejor mantenerla en reserva porque pone en riesgo la financiación del proyecto.

Bogotá, la del eterno viento frío, añora todos los días del año cualquier escapada a tierra caliente. Eso lo confirmé cuando mi hermana mayor estaba haciendo los preparativos para casarse. Como no tenía tiempo de ponerse a armar una fiesta le sugirieron buscar una experta en bodas: una *wedding planner*. Cuando se reunieron la señora desplegó un álbum de fotos con imágenes de las tres opciones que le proponía: boda tipo hawaiano, brasilero o Carnaval de Barranquilla. Hacer un montaje en Bogotá para simular la tierra caliente. El STP la dejará sin trabajo: los matrimonios del futuro, si es que existen —aún—, tendrán como Punto de Visualización de Destino (PVD) cualquier lugar del mundo en el que la gente quiera reunirse para celebrar en torno al baile, la comida y la bebida. Habrá gente que en esas circunstancias seguirá prefiriendo ir a Melgar.

\*\*\*

Las Torres de Visualización de Destino (TVD) son una mejora particular que necesitará el Sistema de Teletransportación de Bogotá (STB). En Manizales, que es una ciudad llena de lomas, esas torres no serán necesarias porque casi desde cualquier punto de la ciudad se puede ver algún lugar alto al cual teletransportarse, y desde allí descolgarse con la mirada hasta el Punto de Visualización de Destino (PVD). Eso significa

que, según mis estudios de diseño —*renders* preliminares y mentales—, la teletransportación por contacto visual en Manizales tendrá, en la mayoría de sus recorridos, una escala o máximo dos.

No ocurre lo mismo en Bogotá, que es una ciudad plana y con una capa gris que impide ver el horizonte. El ejemplo que puse al principio incluyó la visualización desde la Plaza de Bolívar hasta Monserrate porque es un trayecto conocido y porque, por tratarse de una distancia corta, supongo que la mayoría de los usuarios se sentirá confiada para intentarla. Pero he pensado en circunstancias un poco más complejas: un desplazamiento en días lluviosos, en zonas sin edificios altos, lejos de los Cerros Orientales o de noche. Pongo otro caso para explicar la situación: alguien debe desplazarse desde El Dorado hasta el Tercer Puente. El ciudadano a ras de piso no podrá identificar su PVD y entonces tendrá que irse teletransportando a brincos, cargado de maletas, en sucesivos viajes cortos hasta llegar al destino. Como el éxito de la teletransportación consiste en acelerar el tiempo de desintegración y reintegración del sujeto teletransportado, los viajes con muchas escalas pueden ser un problema que desestime su uso. Por eso he previsto la construcción de altas TVD, con las cuales se lograrán dos objetivos: por un lado, facilitar que el usuario identifique desde arriba su punto de llegada con

interrupciones y, por otro lado, garantizar la construcción de obras públicas conexas al STP, para que el proyecto genere interés entre los estratos que puedan identificar en él una oportunidad de negocio o, por llamarlo de otro modo, un emprendimiento con el erario. Si el lector extranjero no comprende, el local sí, y no considero necesario hacer una nota para el término “coima” en su acepción cachaca.

Notas para el desprevenido lector:

- Quinta: escribí Tercer Puente. Sobre la Autopista Norte de Bogotá están el Primer Puente, el Segundo Puente y el Tercer Puente, que sin embargo no tienen la lógica universal del 1, 2 y 3. En un pasado remoto, cuando existían los cachacos, los bautizaron siguiendo ese criterio, pero la necesidad de nuevas obras públicas, presionada por los muchos carros y por la urgencia de emprendimientos con el erario, obligaron a construir puentes entre el primero y el segundo, y el segundo y el tercero. Cuando una llega a vivir a Bogotá se sorprende con buses, busetas y colectivos que llevan como señalización un cartel que dice, por ejemplo, Chapinero-Unilago-Unicentro-3-Toberín. El 3 significa Tercer Puente. ¿Dónde queda? En la 170 con Autopista. ¿Cómo lo sé? No lo sabía. Lo aprendí una vez tenía que ir hasta allá

y entonces me puse a contar los puentes y me bajé en el tercero, en la calle 127. Con el STB eso no le volverá a pasar a nadie.

- Sexta: escribí buses, busetas y colectivos. Debo confesar que me preocupa el impacto del STB sobre este patrimonio inmaterial de Bogotá, porque con su implementación estos medios de transporte caerán en desuso. Es importante planear la construcción de un museo interactivo que le permita al visitante vivir experiencias únicas como las siguientes:
  - ◇ Experiencia de solidaridad: en el territorio bogotano es normal que el usuario de transporte colectivo aborde el vehículo, se siente en la banca de atrás y luego le pase las monedas del pasaje al viajero que está en la silla delante de él, quien repetirá la acción con el siguiente y así hasta llegar hasta el conductor. Nadie se conoce pero eso es irrelevante. En muchos casos el proceso se repite en sentido inverso cuando el conductor remite las vueltas al pasajero.
  - ◇ Nota sobre la nota anterior: el rolo le dice “vueltas” a la devuelta o dinero de cambio.
  - ◇ Experiencia comercial: todo viajero de bus, buseta, colectivo e incluso TransMilenio ha conocido al ciudadano que entra por la puerta de atrás o saltando

la registradora y deja sobre su regazo (el de una) un paquete de galletas, dulces, chocolatas o cualquier otro producto. Cuando termina el recorrido regresa al puesto de adelante para repetir una retahíla uniforme en toda la ciudad, que podría considerarse un himno alternativo: “buenas noches señoras y señores gracias por su atención espero no incomodar a nadie vengo a quitarles un minuto de su apreciado tiempo para ofrecerles este rico y delicioso producto uno en quinientos pero para su mayor economía tres por mil es para pagarme mis estudios y apoyar en mi casa porque mi mami se quedó sin empleo y el trabajo no es deshonra y en mi casa me enseñaron a no robarle a nadie así que le agradezco de todo corazón a aquella buena persona que desee colaborar me quinientos pesitos no hacen pobre a nadie pero para mí si son de gran ayuda así que recuerden uno en quinientos tres en mil”. A veces, en vez de chocolatas o esferos (el rolo le dice esfero al lapicero), ofrecen canciones y en esos casos recomiendo elegir la opción de una en mil en vez de tres en quinientos.

- ◇ Experiencia cinematográfica: ocurre cuando el exhausto viajero aprovecha su hora de desplazamiento para hacer llamadas telefónicas, chatear o navegar

por Internet desde su teléfono móvil y uno o varios rateros (el cachaco diría cacos) lo identifican desde la calle, abordan el vehículo, le muestran su arma blanca (un alfiler o un machete, para el caso resultan idénticos), le arrebatan el dispositivo a la víctima y huyen antes de que cualquier persona pueda reaccionar. Cabe alertar que el STB implicará un cambio en las tradiciones delincuenciales, porque las víctimas podrán teletransportarse para huir de los victimarios en cuestión de un parpadeo y por lo tanto se prevé que los hechos delictivos sigan ocurriendo exclusivamente por la espalda.

- ◇ Experiencia metafísica: es posible que las costumbres descritas hayan llegado por imitación a otras regiones de Colombia, pero la experiencia metafísica es endémica de la capital. El culo con aura es un espectáculo común y a la vez único que se presenta cuando el usuario del TransMilenio, bus, buseta o colectivo se va a sentar en el puesto que hasta ese momento estaba ocupado por otra persona. El ciudadano o la ciudadana, porque se trata de una práctica intersexual, se ubica en la silla elegida pero, contrario a lo que podría esperarse, no se sienta sino que flexiona sus rodillas para

suspender su cuerpo por encima del asiento a una distancia en la que el aura del culo pueda percibir el momento adecuado para que la temperatura de la silla garantice una sensación de viaje cómoda y placentera. Esa posición de millones de viajeros suspendidos en el aire, pese a los movimientos bruscos del vehículo, la leo como un segundo indicio de lo preparados que están los bogotanos para la levitación y la consecuente teletransportación.

\*\*\*

Señalé que no deseaba presentar una exposición de motivos sobre el STB porque las justificaciones para su desarrollo son palmarias, pero considero que, en aras de contribuir a la deliberación pública, puedo aportar algunos argumentos:

- No hay cobros por desplazarse por el aire —aún— y en consecuencia se eliminan los peajes.
- Bogotá dejará de ostentar un puesto de honor en el *ranking* de parqueaderos más caros del planeta, con tarifa por minutos, ya que el STB menguará el uso del vehículo particular.
- Se generará una revolución arquitectónica toda vez que las viviendas, incluyendo las de interés social, deberán tener ventanas hacia el exterior para facilitar

la teletransportación hacia el PVD o al menos hacia la TVD más cercana.

- En casos de confinamiento por pandemias los ciudadanos podrán teletransportarse de forma rápida, biosegura y sin aglomeraciones al sitio en el que desean pasar su cuarentena. Se sugiere tomar medidas sanitarias para evitar la sobrepoblación de Melgar.
- Las vías públicas, que en Bogotá se llaman arterias, aunque vivan taponadas por colesterol vehicular, serán ocupadas por caminantes, biciusuarios (bogotanismo usado para los ciclistas), trotadores (*joggers*) y otros transeúntes que deseen desplazarse según el modelo antiguo, bien sea para cuidar su salud física o como actividad de esparcimiento, tipo *flâneur*. Así, Bogotá lucirá como París —casi—.
- Los ciudadanos de cualquier parte podremos teletransportarnos a Bogotá en un sistema de pasadía, por razones laborales o de ocio: amanezco en mi casa, miro el nevado, me teletransporto, veo Bogotá, llego, me encuentro con un amigo querido, de los muchos que tengo allá, vamos a cine a Avenida Chile, a un restaurante, a un café, a un bar, a un concierto, a teatro, y al despedirnos me teletransporto a casa. O lo teletransporto conmigo si la ocasión lo amerita.

- ◇ Nota sobre el punto anterior: hay pequeños detalles técnicos de la teletransportación que es necesario precisar: la teletransportación nocturna en zona rural y a través de los océanos demanda la ubicación de numerosas TVD iluminadas. Sin embargo, hay otros asuntos pendientes por resolverse, como la teletransportación de mamás acompañadas por bebés que aún no ubican con certeza el PVD; desplazamientos de invidentes; teletransportación de objetos inanimados, incluyendo la ropa del viajero y las gafas; contraindicaciones o alergias no detectadas, y eventuales reconfiguraciones moleculares en desorden o incompletas, que impliquen incompletud fisiológica o morfológica. Sobre este y otros agujeros negros los científicos del primer mundo siguen investigando.

El STB es un modelo elemental que se basa en la teletransportación en un mismo plano temporal y con la recomposición de un único individuo. A futuro se prevén derivaciones de la propuesta, que incluyan teletransportaciones temporales hacia el futuro o el pasado, y teletransportaciones múltiples que aprovechen los avances de la clonación y la teoría de fractales para enviar copias del mismo sujeto a otros territorios, de

forma que, mientras el oficinista bogotano cumple su tarea, su copia pasea por Estambul o Melgar.

Es posible que el lector piense que el STB es una fantasía cinematográfica, como *La mosca* o *Viaje a las estrellas*. Lo entiendo: lo mismo le dijeron a Verne en el siglo XIX sobre el viaje a la Luna, que pronto resultará anacrónico porque la teletransportación interestelar dependerá de la potencia de los telescopios y en todo caso la Luna es fácil de observar desde cualquier lugar a simple vista. Así que, mientras ustedes dudan, mi convicción es distinta: me teletransportaré a Bogotá para estar ahí el día que inauguren su metro, que para ese momento será una curiosidad exótica. Aspiro a hacerlo con un sencillo desplazamiento espacial. Pero si el metro se tarda otras décadas, es posible que deba hacerlo mediante el envío de una multicopia mía, que se teletransportará a través del espacio-tiempo, desde el pasado que será mañana, hasta el presente futuro que aún no ha ocurrido en nuestro plano vital lineal. Eso en caso de que la criogenia que permitirá mi supervivencia durante siglos no esté lista para el momento cronológico de mi muerte, pero esa es otra historia.





## MARÍA LEUBRO

Artista plástica de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Entre sus trabajos, que articulan la producción de imágenes y la creación de textos, se cuentan: *Donde Bogotá tiene corazón* (2015), *Vine, vi y me vendí* (2016), *Falso alunizaje* (2016), *Brutal torbellino de emociones* (2016), *Amiga. My first fucking corazón roto coloring book* (2017), la serie *Libros cortos sobre la vida en general* —*Amor* (2017), reimpreso por el Museo de Antioquia en 2019; *Muerte* (2017) y *Dios* (2019)—, *Are you lonesome tonight, pequeño cancionero para personas solitarias* (2018) y *Mi tristeza es mía y nada más* (2019). Ganadora del Premio Artecámara 2018.



## ANDREA MEJÍA

Escritora, filósofa y ensayista colombiana. Estudió literatura en la Universidad de los Andes y es Doctora en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido profesora de la Universidad de los Andes y profesora invitada en la Universidad Autónoma de México. Es autora del libro de cuentos *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad* (Tusquets, 2018) y de la novela *La carretera será un final terrible* (Tusquets, 2020). Fue columnista de la revista *Arcadia* y ha colaborado con la revista *El Malpensante*.



## JULIANA MUÑOZ TORO

Bogotá (1988). Es periodista de la Pontificia Universidad Javeriana y máster en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Su primera novela, *24 señales para descubrir a un alien*, fue ganadora en 2016 del Concurso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil de Tragaluz y en 2017 fue seleccionada para el catálogo The White Raven como uno de los mejores libros en Literatura Infantil y Juvenil. También ha publicado *Los últimos días del hambre* (Planeta, 2018), *Diario de dos Lunas* (Norma, 2018), *A la sombra de un naranjo* (Tragaluz, 2020), *La Quitapenas* (Vicens Vives, 2020) y *El vuelo de las jorobadas* (Lazo, 2020). Actualmente vive en Bogotá, donde es profesora de la Maestría en Creación Literaria de la Universidad Central y escribe una columna sobre libros en *El Espectador*.



## ANDREA SALGADO

Nació en Sevilla (Valle del Cauca), en 1977. Es escritora, profesora y periodista. Fue directora cultural de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (2018-2019). Actualmente es profesora de la maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Autora de la novela de ciencia ficción *La lesbiana, el oso y el ponqué* (Penguin Random House, 2018) y el ensayo narrativo *Six Feet Under* (Rey Naranjo, 2019).



## CAROLINA JANÍN

Nació en Bogotá. Es autora de las novelas *Todo en otra parte* (2005), *Los niños* (2014) y *Tu cruz en el cielo desierto* (2020), del libro de relatos *Ponqué y otros cuentos* (2010), de los libros de humor *Yosoyu* (2013) y *Alto rendimiento* (2016), de los libros para niños *Dalia* (2010) y *La gata sola* (2018), del ensayo biográfico *Alfonso X, el Rey Sabio* (2009), de la antología crítica *Pasajes de Fernando González* (2015), del ensayo *El ojo de la casa* (2019) y del libro de género vario *Somos luces abismales* (2018). Obtuvo un Ph.D. en Literatura Hispánica de la Universidad de Yale. Ha sido columnista de *El Espectador*, *semana.com*, *Semana Sostenible*, *Credencial*, *Vice* y *Arcadia*. La antología *Pasar fijándose* (2021) recoge algunas de sus columnas. Desde 2021 tiene un programa de conversaciones en la televisión pública de Bogotá.



## LINA TONO

Es publicista y magíster en periodismo. Ha publicado crónicas, columnas de opinión, artículos y reportajes en revistas como *El Malpensante*, *Vice Colombia*, *Exclama*, *Fucsia*, *Bienestar* y el portal *Pacifista*. En febrero de 2019 publicó *Ropa interior* (Espasa), su primer libro de ficción. Actualmente se dedica a escribir y a criar a su hijo y coordina el área de narrativas en la Subsecretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía Mayor de Bogotá.



## ADRIANA VILLEGAS BOTERO

Manizales (1974). Comunicadora social y periodista, abogada, magíster en estudios políticos y estudiante de Doctorado en Literatura. Docente en la Universidad de Manizales. Columnista dominical del diario *La Patria*, autora de la novela *El oído miope* (2018) y el libro de cuentos *El lugar de todos los muertos* (2019). Premio Simón Bolívar de Periodismo en 1999 y 2019.





## **Libro al Viento**

---

COLECCIÓN CAPITAL

Tiene una franja morada y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- |           |   |           |  |
|-----------|---|-----------|--|
| <b>2</b>  | <b>EL 9 DE ABRIL</b><br>(fragmento de <i>Vivir para contarla</i> )<br><i>Gabriel García Márquez</i>   | <b>45</b> | <b>DE PASO POR BOGOTÁ</b><br>Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX   |
| <b>5</b>  | <b>BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS</b><br>(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i> )<br><i>José María Cordovez Moure</i>   | <b>59</b> | <b>POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS</b><br><i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i>  |
| <b>12</b> | <b>CUENTOS DE BOGOTÁ</b><br><i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i>   | <b>77</b> | <b>ESCRIBIR EN BOGOTÁ</b><br><i>Juan Gustavo Cobo Borda</i>  |
| <b>16</b> | <b>EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS</b><br><i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | <b>82</b> | <b>LOS OFICIOS DEL PARQUE</b><br>Crónicas<br><i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga</i> |
| <b>26</b> | <b>RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ</b><br><i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i>  | <b>88</b> | <b>RECETARIO SANTA FERREÑO</b><br>Selección y prólogo de Antonio García Ángel  |

- 92** RECUERDOS DE SANTAFÉ  
*Soledad Acosta de Samper*
- 93** SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES  
*José María Cordovez Moure*
- 97** BOGOTÁ CONTADA  
*Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastián Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero*
- 101** CRÓNICAS DE BOGOTÁ  
*Pedro María Ibáñez*
- 109** BOGOTÁ CONTADA 2.0  
*Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra*
- 117** SIETE RETRATOS  
*Ximénez*
- 118** BOGOTÁ CONTADA 3  
*Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres*
- 126** BOGOTÁ CONTADA 4  
*Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria*
- 131** VERSIONES DEL BOGOTAZO  
*Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia*
- 133** BOGOTÁ CONTADA 5  
*Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo*
- 142** BOGOTÁ CONTADA 6  
*Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez*
- 148** DE SOBREMESA  
*José Asunción Silva*
- 151** LA CALLE 10  
*Manuel Zapata Olivella*
- 154** BOGOTÁ CONTADA 7  
*Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar*
- 156** BOGOTÁ CONTADA 8  
*María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas*

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 80 de nuestros títulos.



ESFERO



*Bogotá Contada 8* fue editado por el  
Instituto Distrital de las Artes - Idartes  
para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número  
156, y se imprimió en el mes de  
febrero del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN  
GRATUITA

156

“Vamos a buscar ese pan árabe así nos toque caminar juntas hasta donde se termina la autopista y comienza el arco iris.”

**Lina Tono**



**COLECCIÓN CAPITAL**

**libro al  
viento**



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

